COLONIALISMO Y GUERRAS EN CHINA

55

COLECCION 

CARLOS MARX

FEDERICO ENGELS

Carlos Marx/Federico Engels

COLONIALISMO Y GUERRAS EN CHINA



México, D. F., 1974

Carlos Marx / Federico Engels

COLONIALISMO Y GUERRAS EN CHINA

Versión al español de Victoria Pujolar

D. R. ©, 1974, Reservados los derechos sobre la presente edición por Ediciones Roca, S. A., Plan de Ayala, 4, México 17, D. F.

Primera edición



INDICE

Nota editorial 7

El comercio mundial cambia de dirección por segunda vez 9

La revolución en China y en Europa 13

El conflicto anglo-chino 25

La nueva campaña inglesa en China 34

Rusia y China 34

Debates parlamentarios sobre las hostilidades en China 43

Las elecciones inglesas 51

Atrocidades en China 53

Correspondencia oficial 59

Palmerston y las elecciones generales 65

La historia del comercio del opio 71

Los efectos del tratado de 1842 sobre el co mercio chino-británico 81

El nuevo tratado con China 89

Opio, alcohol y revolución 97

La penetración rusa en Asia Central 100

Las ganancias de Rusia en Extremo Oriente ... 109

La nueva guerra China 116

Obstáculos para el aumento de las exportaciones a China 138

Política inglesa 145

Problemas chinos 152

NOTA EDITORIAL

Sin duda que no constituye una novedad el hablar de la opresión, del colonialismo, de la explotación sufrida por el pueblo chino como objeto de la voracidad del imperialismo así como de sus luchas para hacer frente a tan grande iniquidad. Sin embargo, sí lo es leerlo de la pluma de tan grandes periodistas como lo fueron Marx y Engels en su tiempo, dedicados no solamente a informar, sino a interpretar los acontecimientos de su época, labor de contenido no menos revolucionario que la elaboración de sus grandes obras teóricas o su labor de dirigentes de la clase obrera de su tiempo.

La lectura de esta serie de artículos, seleccionados de su ingente obra periodística, nos lleva, sin duda, a comprender por qué el pueblo chino fue capaz de luchar tanto, de entregar tanto, de sufrir tanto para conquistar su independencia, crear las bases de la construcción de una nueva sociedad y construirla.

China fue para el imperialismo europeo, y en particular para el imperialismo inglés y ruso, un inmenso campo de actividad comercial y de extracción de riquezas. Por lo tanto, de actividades militares a fin de dominar ferozmente al pueblo chino por las armas y hacerlo objeto forzado de explotación. A la par, objeto también de corrupción, de envilecimiento y domestización inmoral e impune. Contra todo ello siempre se revelaron las fuerzas

más sanas de la sociedad china, y el dominio de ésta por los imperialista jamás dejó de encontrar la resistencia, la lucha y la firme decisión de hacer frente al gigante que trataba de aplastarla para ahogar o debilitar el más sano sentimiento patriótico de independencia.

Con esa fluidez tan propia de los grandes fundadores de la teoría revolucionaria del proletariado, Marx y Engels nos desvelan una situación y una época, nos hacen vivir un periodo histórico, nos ayudan a comprender mejor los entretelones de la conducta de los gobiernos imperialistas inglés y ruso, y nos confirman una vez más y mejor que en la política de los grandes imperios europeos hacia los pueblos dominados siempre se halla, como razón de ser y de justificación histórica, los intereses económicos, las leyes generales del desarrollo del capitalismo, no sólo ávido de riquezas, sino necesitado de mercados para sus mercancías y de inversiones para sus excedentes de capital-dinero.

Estas primicias en lengua española de tan importantes trabajos de Marx y Engels vienen a dar consistencia y enriquecer a nuestra Colección "R", y a comprobar en la realidad que nuestros objetivos al dar a luz la misma se van cumpliendo progresivamente para satisfacer a nuestros lectores en sus necesidades de información.

EDICIONES ROCA

Carlos Marx

EL COMERCIO MUNDIAL CAMBIA DE DIRECCION POR SEGUNDA VEZ

Nouvelle Gazette rhénane
No. 2, febrero de 1850

Vamos a referirnos ahora a América, donde se ha producido un acontecimiento más importante que la revolución de febrero (1848): el descubrimiento de las minas de oro californianas. Diez y ocho meses después del hecho, ya se puede prever que tendrá consecuencias más importantes que el mismo descubrimiento de América. Durante tres siglos, todo el comercio de Europa en dirección al Pacífico se ha dirigido, con sorprendente paciencia, por el Cabo de Buena Esperanza o el de Hornos. Han fracado todos los proyectos para romper el istmo de Panamá, a causa de las rivalidades y mezquinas envidias de los pueblos comerciantes. Diez y ocho meses después del descubrimiento de las minas californianas de oro, los yanquis han emprendido ya la construcción de un ferrocarril, de una amplia carretera y de un canal en el Golfo de México. Ya existe una línea regular de navíos a vapor entre Nueva York y Chagres, Panamá a San Francisco y el comercio con el Pacífico se concentra en Panamá, abandonando la línea del Cabo de Hornos. El litoral californiano, de 30 grados de extensión, uno de los más bellos y fértiles del mundo, casi inhabitado, se transforma a ojos vistas

en un rico país civilizado, densamente poblado de hombres de todas las razas, desde el yanqui al chino, desde el negro al indio y malayo, desde el criollo y el mestizo al europeo. El oro californiano cae a raudales hacia América y la costa asiática del Pacífico, y los pueblos bárbaros más pasivos se ven arrastrados al comercio mundial y la civilización.

Por segunda vez, el comercio mundial cambia de dirección. Lo que en la Antigüedad eran Tiro, Cartago y Alejandría, en la Edad Media Génova y Venecia y, hasta hoy, Londres y Liverpool, a saber, el emporio del comercio mundial, serán en el futuro Nueva York y San Francisco, San Juan de Nicaragua y León, Chagres y Panamá. El centro de gravedad del mercado mundial que era Italia en la Edad Media e Inglaterra en la era moderna, lo es ahora la parte meridional de la península norteamericana.

La industria y el comercio de la vieja Europa tendrán que hacer esfuerzos terribles para no caer en decadencia como la industria y el comercio de la Italia del siglo XVI, si es que Inglaterra y Francia no quieren convertirse en lo que hoy son Venecia, Génova y Holanda. De aquí a algunos años tendremos una línea regular de transporte marítimo a vapor de Inglaterra a Chagres, de Chagres y San Francisco a Sydney, Cantón y Singapur.

Gracias al oro californiano y la infatigable energía de los yanquis, las dos costas del Pacífico estarán pronto tan pobladas, tan activas en el comercio y la industria, como lo es actualmente la costa desde Boston a Nueva Orleáns. En el porvenir, el Océano Pacífico jugará el mismo papel que el Atlántico en nuestros días y el Mediterráneo en la antigüedad: el de gran vía de agua del comercio mundial y el Océano Atlántico se reducirá al nivel de un mar interior, como hoy el caso del Mediterráneo.

La única posibilidad que tienen los países civilizados de Europa para evitar la caída en la misma dependencia industrial, comercial y política que Italia, España y Portugal modernos consiste en emprender una revolución social que, cuando aún es tiempo, adapte la economía a la distribución, conforme con las exigencias de la producción y las capacidades productivas y permita el desarrollo de las fuerzas de producción nuevas que aseguren la superioridad de la industria europea, compensando así los inconvenientes de su situación geográfica.

Finalmente, una curiosa característica de China, transmitida por el conocido misionero alemán Gutzlaff. Una lenta pero regular superpoblación de este país había provocado, desde hace tiempo ya, una violenta tensión de las relaciones sociales para la gran mayoría de la nación. Se produjo seguidamente la llegada de los ingleses, que abrieron por la fuerza cinco puertos a la libertad de comercio. Miles de navíos ingleses y americanos surcaron hacia China que, en poco tiempo, se vio inundada de productos británicos y americanos baratos. La industria china, esencialmente manufacturera, sucumbió a la competencia del maquinismo. El inconmovible Imperio del Centro sufrió una crisis social. Dejaron de entrar los impuestos, el Estado se encontró al borde de la quiebra, la gran masa de la población sumida en la miseria, se subleva. Tras dejar de venerar a los mandarines del Emperador y los bonzos, se puso a maltratarlos y matarlos. El país se halla ahora al borde del abismo e incluso bajo la amenaza de una revolución violenta.

Más aún. Entre la plebe soliviantada, algunos denuncian la miseria de unos y la riqueza de otros, exigiendo un nuevo reparto de los bienes, incluso la supresión total de la propiedad privada —y siguen hoy aún formulando esas reivindicaciones.

Cuando, tras veinte años de ausencia, el señor Gutzlaff volvió junto a los civilizados y europeos y oyó hablar de socialismo, gritó horrorizado: "¿Es que en ninguna parte se podrá escapar a esta perniciosa doctrina? Esto exactamente es lo que predican desde algún tiempo muchas gentes del populacho de China".

Es muy posible que el socialismo chino se parezca al europeo como la filosofía china a la hegeliana. Sea como sea, nos podemos alegrar de que el imperio más antiguo y más sólido del mundo haya sido arrastrado en ocho años, por los fardos de algodón de los burgueses ingleses, a los bordes de una conmoción social que habrá de tener, en todo caso, las consecuencias más importantes para la civilización. Cuando nuestros reaccionarios europeos, en su próxima huida, lleguen finalmente a la Muralla China, a las puertas que creían abrirse hacia la ciudadela de la reacción y del conservadurismo, quien sabe si no leerán:

República China
Libertad, Igualdad, Fraternidad

Carlos Marx
LA REVOLUCION EN CHINA Y EN EUROPA

New York Daily Tribune
14 de junio de 1853

Un espíritu de los más profundos, aunque algo fantástico, tras haber consagrado toda su existencia al descubrimiento de las leyes que rigen la evolución de la humanidad, tenía la ley de la unidad de los contrarios por uno de los misterios que dominan la naturaleza. A sus ojos, el viejo proverbio según el cual "los extremos se tocan" representaba la verdad suprema y eficaz en todos los dominios de la vida, un axioma al cual el filósofo podía renunciar tan poco como el astrónomo a las leyes de Kepler o al gran descubrimiento de Newton.

Sea universal o no este famoso principio, podemos encontrarle una sorprendente ilustración en el efecto que la revolución china parece que está llamada a ejercer en el mundo civilizado. Podemos encontrar muy extraño y paradójico decir que el próximo levantamiento de los pueblos europeos en favor de la libertad republicana y de un gobierno barato dependerá probablemente más de lo que acontezca en el Celeste Imperio —en el polo opuesto de Europa— que de cualquier otra causa política actual. En todo caso, depende más que de las amenazas de Rusia y de la perspectiva que se derivan de un conflicto europeo generalizado. En efecto, no hay nada paradójico en ello, como no puede dejar

de reconocer quien considere de cerca las circunstancias de este estado de cosas.

Cualesquiera sean las causas que hayan podido determinar las revueltas crónicas de estos diez últimos años en China, revueltas que hoy convergen hacia una transformación gigantesca, y cualquiera que pueda ser la forma que revista —religiosa, dinástica, o nacional— no le cabe duda a nadie de que la causa desencadenante se encuentra en el hecho de que los cañones ingleses han impuesto a China la droga soporífera que se llama opio.

Ante las armas británicas, ha caído hecha pedazos la autoridad de la dinastía manchú; ha desaparecido la fe supersticiosa en la eternidad del Celeste Imperio; se ha roto el bárbaro aislamiento hermético respecto al mundo civilizado; se ha abierto una brecha para relaciones de intercambio, que rápidamente se han desarrollado gracias a las seducciones del oro de California y de Australia. Al mismo tiempo, la moneda de plata, sangre vital del Imperio, fluye hacia las Indias orientales británicas.

Hasta 1830, la balanza comercial ha sido continuamente favorable a los chinos, pues un flujo constante de plata llegaba a China desde la India, Inglaterra y los Estados Unidos. Pero, desde 1833 y aún más después de 1840, la exportación de plata hacia las Indias ha alcanzado tales proporciones que el Celeste Imperio se ha encontrado exangüe. De aquí los decretos rigurosos del Emperador contra el comercio del opio, a los que responde una resistencia aún más firme. Pero, además de esta consecuencia económica directa, la corrupción surgida alrededor del contrabando del opio ha arruinado totalmente el tradicional prestigio de los funcionarios del Imperio en las provincias meridionales. Así como tradicionalmente se complacían en

considerar al Emperador como el padre de toda China, así se veía en los funcionarios los depositarios de los vínculos que unían al padre a sus provincias respectivas. Ahora bien, esta autoridad patriarcal —el único vínculo moral que articulaba la gigantesca máquina del Estado— ha sido progresivamente minada por la corrupción de los funcionarios que han amasado considerables fortunas en connivencia con los traficantes del opio.

Las provincias meridionales, precisamente donde la revuelta ha estallado, son las más afectadas por aquel mal. ¿Hay necesidad de añadir que a medida que el opio aumenta su poder sobre los chinos, el Emperador y su cortejo de mandarines pedantes se ven, por su parte, desposeídos del suyo? Parece como si la historia tuviera primeramente que emborrachar a todo un pueblo antes de que pueda sacarlo de su estupor milenario.

La importación de telas de algodón inglesas y en menor grado las de lana, que en el pasado fueron nulas, ha crecido rápidamente a partir de 1833 —año en el que el monopolio del comercio con China ha pasado de la Compañía de las Indias Orientales al comercio privado— y más rápidamente aún después de 1840, año en que otras naciones, particularmente la nuestra, han conseguido participar en el comercio con China. Esta penetración de mercancías extranjeras ha tenido los mismos efectos sobre el artesanado indígena que anteriormente en Asia menor, en Persia y la India. En China, han sido sobre todo los hilanderos y tejedores los que han sufrido la competencia extranjera, determinando como reacción que toda la comunidad se halle trastornada.

El tributo que se ha de pagar a Inglaterra tras la desgraciada guerra de 1840, el enorme consumo improductivo de opio, la hemorragia de los metales

preciosos a causa del comercio del opio, la acción devastadora de la competencia extranjera sobre la producción indígena y el estado de desmoralización de la administración pública, han dado lugar a un doble efecto: los impuestos tradicionales se hicieron más pesados y opresivos y otros nuevos vinieron a sumárseles a los viejos. Por eso, en un decreto fechado en Pekín el 5 de febrero de 1853, el Emperador ha dado la orden a los virreyes y gobernadores de las provincias meridionales de Wuchang y Hanyang de diferir y aplazar los impuestos y, sobre todo, de no cobrar nunca más de lo prescrito, ya que, dice el decreto, "¿cómo podría soportarlo la población pobre?" Y sigue diciendo el Emperador: "Tal vez así, en un periodo de miseria y penuria generales, se ahorren a mi pueblo las persecuciones y torturas de los recaudadores de impuestos". Recordamos haber oído tal lenguaje y visto aplicar semejantes concesiones en Austria, la China de Alemania, en 1848.

Todos esos factores disolventes actuaron simultáneamente sobre las finanzas, las costumbres tradicionales, la industria y la estructura política de China y alcanzaron su paroxismo bajo el fuego de los cañones ingleses que arruinaron la autoridad del Emperador y establecieron por la violencia el contacto entre el Celeste Imperio y el mundo terrestre. Para que se mantuviera la antigua China, era condición necesaria que se mantuviera el aislamiento total. Hoy, que este aislamiento ha cesado brutalmente por la acción de Inglaterra, la disolución de la vieja China es tan segura como la de una momia cuidadosamente conservada en un sarcófago herméticamente cerrado que de pronto se abre al aire. Ahora que Inglaterra ha desencadenado la revolución en China, debemos preguntarnos qué reacción va a producir en aquel país y, pasado algún

tiempo, en Inglaterra y, desde ésta, en Europa. La respuesta no es difícil.

La atención de nuestros lectores ha sido dirigida frecuentemente hacia el crecimiento sin precedente de la industria manufacturera británica desde 1850. Sin embargo, en medio de esta prosperidad sorprendente, no es difícil ya desde ahora observar síntomas claros de la proximidad de una crisis industrial. A pesar de California y de Australia, a pesar de una emigración masiva sin precedentes, es inevitable que, independientemente de cualquier incidente particular, que llegue el momento en que la extensión de los mercados no podrá mantener el ritmo de desarrollo de las manufacturas inglesas y tal desequilibrio producirá una nueva crisis con la misma necesidad que lo hizo en el pasado. Mas si, para colmo, llegara a cerrarse súbitamente uno de los más vastos mercados, la crisis se vería inevitablemente acelerada. Ahora bien, en el estado que se encuentran las cosas, la sublevación china debe precisamente producir ese efecto sobre Inglaterra.

La necesidad de abrir mercados nuevos o de ampliar los antiguos, ha sido una de las causas principales de la reducción de las tarifas inglesas del té, que se da por supuesto que una mayor importación de este artículo se asociará a una mayor exportación de productos industriales a China.

El valor de las exportaciones anuales del Reino Unido hacia China se elevaba solamente a 600,000 libras en 1834, antes de la abolición del monopolio comercial de la Compañía de las Indias Orientales. Pero en 1836 ya llegaba a 1.336,388 libras y casi los 3.000,000 de libras en 1852. La cantidad de té importada de China llegaba apenas a 16.167,331 libras en 1793, pero en 1845 se elevó ya a 50.714,657 libras y en 1846 a 57.584,561 libras; hoy rebasa los 60 millones de libras.

La última cosecha de té de China sobrepasará por lo menos los 2.000,000 de libras a la del año último, como ya lo muestran las listas de exportación de Shangai. Este excedente se explica por dos razones. De una parte, el mercado estaba muy deprimido hacia finales de 1851 y se ha propuesto a la exportación del año 1852 un considerable excedente de invendido. De otra parte, las noticias llegadas a China a propósito de las modificaciones de las tarifas de aduanas británicas sobre el té, ha hecho afluir todo el té disponible, a precios sensiblemente crecidos, hacia un mercado ávido de absorberlo. Pero en lo que concierne a la próxima cosecha, la perspectiva es muy diferente. Es lo que se desprende de los extractos siguientes de la correspondencia de una gran firma londinense de té:

"Viene a reinar la mayor consternación en Shangai. El valor del oro ha aumentado 25% *debido a que se le busca ávidamente para atesorarlo*; la plata ha desaparecido hasta el punto de que *no se encuentra ya* para pagar los impuestos chinos sobre los navíos británicos que llegan a los puertos; debido a esto, el cónsul Alcock ha tenido que salir fiador cerca de las autoridades chinas del pago de estas sumas por parte de la Compañía de las Indias Orientales, así como de otras cauciones y valores reconocidos. La *penuria de metales preciosos* es uno de los factores más negativos en lo que concierne a las perspectivas relativas al futuro inmediato del comercio; con mayor razón cuando su escasez sobreviene precisamente en un momento en que su uso es más necesario a fin de permitir a los compradores de té y de seda proceder a sus compras en el interior del país, parte considerable de las cuales han de pagarse por adelantado en oro o plata, de manera que los productores puedan continuar su trabajo...

"En este periodo del año, es costumbre comenzar las transacciones por el té nuevo. Ahora bien, como la cuestión actual estriba en proteger a las personas y los bienes, todos los negocios están suspendidos... Si no se toman las medidas para asegurarse las hojas de té en abril y mayo, la primera cosecha que brinda las especies más finas de té negro y verde, se verán tan irremisiblemente perdidas como el trigo que se encuentra en pie aún en Navidad".

En esas condiciones, los medios para asegurar la recogida del té no serán seguramente facilitados por las escuadras inglesas, americanas o francesas estacionadas en los mares de China. Al contrario, si intervienen, estas últimas pueden crear fácilmente complicaciones que llevarán a la ruptura de toda relación comercial entre las regiones del interior productoras de té, y los puertos marítimos de exportación. Debido a ello, se puede esperar una subida de los precios para la presente cosecha y ya ha empezado la especulación en Londres. Ahora bien, para la próxima cosecha se puede estar seguro de un importante déficit. Pero aún hay más: aunque estando dispuestos —como todos los pueblos en periodo de convulsiones revolucionarias— a vender precipitadamente a los extranjeros todos los artículos de mucho bulto que tengan en sus manos, los chinos van a empezar a atesorar —como tienen costumbre de hacer los orientales— ante la amenaza de graves trastornos, no aceptando sino especies contantes y sonantes a cambio de su té y su seda.

Inglaterra va a registrar, pues, una subida de precio de uno de sus artículos de mayor consumo, una huida de los metales preciosos y una fuerte reducción de tejidos de algodón y de lana.

Incluso el *Economist*, siempre optimista y dispuesto a exorcisar todo lo que amenace la paz de las almas de la comunidad mercantil, se ve obligado a

confesar: "Ya no nos podemos jactar de que hallamos para nuestras exportaciones a China un mercado tan extenso como antes... Es más que probable que nuestro comercio de exportación hacia China haya de resentirse y que los artículos producidos en Manchester y Glasgow sean menos solicitado".

No olvidemos que la subida de precios de un artículo tan indispensable como el té y la contratación de un mercado tan importante como el de China van a coincidir con cosechas deficitarias en Europa occidental y, por tanto, con un aumento de precios de la carne, el trigo y otros productos agrícolas. Por reacción, el mercado de los artículos manufactureros se contraerá, pues cada subida de precios de los productos de primera necesidad entraña, tanto en el exterior como en el interior, una disminución correspondiente de la demanda de productos manufacturados. De todas parte de Gran Bretaña llegan lamentaciones por el déficit de las diversas cosechas. El *Economist* escribe a este propósito:

En el sur de Inglaterra, "no solamente muchas tierras seguirán en barbecho hasta que sea demasiado tarde para cualquier siembra, sino que también en una gran parte de las tierras la cosecha se pudre sobre el terreno o están en mal estado para el cultivo de cereales". En las tierras húmedas o pobres, destinadas al trigo, todo indica que la cosecha será mala: "Ahora ya es demasiado tarde para plantar la remolacha forrajera. Ahora bien, se ha plantado muy poca, mientras que el tiempo para preparar la tierra para el colinabo pasa rápidamente, sin que se haya emprendido ninguna preparación adecuada para un producto tan importante... Las siembras de avena se han visto perturbadas por la lluvia y la nieve. La avena precoz es rara y la tardía muy pocas veces da abundantes cosechas. En nume-

rosos distritos se registran pérdidas sensibles de ganado de carne. El precio de los productos agrícolas, aparte los cereales, es 20, 30 e incluso 50% más elevado que el año anterior. En el continente, los precios de los cereales han subido en proporciones aún mayores que en Inglaterra. En Bélgica y en Holanda, el centeno ha aumentado de golpe un 100%. El trigo y los demás cereales le siguen de cerca".

En esas condiciones y puesto que la industria británica ha recorrido ya la mayor parte de su ciclo económico normal, se puede prever con certidumbre que la revolución china va a hacer saltar la chispa en el recargado polvorín del actual sistema industrial y provocará la explosión de la crisis general que desde hace mucho tiempo madura. Esta, tras haber ganado Inglaterra, será seguida en poco tiempo de revoluciones políticas en el continente.

En verdad será un espectáculo el de China exportando el desorden al mundo occidental, en el mismo momento en que las potencias occidentales, con la flota de guerra británica, francesa y americana, rivalizan de celo para instaurar el orden en Shangai, Nankin y la desembocadura del Gran Canal. Esas potencias que trafican con el orden y están listas a sostener a la vacilante dinastía Manchú, ¿han olvidado, pues, que la xenofobia y la exclusión de los extranjeros del Imperio —antes simple efecto de la situación geográfica y etnográfica de China— se han convertido en principio político precisamente desde la conquista del país por los tártaros manchúes?

Es indudable que las violentas disenciones entre las naciones europeas en competencia han dado un fuerte impulso a la política aislacionista, adoptada en los últimos años del siglo XVII por los manchúes. Pero lo que contribuye por lo menos tanto es el

hecho de que la nueva dinastía temía que los extranjeros estimularan el descontento existente en amplias capas de la población china durante el primer medio siglo de la dominación tártara. Por todas esas razones, los extranjeros vieron prohibir toda comunicación con los chinos, excepto por Cantón, ciudad situada a gran distancia de Pekín y los distritos productores de té, y su comercio fue restringido al negocio con los mercaderes Hong, a los que el gobierno ha otorgado expresamente el privilegio de comerciar con el exterior, excluyendo de esta manera al resto de los súbditos del contacto con los odiosos intrusos. Sea lo que quiera, una intervención de los gobiernos occidentales en ese contexto preciso no haría otra cosa que aumentar la violencia de la revolución y agravar el estrangulamiento del comercio.

Al mismo tiempo, conviene observar que el gobierno británico saca, en la India, la séptima parte de los beneficios de la venta del opio a los chinos, mientras que una fracción considerable de la demanda india de productos manufacturados británicos depende de la producción de ese opio en la India. Que los chinos renuncien al uso del opio es tan poco probable como ver a los alemanes abtenerse de fumar su tabaco. Pero como el nuevo Emperador parece favorable al cultivo de la adormidera y a la preparación del opio en China, está claro que también va a darse un golpe mortal al cultivo del opio en la India, a los ingresos del Estado indio y a los recursos comerciales del Indostán. Aunque no se ha resentido inmediatamente los intereses en litigio, ese golpe produciría sin embargo sus efectos a la larga y contribuiría a agravar y prolongar la crisis financiera general, de la que acabamos de establecer el esquema previsible.

Desde principios del siglo XVIII, en Europa no se

ha dado ninguna revolución sería que no haya sido precedida de una crisis comercial y financiera. Esto se aplica lo mismo a la revolución de 1789 que a la de 1848.

Es auténtico que se observan síntomas de conflictos cada vez más amenazadores entre las autoridades y los ciudadanos, el Estado y la sociedad, entre las diferentes clases; por si faltaba algo, los conflictos entre potencias están a punto de alcanzar el momento en que se ha de sacar la espada y en el que se recurre a la *ultima ratio* de los principios. A las capitales europeas llegan cada día despachos que anuncian un conflicto general, que se anulan con los despachos siguientes, anunciando la paz. Sea lo que quiera, podemos estar seguros de que por grave que pueda hacerse el conflicto entre las potencias europeas, por amenazador que pueda parecer el horizonte diplomático y alguna acción que pueda intentar tal o cual fracción dinámica de una nación determinada, la rabia de los príncipes y la cólera popular se evaporan igualmente ante el soplo de la prosperidad. Es poco probable que en Europa se produzcan guerras o revoluciones si no resultan de una crisis general, comercial e industrial, cuya señal —como siempre— deba darla Inglaterra, el representante de la industria europea en el mercado mundial.

No es necesario insistir sobre las consecuencias políticas que semejante crisis podría producir en nuestros días —con la vertiginosa expansión de las fábricas en Inglaterra y la descomposición total de sus partidos oficiales, con la enorme maquinaria del Estado francés transformada en una inmensa agencia de especulación y estafa de los fondos públicos, con Austria en vísperas de la bancarrota, con los daños acumulados por donde se mire y que piden

al pueblo venganza, con los intereses enfrentados en el seno de las mismas potencias reaccionarias, con los sueños rusos de conquista cada vez más manifiestos.

Carlos Marx
EL CONFLICTO ANGLO-CHINO

New York Daily Tribune
23 de noviembre de 1857

El correo llegado ayer en la mañana por el *América* nos trae muchos documentos sobre el diferendo surgido en Cantón entre los británicos y las autoridades chinas y sobre las operaciones militares del almirante Seymur. La conclusión que se impone a todo espíritu imparcial, tras la atenta lectura de la correspondencia oficial entre autoridades británicas y chinas en Hong Kong y Cantón, es la de que los británicos tienen todas las culpas en este asunto.

Para justificarse, estos últimos alegan que el conflicto tiene su origen en el comportamiento de algunos oficiales chinos que, en lugar de remitirse al cónsul británico, han detenido por la fuerza a algunos bandidos chinos a bordo de una embarcación anclada en la rada de Cantón y se han llevado el pabellón británico que ondeaba en el mástil.

Pero, como escribe el *Times* de Londres, "realmente, algunos puntos parecen oscuros: por ejemplo, si la embarcación... enarbolaba verdaderamente pabellón británico, y si se ajustaba a derecho que el cónsul emprendiese esa gestión". La duda así anunciada se refuerza más cuando se recuerda que el cónsul se apoya en una cláusula del tratado que concierne únicamente a navíos británicos, mientras que se ha probado debidamente que la embarcación

de referencia no era británica en cualquier sentido jurídico que se considere.

Mas, para que nuestros lectores puedan tener una idea global del asunto, publicamos seguidamente los pasajes más importantes de la correspondencia oficial. Primeramente, tenemos una nota fechada el 21 de octubre, firmada por el señor Parkes, cónsul británico en Cantón, dirigida al gobernador general Yeh, concebida en estos términos:

"En la mañana del 8 del corriente, la embarcación británica *Arrow* anclada en el puerto entre otros navíos, ha sido sometida a inspección por un importante destacamento de oficiales y soldados chinos en uniforme, sin que el cónsul inglés haya sido previamente informado al respecto. Pese a las protestas del comandante inglés, el destacamento se ha apoderado de doce de los catorce hombres del equipaje chino, los esposaron y arrestaron, llevándose también el pabellón del navío.

"El mismo día he transmitido a Vuestra Excelencia los detalles de esta afrenta pública sufrida por la bandera británica y sobre esta grave violación del artículo IX del Protocolo Adicional, pidiéndoos reparar el insulto y velar por el más escrupuloso respeto a las cláusulas previstas en este caso.

"No obstante, Vuestra Excelencia, manifestando un extraño desprecio por el derecho, tanto como por los compromisos suscritos, no ha proporcionado ni excusa ni reparación por la afrenta. Al mantener detenido el equipaje, dais testimonio de que aprobáis esta violación de los acuerdos y no dais al gobierno de Su Majestad la menor garantía de que tales abusos no se repetirán".

Parece claro que los oficiales imperiales hayan arrestado los chinos a bordo de la embarcación, porque habían sabido que una parte del equipaje había participado en un acto de piratería contra un navío

de comercio chino. Ahora bien, el cónsul británico reprocha al Gobernador general haber detenido a los culpables, haberse llevado el pabellón inglés, rehusar la presentación de excusas y mantener detenidos a los hombres arrestados.

En una carta dirigida al almirante Seymur, el Gobernador chino asegura que, al probar que nueve de los detenidos eran inocentes, el 10 de octubre había encargado que un oficial los devolviese a bordo del navío, pero que el cónsul Parkes se había negado a recibirlos. En lo que concierne a la embarcación, existen todas las razones para pensar que en el momento en que los chinos se hallaban a bordo y han sido detenidos, la embarcación era china, por la buena razón de que la había construido un chino y que pertenecía a un chino, que había conseguido fraudulentamente el pabellón británico, inscribiendo el *Arrow* en el registro colonial británico —método corrientemente usado, según parece, por los contrabandistas chinos.

En lo que concierne a la afrenta sufrida por la bandera británica, el Gobernador observa:

"Es una regla constante que las embarcaciones de la nación de Vuestra Excelencia bajan su pabellón cuando echan el ancla y lo izan de nuevo cuando abandonan el puerto. Está suficientemente probado que ninguna bandera se hallaba izada en la embarcación cuando fue inspeccionada en busca de los malhechores. En tales condiciones ¿cómo podría haber sido traída por nuestros hombres? No obstante, el cónsul Parkes insiste en exigir, con todos sus despachos, reparaciones por la afrenta infligida a la bandera británica".

En tales condiciones, el Gobernador chino concluye que no ha habido violación alguna de los acuerdos. Sin embargo, el plenipotenciario británico volvió a la carga el 12 de octubre, exigiendo no sola-

mente la devolución de todo el equipaje detenido, sino también la presentación de excusas. A lo que el gobernador respondió:

"En las primeras horas de la mañana del 22 de octubre he escrito al cónsul Parkes y, al mismo tiempo, le enviaba los doce hombres, entre ellos particularmente Li Ming-Tai y Li Chi-Fu, reconocidos culpables tras la investigación que ordené realizar. El testigo Wu Ai-ya acompañaba a los nueve hombres que le envié precedentemente. Pero el señor cónsul Parks no quiso recibir ni los doce presos ni mi carta".

Por tanto, pues, Parkes pudo recuperar sus doce hombres, al mismo tiempo que una carta que contenía sin duda excusas, pero que no ha abierto. La noche del mismo día, el gobernador Yeh quiso conocer las razones por las que, de una parte, no habían sido recibidos los presos que trataba de devolver y, de otra parte, por qué no se respondía a su carta. Esta gestión no se tomó en consideración. En su lugar, los ingleses abrieron fuego sobre los fuertes de Cantón y ocuparon algunos.

El almirante Seymur explica el 1o. de noviembre, en su mensaje al Gobernador, el comportamiento aparentemente incomprensible del cónsul Parkes. Los hombres del equipaje han sido, ciertamente, devueltos, pero "no de *manera pública* a bordo de su navío, así como tampoco habían sido presentadas las excusas por la infracción a las leyes consulares".

Todo el asunto se reducía, pues, a formalidades —a la cuestión de saber si se habían devuelto o no con toda la solemnidad requerida un grupo de hombres, entre los que figuran tres criminales confesos.

El Gobernador de Cantón respondió a todo esto, recordando que los doce hombres habían sido efectivamente devueltos al cónsul y que "de ningún modo

se había negado a llevar los hombres a bordo de su navío". En efecto, el gobernador chino supo lo que el plenipotenciario británico quería realmente, cuando la ciudad fue bombardeada sin descanso durante seis días.

Finalmente, por lo que concierne a las excusas, el gobernador Yeh declara que no podía presentar ninguna ya que no se había cometido ninguna falta. Citemos sus propias palabras:

"Considerando que en el momento de la captura, mi emisario no vio ningún pabellón extranjero, y, además, que en el curso del interrogatorio de los presos por el funcionario encargado de este asunto, nunca apareció que la embarcación fuera, de un modo u otro, un navío extranjero, persiste en mantener que ninguna falta se ha cometido".

De este modo el chino ha resuelto tan perfectamente todo el asunto con la fuerza de su dialéctica —y no existe ningún otro punto en litigio— que al almirante no le queda otro recurso que declarar: "Me veo positivamente forzado a rechazar toda discusión contradictoria sobre el asunto del *Arrow*. Me resultan suficientes los hechos que el cónsul Parkes ha expuesto a Vuestra Excelencia".

Pero, habiendo bombardeado Cantón durante seis días, deshecho sus muros y sus fuertes, el almirante descubrió súbitamente una nueva razón para sus maniobras, como se desprende de su carta del 30 de octubre al Gobernador chino:

"Corresponde a Vuestra Excelencia, a través de consultas inmediatas conmigo mismo, poner punto final al estado de cosas que ha dado ya lugar a este grave incidente, pero que, de no arreglarse, terminará por producir una catástrofe de mayor envergadura".

El Gobernador chino respondió que la Convención

de 1848 no le autorizaba a solicitar semejante consulta, y continúa:

"En lo que concierne a la entrada (de los extranjeros) en la ciudad, debo hacer observar que en abril de 1848, Su Excelencia el plenipotenciario Bonham ha dirigido una nota pública a las factorías de ese país, para prohibir el acceso a los extranjeros. Habiendo aparecido esta nota en los periódicos de la época, supongo que Vuestra Excelencia tiene de ella conocimiento. Conviene añadir que la prohibición a los extranjeros de acceder a las ciudades tiene el asentimiento unánime de la población de Kuangtung (Cantón). Cabe pensar que la población no haya sido bien impresionada con el asalto a los fuertes y la destrucción de sus moradas. Preocupándome los daños que pudieran derivarse para los funcionarios y los ciudadanos de la nación de Vuestra Excelencia, me inclino por sugerirle, como vía a seguir, la política seguida por el plenipotenciario Bonham. En lo que concierne a la consulta propuesta, hace días he transmitido plenos poderes a Tchang, el prefecto de Liu-tcheu."

El almirante Seymur aparta de un manotazo todas estas objeciones, declarando que no le importa la Convención firmada por el señor Bonham:

"La respuesta de Vuestra Excelencia me remite a la nota del año 1849 del plenipotenciario británico que prohibió a los extranjeros el acceso a Cantón. Pues bien, debo recordarle que tenemos buenas razones para quejarnos del gobierno chino que no ha mantenido su promesa hecha en 1847 de admitir a los extranjeros en la ciudad de Cantón al cabo de los dos años. Sin embargo, mi presente demanda no tiene relación alguna con las precedentes negociaciones a este propósito. De aquí que no reclame la admisión de nadie más que los funciona-

rios extranjeros y esto únicamente por las razones simples y suficientes mencionadas antes.

"En lo que concierne a mi propuesta de conferenciar personalmente con Vuestra Excelencia, me hacéis el honor de observar que habéis enviado un prefecto hace algunos días. Me veo, pues, obligado a considerar como insatisfactoria en extremo toda la carta de Vuestra Excelencia y solamente me queda añadir que, en caso de que no reciba inmediatamente seguridad formal de vuestro acuerdo a mi propuesta, haré reanudar las operaciones ofensivas."

En su réplica, el gobernador Yeh puso en evidencia los detalles de la Convención de 1849:

"Mi predecesor Lin Tseu-tsu y el plenipotenciario británico Bonham han intercambiado en 1848 una correspondencia amplia sobre este tema. El señor Bonham, reconociendo que no podía plantearse la cuestión de una entrevista en la ciudad, le dirige en abril de 1849 una carta diciendo: «En lo sucesivo no quiero tener discusiones con Vuestra Excelencia a este propósito». Seguidamente, redacta una ordenanza prohibiendo a todo extranjero el acceso a la ciudad y, tras informar a su gobierno, lo hizo publicar en los periódicos de las factorías. Ningún chino ni extranjero ignora que no existe razón alguna para que sea replanteado este problema en nuestras discusiones".

Como final de los argumentos, el almirante británico forzó el acceso a la ciudad de Cantón y penetró hasta la residencia del Gobernador, destruyendo al mismo tiempo la flota imperial anclada en el río.

Como se ve, hay que distinguir dos actos en este drama diplomático y militar: el primero, prepara el bombardeo de Cantón con el pretexto de que el Gobernador chino habría violado el tratado de 1842; el segundo, extiende el bombardeo a una escala ma-

yor, con el pretexto de que el Gobernador se mantiene obstinadamente en los términos de la Convención de 1849. Cantón ha sido bombardeada la primera vez porque el tratado ha sido violado y otra porque ese tratado ha sido respetado. Por añadidura, no se afirma que, en el primer caso no haya habido oferta de reparación, sino solamente que no se ha presentado en las formas prescritas.

La interpretación de los hechos según el *Times* de Londres es del todo digna del general William Walker en Nicaragua: Dice así esa hoja: "El desencadenamiento de las hostilidades anula los tratados existentes y nos deja libres de dar a nuestras relaciones con el Imperio chino la forma que nos plazca... Los acontecimientos de Cantón son una advertencia para nosotros: debemos arrancar por la fuerza el derecho de libre acceso a los lugares y ciudades reconocidas abiertas por el tratado de 1842. En el porvenir no debemos tolerar que nuestros representantes no puedan ser recibidos por el Gobernador-general chino, porque *hemos renunciado* a la aplicación de la cláusula que permite a los extranjeros rebasar los límites de nuestras concesiones".

En otros términos, "nosotros" hemos desencadenado las hostilidades para romper una convención existente y para hacer valer un derecho al que "nosotros" habíamos renunciado por un acuerdo expreso.

Nos alegra ver que otro órgano eminente de la opinión británica se expresa en un tono más humano y decente: "Es un hecho monstruoso", escribe el *Daily News* del 2 de enero de 1857, "que para vengar el orgullo herido de un funcionario británico y castigar la locura de un gobernador asiático, prostituyamos nuestra fuerza en la triste faena de llevar el hierro y el fuego, la desolación y la muerte a hogares pacíficos de hombres inofensivos y a

lugares que hemos abordado como invasores. Cualquiera que pueda ser la salida de los bombardeos de la ciudad de Cantón, el hecho en sí es vil y deplorable —un derroche deliberado y vergonzoso de vidas humanas en el altar de una causa falaz y de una política errónea".

Cabe preguntarse si las naciones civilizadas del mundo aprobarán esta forma de invadir un país tranquilo sin declaración previa de guerra, por una pretendida infracción al fantasioso código de la etiqueta diplomática. Las demás potencias, impasibles, han asistido a la Primera Guerra China —pese a su pretexto infame— porque les abría la perspectiva de una apertura del mercado chino. ¿Van a hacer lo mismo para la segunda que amenaza cerrarles ese mismo mercado por un periodo indeterminado? Desde luego, su primer efecto es aislar Cantón de la zona de cultivo del té que se encuentra aún en su mayor parte en manos de los imperiales. ¿No equivale esto a dar ventaja a los mercaderes de té ruso en el polo opuesto de China?

Por lo que respecta a la destrucción violenta de un fuerte chino por la fragata americana *Portsmouth*, no disponemos aún de informaciones suficientes para expresar un juicio.

Federico Engels

LA NUEVA CAMPAÑA INGLESA EN CHINA

New York Daily Tribune
17 de abril de 1857

Si los ingleses van hasta el fondo de la querella que acaban de provocar con los chinos, hay que aguardar que se lancen a una nueva expedición naval y terrestre semejante a la que les permitió llevar la Guerra del Opio de 1841 y 1842. El éxito fácil que los ingleses lograron entonces, arrancando a los chinos una cantidad fabulosa de dinero, les incita a promover una nueva experiencia de ese género. No olvidemos que los ingleses forman un pueblo que, a pesar del horror que les inspira su propia inclinación a los actos de piratería, han conservado, todavía en nuestros días en grado no desdeñable, el viejo espíritu de rapiña de los bucaneros que caracterizaba a sus antepasados de los siglos XVI y XVII.

Sin embargo, los notables cambios producidos en la sociedad china tras esa triunfal y provechosa incursión de saqueo, efectuada en nombre y beneficio del comercio del opio, hacen dudoso que una parecida incursión se pueda realizar con resultados análogos.

La nueva expedición tiene todas las probabilidades de partir de la isla de Hong Kong, como la de 1841-1842, que se apoyaba en una flota de dos navíos de 74 cañones, de ocho fragatas, numerosas chalupas de guerra, doce vapores y cuarenta transporta-

dores que llevaban a bordo quince mil hombres, comprendiendo las tropas de marina. Sería difícil intentar la nueva expedición con una potencia militar inferior. En realidad, por algunas indicaciones que vamos a tratar de exponer en seguida, parece probarse que esta expedición será de mucha mayor envergadura.

La expedición de 1841-1842, que parte de Hong Kong el 21 de agosto de 1841, se apodera primeramente de Amoy, después, el 1o. de octubre, de la isla de Tchu-chan, que utiliza como base para la campaña ulterior. El objetivo de estas operaciones era forzar el acceso al gran río central de China y remontarlo hasta Nankin, situada a doscientas millas de su desembocadura. Ocurre que el Yang-tse-Kiang divide China en dos partes distintas: el norte y el sur. A cuarenta millas aproximadamente, aguas abajo de Nankin, el canal imperial llega al río y sigue su curso, formando así para el comercio la gran arteria que relaciona las provincias del norte con las del sur.

El plan de campaña perseguía la ocupación de esta importante vía de comunicación, que habría de dar un golpe fatal a Pekín y forzar al Emperador a concluir la paz sin demora. El 13 de junio de 1842, el grueso de la flota inglesa, bajo el mando de sir Henry Pottinger, apareció frente a Wusung, en la desembocadura del río del mismo nombre. Este río desciende del sur y se vierte en el estuario del Yang-tse-Kiang, cerca del Mar Amarillo. La desembocadura del río Wusung constituye la bahía de Shangai, que se encuentra a poca distancia aguas arriba. Las riberas del Wusung estaban erizadas de baterías, que fueron tomadas por asalto sin dificultad. Una columna de las fuerzas de invasión avanzó entonces sobre Shangai que se rindió sin resistencia. Si las tranquilas y apacibles poblaciones de

las riberas del Yang-tse-Kiang no opusieron casi resistencia, es porque se trataba de su primer bautismo de fuergo, tras un periodo de paz prolongado de unos doscientos años. Sin embargo, el mismo estuario y sus alrededores del lado del mar, no carecen de grandes obstáculos.

El amplio estuario del Yang-tse-Kiang se extiende entre riberas medio cubiertas de fango y apenas reconocibles debido a que el mar en muchos lugares, es de un amarillo cenagoso, de donde le viene el nombre. Para penetrar en el Yang-tse-Kiang, los navíos deben seguir prudentemente la ribera meridional, navegando constantemente con sonda para evitar los bancos de arena movediza que obstruyen el paso. Esos bancos se extienden aguas arriba del estuario hasta la extremidad superior de la gran isla de Psong-min que se encuentra en su centro y lo divide en dos brazos. Hacia arriba de la isla, de unas treinta millas de superficie, las riberas comienzan a emerger, pero el curso del cauce se hace muy sinuoso. La marea es muy sensible hasta Tchen-Kiang, a mitad de camino hacia Nankin, hasta el punto que lo había sido hasta entonces un estuario o un brazo de mar, para los navíos que lo remontan, empieza a ser un río.

La flota inglesa se encuentra con serias dificultades antes de llegar a este punto. Necesitó por lo menos quince días para recorrer una distancia de ochenta millas, desde su punto de fondeo en Tchsuchan. Varios navíos embarrancaron cerca de la isla de Tsong-min, pero lograron liberarse gracias a la marea creciente. Tras haber remontado estas dificultades, los ingleses, llegados a las cercanías de la ciudad de Tchen-Kiang, hubieron de darse cuenta de que, por deficientes que fueran en el arte militar los soldados tártaro-chinos, no carecían de coraje y aliento en el combate. Estos soldados, apenas unos

mil quinientos, se batieron con la energía de la desesperación y se hicieron matar hasta el último. Antes del ataque, previendo el desenlace fatal, estrangularon o ahogaron a sus mujeres e hijos, cuyos cadáveres fueron más tarde retirados de los pozos donde los habían arrojado. Cuando el comandante vio perdida la batalla, puso fuego a su casa y murió entre las llamas.

Los ingleses perdieron 185 hombres en la batalla y se vengaron de esta pérdida saqueando la ciudad, en medio de los más horribles excesos. De un extremo a otro, esta guerra fue llevada por ellos con una brutalidad y ferocidad, en plena concordancia con el espíritu de fraude y rapiña que la caracteriza desde sus orígenes. Pero si el invasor hubiera encontrado por todas partes una resistencia tan obstinada, nunca habría podido alcanzar Nankin. Pero no fue este el caso. La ciudad de Kuei-tcheu, en la ribera opuesta del río, se rindió y pagó un rescate de tres millones de dólares, que los bandidos ingleses se embolsaron naturalmente con la mayor satisfacción.

Más arriba, el cauce del río tiene 180 pies de profundidad y la navegación se hace cómoda por lo que se refiere a fondo, pero, en algunos puntos, la corriente alcanza velocidad superior a las seis o siete millas por hora. No existía, pues, nada que impidiera a los navíos de línea remontar hasta Nankin, a cuyos muros llegaron los ingleses y echaron el ancla el 9 de agosto. El efecto producido correspondió exactamente con lo que se esperaba. Lleno de pavor, el Emperador firma el Tratado del 29 de agosto, cuya pretendida violación sirve hoy de pretexto a nuevas exigencias que dan lugar a la amenaza de una nueva guerra.

Esta nueva guerra, si tiene lugar, será ciertamente conducida sobre el modelo de la precedente. Pero,

existen razones por las que los ingleses no pueden contar con un éxito tan fácil. Se puede admitir que la experiencia de la última guerra no ha sido desaprovechada por los chinos. En el curso de recientes escaramuzas militares en el río de Cantón han dado pruebas de tal progreso en el manejo de la artillería y las operaciones defensivas que algunos han defendido la hipótesis de la presencia de europeos entre ellos.

En todas las cosas de la práctica —y la guerra es eminentemente práctica— los chinos sobrepasan de lejos a los demás orientales y no hay duda que en materia militar los ingleses encontrarán en ellos discípulos bien dotados.

Además, es verosímil que, si tratan nuevamente de remontar el Yang-tse-Kiang los ingleses se tropiecen con obstáculos artificiales que no encontraron la primera vez. Por lo demás —y ésta es, entre otras, la más seria de las consideraciones— una nueva ocupación de Nankin no parece que vaya a producir en la corte de Pekín una alarma y terror comparables a las que causó la primera. En efecto, Nankin, así como grandes partes de las provincias vecinas, se encuentran desde hace cierto tiempo ya en manos de los rebeldes, y uno o varios jefes rebeldes tienen allí su cuartel general. En esas condiciones, su ocupación por los ingleses equivaldrá a prestar un buen servicio al Emperador, ya que expulsarían los rebeldes de una ciudad cuya ocupación, tras su conquista, se revelaría difícil y hasta peligrosa. ¿No acaba de probar la experiencia reciente que puede tenerse aquella por una potencia hostil, sin que resulte por ello una consecuencia fatal para Pekín o el poder imperial?

Carlos Marx
RUSIA Y CHINA

New York Daily Tribune
7 de abril de 1857

En lo que concierne al tráfico comercial con China, cuya expansión se han propuesto lord Palmerston y Luis Napoleón lograr por la fuerza, es evidente que se considera, no sin cierta envidia, la posición ocupada por Rusia. En efecto, es totalmente posible que Rusia —sin gastar un céntimo, ni comprometer la menor fuerza militar— termine por ganar mucho más que las naciones beligerantes.

En general, las relaciones entre Rusia y el Celeste Imperio son de naturaleza muy particular. Mientras que los ingleses y los americanos —en lo que concierne a la participación de las hostilidades en desarrollo, los franceses apenas son meros testigos ya que prácticamente no tienen relaciones comerciales con China— ven negar el privilegio de una comunicación directa incluso con el virrey de Cantón, los rusos gozan de la ventaja de tener una embajada en Pekín. Ciertamente, se nos dice, Rusia paga esta situación aceptando en contrapartida que ella reconozca que se halla entre los estados vasallos de China y le pague un tributo. Sea como sea, eso permite a la diplomacia rusa procurarse, tanto en Europa como en China, una influencia que no se limita a puras y simples operaciones diplomáticas.

Estando excluidos del comercio marítimo con el Celeste Imperio, los rusos no se encuentran implicados ni de cerca ni de lejos en los conflictos pasados o presentes sobre esa cuestión. También escapan a la antipatía que los chinos manifiestan desde tiempo inmemorial a todos los extranjeros que abordan su país por mar y que asimilan —no sin alguna razón— a piratas sedientos de aventura y riqueza, que parecen haber infestado las costas chinas desde siempre. Pero en contrapartida de esta exclusión del comercio marítimo, los rusos gozan de una forma muy particular de comercio interior y exterior, del que parece que son los únicos en gozar sin que nunca hayan de tener competidores.

Esos intercambios, regulados por el Tratado concluido en 1787 bajo Catalina II, tienen su principal centro de operaciones —si no el único— en Kiatcha, en la frontera entre la Siberia meridional y la Tartaria (mongola) china, en uno de los afluentes del lago Baikal, a unas cien millas al sur de la ciudad de Irkutsk. El comercio se produce como una especie de feria anual bajo el control de una docena de agentes —seis rusos y seis chinos— que se encuentran en Kiatcha para establecer las relaciones que servirán para el intercambio de los productos de ambas partes, dado que este tráfico se realiza solamente en forma de trueque.

Los principales artículos vendidos son: el té, del lado chino, y los tejidos de lana y algodón, del lado ruso. Estos últimos años, este comercio parece que ha crecido sensiblemente. Las cajas de té vendidas por China en Kiatcha hace diez o doce años no excedían por término medio la cifra de cuarenta mil; en 1853, llegaron a ciento sesenta y cinco mil, cuya mayor parte era de calidad superior que conocían bien los consumidores del continente bajo el nom-

bre de "té de caravana", para distinguirlo del artículo de calidad inferior importado por mar.

Además, los chinos venden, en cantidades limitadas, azúcar, algodón, seda cruda o trabajada, mientras que los rusos dan en contrapartida, tejidos de algodón y lana con algunas modestas cantidades de cueros de Rusia, artículos de metal, pieles e incluso opio. El valor total de las mercancías intercambiadas, cuyos precios, a juzgar por las estadísticas oficiales, se fijan a nivel muy bajo, sobrepasa con todo, la no desdeñable cifra de 15 millones de dólares.

En 1853, a consecuencia de los trastornos interiores en China y de las ocupaciones que las bandas de rebeldes saqueadores de caminos que venían de las provincias del té, la cantidad de éste enviada a Kiatcha, cae a 50,000 cajas y el valor global de los intercambios a unos seis millones de dólares. En los dos años siguientes, de todos modos, el comercio se reanima y el té expedido a Kiatcha para la feria de 1855 oscila alrededor de las 120,000 cajas.

Debido al aumento del comercio, Kiatcha, que se encuentra en territorio ruso, de simple fuerte y mercado local que era, se ha convertido en una ciudad grande. Se designó como capital de esta región de la zona fronteriza y parece que bien pronto tendrá el honor de albergar un comandante militar y un gobernador civil. Además, acaba de establecerse un servicio de correo directo y regular para la transmisión de los despachos oficiales entre Kiatcha y Pekín, que dista de la ciudad comercial unas 900 millas.

Es evidente que, si las hostilidades actuales provocan la suspensión del comercio marítimo, el aprovisionamiento en té de Europa se tendrá que hacer exclusivamente por esta vía. Se puede suponer que, incluso cuando el comercio por mar se restablezca,

Rusia, una vez completada su red ferroviaria, venga a ser una competidora peligrosa de las naciones marítimas para el aprovisionamiento de los mercados europeos. Estas líneas ferroviarias establecerán una comunicación directa entre los puertos de Cronstadt, Libau y la vieja ciudad de Nini-Novgorod, en el centro de Rusia, donde residen los mercaderes que ejercen el comercio con Kiatcha. El aprovisionaminto de Europa en té por esta vía continental es, de todos modos, más probable que la utilización con el mismo fin de la *Pacific Railroad*, proyectada en América. Incluso la seda, segunda en importancia entre los artículos de exportación de China, es un artículo de un volumen tan modesto con respecto a su precio que su transporte por tierra no sería en modo alguno imposible, mientras que los intercambios con el Celeste Imperio abrirán a los articulos manufacturados rusos una salida sin paralelo en cualquier otra parte del mundo.

Sin embargo, podemos observar que los esfuerzos de Rusia no se limitan tan sólo a la extensión del comercio por tierra. Hace ya algunos años, tomó posesión de las dos riberas del río Amur, patria de origen de la actual dinastía reinante en China. Aunque ciertamente que los esfuerzos en esta dirección han sufrido un frenazo durante la última guerra, no hay duda que serán reemprendidos y desarrollados con la energía en el futuro. Rusia posee ya las islas Kuriles y la península de Kamchatka y mantiene una flota en estos mares. Se puede estar seguro que aprovechará la primera oportunidad favorable para obtener al menos una participación en el comercio con China. Este será, sin embargo, de una importancia secundaria para Rusia, teniendo en cuenta la expansión de los intercambios por vía terrestre, que son patrimonio suyo.

Carlos Marx
DEBATES PARLAMENTARIOS SOBRE LAS HOSTILIDADES EN CHINA

New York Daily Tribune
16 de marzo de 1857

Según los periódicos, dos mociones condenando la intervención en China, se han presentado en la Cámara de los Lores el 24 de febrero por lord Derby y el 26 de febrero en la Cámara de los Comunes por el señor Cobden. Los debates en la Cámara de los Lores se han terminado el día que han empezado los de los Comunes. Los primeros han propinado un duro golpe al ministerio Palmerston que solamente pudo obtener una débil mayoría de 26 votos. Los segundos pueden terminar con el cambio de gobierno. Pero, cualquiera que sea el interés que se pueda atribuir a la discusión en los Comunes, los debates en la Cámara de los Lores han agotado ya la parte polémica del litigio; los notables discursos de lord Derby y lord Lyndhurst se han anticipado magistralmente a la elocuencia del señor Cobden, de sir E. Bulwer, de lord John Russell y de *tutti quanti*.

La única autoridad en materia jurídica del lado gubernamental, el canciller lord Cranworth, ha declarado: "Si Inglaterra no puede exhibir bases jurídicas en el caso del *Arrow*, todas las medidas que ha adoptado están injustificadas del principio al fin". Ahora bien, Derby y Lyndhurst han demostrado sin

duda alguna posible que, en el asunto del *Arrow*, Inglaterra ha obrado sin ninguna base legal. Su argumentación coincide en este punto con lo que hemos expuesto en el *Tribune* después de los primeros despachos ingleses, que podemos resumir en algunas líneas.

¿De qué se acusa al gobierno chino, sobre el que se echa la responsabilidad de las matanzas de Cantón? De haber violado el artículo IX del Protocolo Adicional de 1843, que prescribe que todo delincuente chino que se encuentre sea en la colonia de Hong Kong, sea bordo de un navío de guerra o comercio británico, no puede ser detenido por las autoridades chinas, sino que éstas deben pedir la intervención del Consulado inglés, que les entregará al culpable. Ahora bien, han sido detenidos piratas chinos sin la intervención del consulado inglés por funcionarios chinos a bordo del *Arrow*, en el río que atraviesa Cantón. El problema que se plantea, pues, consiste en saber si el *Arrow* era navío inglés.

Como lord Derby ha demostrado, era "un navío construido por chinos, armado por chinos, vendido y comprado por chinos, equipado con dotación china y en posesión de chinos". ¿Cómo se ha podido, en estas condiciones, convertir esta embarcación china en un navío de comercio británico? Comprando en Hong Kong una licencia de navegación en el Registro Marítimo inglés. La legalidad de estas licencias descansa en una ordenanza de la legislación local de Hong Kong que data de marzo de 1855 que, no solamente viola el tratado existente entre Inglaterra y China, sino que además contradice la legislación inglesa. Es, por tanto, nula y sin valor. En rigor pudo tener algo de legalidad británica por el hecho del *Merchant Shipping Act*. Pero ésta no fue adoptada por la Cámara sino dos meses después de la concesión de la licencia. De todos modos, la li-

cencia no puede convenirse con las disposiciones legales de este *Act*. En consecuencia, la licencia que prueba que la embarcación *Arrow* se halla inscrita en el Registro no es más que un simple trozo de papel.

Pero incluso según ese trozo de papel, el *Arrow* habría perdido todo derecho de protección, por el hecho que había violado los términos de la ordenanza y que su licencia había caducado. Es lo que el mismo sir J. Bowring reconoce. Pero, se dice, que el *Arrow* sea o no un navío inglés, enarbolaba pabellón inglés y ese pabellón ha sido ultrajado. En primer lugar, si ese pabellón estaba izado, lo estaba ilegalmente. Pero ¿estaba realmente izado? En este punto, las declaraciones inglesas divergen enteramente de las chinas.

Pero ocurre que las afirmaciones de los chinos han sido corroboradas por las deposiciones —registradas por el Cónsul— del Comandante y la tripulación de la embarcación número 83. A este propósito el *Friend of China* del 13 de noviembre hace observar: "Todo el mundo sabe en Cantón que el pabellón británico no estaba izado a bordo de la embarcación durante los seis días precedentes a su inspección". Es lo que hace caer el argumento del honor lesionado, así como el de la falta jurídica.

Lord Derby no salpica sus discursos con los habituales chistes pues prefiere el carácter estrictamente jurídico; pero, con todo, no tuvo que hacer un gran esfuerzo para impregnarlo de una ironía profunda. El conde de Derby, líder de la aristocracia de Inglaterra, alegaba contra el exdoctor y actual sir John Bowring, discípulo favorito de Bentham; ¡oh, ironía, invoca el humanitarismo contra la filantropía de profesión! ¡Defendió los verdaderos intereses de la nación contra el utilitarismo sistemático, que se agarraba a los puntos más formales de

la etiqueta diplomática! ¡Apelaba a la *vox populi vox dei* contra el hombre del "bienestar máximo para el mayor número!" El descendiente de los conquistadores predicaba la paz, en tanto que un *partidario de la Sociedad de la Paz* alababa la sangre y el fuego.

Derby estigmatizaba los actos de la flota británica como "viles procedimientos" y "operaciones ignominiosas", mientras que Bowring felicitaba a la *Royal Navy* por sus cobardes golpes de fuerza contra una población sin defensa, hablando de "brillantes hechos de armas, de heroísmo incomparable y de maravillosa asociación del coraje y de las capacidades militares".

Todos estos contrastes tenían un efecto tanto más cómico cuanto que lord Derby parecía no tener la menor conciencia de ello. Estaba dotado de esa gran ironía de la historia que no está hecha con el humor de las personas, sino de la comedia de las situaciones históricas. En toda la historia del Parlamento inglés, nunca se ha visto parecido triunfo intelectual de un aristócrata sobre un advenedizo.

Para comenzar, lord Derby dijo "que se veía obligado a referirse a las declaraciones y documentos suministrados exclusivamente por el campo del que él tenía que criticar el comportamiento", pero que prefería "fundar su requisitoria sobre tales papeles". Luego hizo notar con razón que los documentos presentados al público por el gobierno permitían a este último descargarse de toda responsabilidad en perjuicio de agentes subalternos. Es tan cierto que los ataques de la oposición parlamentaria del gobierno se han dirigido exclusivamente contra Bowring y consortes y que el mismo gobierno hubiera podido suscribir, sin debilitar nada su posición. Citamos a lord Derby: "No tengo la intención de decir cosa alguna que sea irrespetuosa a propósito del

doctor Bowring. Tal vez sea un hombre de alta cultura. Sea como quiera, me parece que en lo que concierne a la autorización de la entrada en Cantón, da pruebas de verdadera monomanía. (Risas.) Sueña con hacer su entrada en Cantón. Creo que éste es su primer pensamiento de la mañana y su último en la noche, si se le ocurre despertarse. (Risas.) Creo que no estimaría demasiado grande ningún sacrificio, demasiado dolorosa cualquiera interrupción del comercio, demasiado lamentable cualquier derramamiento de sangre, con relación a la inmensa ventaja que sir J. Bowring sacaría de una recepción oficial en el Jemun de Cantón". (Risas.)

Lord Lyndhurst tomó seguidamente la palabra: "Sir J. Bowring que es un eminente filántropo al mismo tiempo que un diplomático (risas) reconoce que el acto del registro está desprovisto de valor y que la embarcación no tenía derecho alguno al pabellón inglés. Ahora bien, escuchad lo que dice de eso: «El navío no gozaba de ninguna protección legal, pero esto no lo sabían los chinos y, por amor del cielo, no se lo hagáis saber»". Y prosigue en este sentido, diciendo en sustancia: "Sabemos que los chinos no se han hecho culpables de ninguna violación del tratado, pero no se lo haremos saber. Persistiremos en exigir de ellos una reparación y el envío de los hombres que han detenido, insistiendo en que se respeten las formas más estrictas. ¿A qué medios debemos recurrir si no se nos devuelven debidamente los hombres? Es bien sencillo: atacamos un junco, un junco de guerra. Si eso no basta, atacamos varios hasta que cedan, aunque sepamos que el derecho y la justicia están de su parte y no de la nuestra..." ¿Se ha llevado nunca una política más abominable y vergonzosa en la que un hombre político al servicio del gobierno británico haya presentado falsos pretextos —no quiero decir fraudu-

lentos, ya que en nuestro país eso se supone...? Estamos sorprendidos de que sir J. Bowring se imagine poder declarar la guerra. Puedo comprender que un hombre, en su situación, tenga necesariamente que llevar operaciones defensivas; pero conducir operaciones ofensivas sobre esta base, con ese pretexto, es uno de los hechos más pasmosos que se puedan encontrar en la historia del mundo... Se desprende claramente de los documentos que se nos han presentado ayer que desde el momento en que sir J. Bowring ha ocupado su cargo ha tomado como cuestión de honor conseguir lo que ninguno de sus predecesores ha logrado: hacer su entrada en la ciudad de Cantón... Totalmente entregado a este objetivo, ha precipitado al país a una guerra sin ninguna necesidad verdadera. ¿Y con qué resultado? Bienes de un valor gigantesco de 1.500,000 dólares pertenecientes a ciudadanos británicos que se hallan colocados bajo secuestro en la ciudad de Cantón; por añadidura nuestras factorías han sido destruidas por el fuego. Todo eso lo debemos a la política perniciosa de uno de los hombres más perniciosos que tengamos:

"Mas el hombre, el hombre de orgullo,
Envuelto en su delgada y precaria autoridad,
Del todo ignorante de lo que está más seguro,
Con la fragilidad del vidrio,
Como un mono rabioso, da volteretas
Tan fantásticas, frente al cielo
Que los ángeles lloran".

Y finalmente, lord Grey: "Si la noble asamblea se digna consultar los documentos, comprobará que el gobernador Yeh, cuando sir John Bowring le pide una entrevista, estaba dispuesto a encontrarlo, pero designa a tal efecto la residencia del comerciante Hao-Kuan que se encuentra fuera de los muros de Cantón... La dignidad de sir John Bowring

le impidió ir a cualquier otro lugar que no fuera la residencia oficial de gobernador... Del voto de la moción, espero, fuera de cualquier otro resultado, al menos este gesto positivo: la llamada inmediata de sir John Bowring".

Sir J. Bowring ha sido tratado de la misma forma en los Comunes, y el señor Cobden ha abierto su discurso repudiando incluso solemnemente una "amistad de veinte años".

Las citas literales de los discursos de los lores Derby, Lindhurst y Grey prueban que, para neutralizar el ataque, basta al gobierno Palmerston desolidarizarse de sir John Bowring y de desprenderse de este "filántropo distinguido". Si puede salir tan bien parado, lo debe, no a la indulgencia ni a la táctica de sus adversarios, sino exclusivamente a los documentos oficiales sometidos al Parlamento. Tal es lo que se desprende tanto de una rápida ojeada de esos documentos como de los debates a los que ha dado lugar.

¿Puede haber aún la menor duda acerca de la "monomanía" de sir John Bowring, en lo que concierne a su entrada en Cantón? Según el *Times* de Londres, este individuo se ha comprometido en una trayectoria enteramente trazada por él, sin haber consultado a sus superiores en Inglaterra y sin referirse en nada a "su política". ¿Por qué, pues, lord Palmerston, en el momento en que su gobierno vacila, en el que todos los obstáculos llenan su camino —dificultades financieras, dificultades de la guerra de Persia, dificultades surgidas de los tratados secretos, dificultades ligadas a la reforma electoral, dificultades en el seno de su propia coalición— y en el que sabe pertinentemente que "los ojos de la Cámara lo miran con mucho ardor, pero mucha menos admiración que nunca", por qué habría de elegir precisamente este momento para demostrar, por

primera vez en toda su vida política, una fidelidad inflexible a otro hombre —por añadidura, subalterno— con peligro no solamente de debilitar más aún su posición personal, sino incluso de arruinarla totalmente? ¿Por qué habría de llevar el entusiasmo, totalmente nuevo, hasta inmolarse a sí mismo como víctima expiatoria por los pecados de un simple doctor Bowring?

Evidentemente, ningún hombre sensato es capaz de estimar al Vizconde capaz de tales aberraciones románticas. La línea política que ha seguido en el conflicto chino brinda la prueba irrefutable de los hechos que ha omitido en los documentos que ha sometido al Parlamento. Aparte de los documentos publicados, existen sin duda documentos secretos así como instrucciones secretas que probarían que, si el doctor Bowring se hallaba poseído de la "idea fija" de hacer su entrada en Cantón, se hallaba tras él el frío cerebro del centro director de Whitehall para cultivar esta idea fija y, para sus propios objetivos, transformar el fuego que incubaba en un incendio devorador.

Carlos Marx
LAS ELECCIONES INGLESAS

New York Tribune
6 de abril de 1857

El futuro historiador que escriba la historia de Europa de 1848 a 1858 se verá sorprendido por la semejanza entre el llamamiento de Bonaparte a Francia en 1851 y el de Palmerston al Reino Unido en 1857. Ambos dan la impresión de dirigirse desde la tribuna del Parlamento a la nación, por encima de la pérfida coalición de los partidos a la honesta opinión pública. Ambos presentan los mismos argumentos. Bonaparte quería salvar a Francia de una crisis social, Palmerston quiere salvar a Inglaterra de una crisis internacional. Como Bonaparte, Palmerston justifica la necesidad de fortalecimiento del ejecutivo para reaccionar contra los vanos disgustos y eliminar la intromisión inoportuna del poder legislativo.

Bonaparte se dirigía tanto a los conservadores como a los revolucionarios, a éstos en tanto que enemigos de los aristócratas, a estos últimos en tanto que enemigos de la "usurpación" burguesa. ¿No ha condenado Palmerston todo gobierno despótico? Por tanto, no puede enfrentarse con uno liberal. Sin embargo, ¿no ha traicionado toda revolución? ¿No es elegido por los conservadores? Habiéndose opuesto a toda reforma, ¿cómo no habrían de sostenerlo los conservadores? Puesto que aparta a todos los

conservadores de todos los puestos ¿cómo lo habrían de abandonar los arribistas liberales?

Bonaparte lleva un nombre que inspira terror en el extranjero y se identifica con la gloria francesa. ¿No se aplica también esto a Palmerston en lo que se refiere al Imperio británico y al Reino Unido? Aparte algunas breves interrupciones ¿no ha estado en Inglaterra al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores desde 1830, en los días de la Reforma, en general desde los principios de la historia moderna inglesa? En consecuencia, la posición internacional de Inglaterra —tan "terrible" para el extranjero y tan "gloriosa" para la metrópoli— tiene su punto central en la persona de lord Palmerston. De un solo golpe, Bonaparte barre todos los grandes hombres oficiales de Francia. Los Russell, Graham, Gladstone, Roebuck, Cobden, Disraeli y *tutti quanti* ¿no han sido destrozados por Palmerston? Bonaparte no se atenía a ningún principio y no admitía ningún obstáculo, pero prometía dar al país aquello que necesitaba: un hombre. Palmerston, lo mismo. Sus peores enemigos no se atreven a reprocharle tener un solo principio...

En tales condiciones, se comprende que Palmerston sea partidario de elecciones próximas. No puede vencer si no es por sorpresa. Ahora bien, el tiempo destruye la sorpresa.

Carlos Marx
ATROCIDADES EN CHINA

New York Daily Tribune
10 de mayo de 1857

Hace algunos años, cuando el horrible sistema de torturas en vigor en la India fue denunciado al Parlamento, uno de los directores de la muy honorable Compañía de las Indias Orientales, sir James Hogg, tuvo la impudicia de sostener que las acusaciones hechas a este propósito carecían de fundamento. No obstante, una investigación posterior demostró que se basaban en hechos que no podían dejar de conocer los directores y sir James no tuvo otra elección que admitir una "ignorancia voluntaria" o un "conocimiento criminal" del horrible cargo hecho a la Compañía.

En una posición semejante y, realmente, nada envidiable, parecen encontrarse hoy también lord Palmerston, actual primer ministro de Inglaterra y el conde de Clarendon, el ministro del exterior. En un reciente discurso en el banquete ofrecido el 21 de marzo de 1857 por el lord Alcalde (de Londres), el primer ministro ha declarado, tratando de justificar las atrocidades perpetradas contra la población china: "El gobierno, si hubiera aprobado en ese caso actos injustificados, habría adoptado indudablemente una conducta digna de incurrir en la censura del Parlamento y el país. Pero estamos convencidos, por el contrario, que se trata de actos necesarios y vi-

tales para nosotros. Teníamos el sentimiento de que había sido infligido un gran daño a nuestro país, y que nuestros compatriotas, en un rincón perdido del mundo, habían sido expuestos a una serie de afrentas, ultrajes y atrocidades que no podíamos dejar en silencio. (Aprobación.) Teníamos el sentimiento de que los derechos suscritos en los tratados en favor de nuestro país habían sido violados y que los responsables locales de la salvaguarda de nuestros intereses en esa parte del mundo tenían no solamente razones, sino incluso el deber, de responder a tales ultrajes dentro de los límites de los poderes de que disponen. Teníamos el sentimiento de que habríamos traicionado la confianza de los ciudadanos de nuestro país, si no hubiéramos aprobado los actos que considerábamos justos y que nosotros mismos, en iguales circunstancias, habríamos creído nuestro deber ejecutar". (Aplausos.)

Incluso si los pueblos de Inglaterra y del mundo entero se dejan inducir a error por declaraciones tan "convincentes", Su Señoría no los cree realmente; o, si los cree, da prueba de una ignorancia voluntaria de los hechos, ignorancia que es prácticamente tan criminal como el "conocimiento criminal".

Desde que nos ha llegado el primer informe sobre las hostilidades en China, los periódicos gubernamentales de Inglaterra y una parte de la prensa americana no han dejado de acusar a los chinos de múltiples crímenes y fechorías: acusaciones sumarias de violación de las obligaciones contraídas; insulto a la bandera británica; actitud ofensiva respecto de los extranjeros residentes en ese país, etc. Sin embargo, no se ha avanzado ningún cargo preciso, ni un solo hecho determinado para sostener esas acusaciones, excepto el incidente del *Arrow* y, en este último, la retórica parlamentaria ha deformado y falseado las circunstancias hasta el pun-

to que quienes realmente deseen comprender lo que ha pasado en este asunto se hallen despistados.

La embarcación *Arrow* era un pequeño barco chino, pero al servicio de cierto inglés. Una licencia temporal le permitía enarbolar pabellón inglés, pero había cadudado antes del pretendido "insulto". Por lo que se dice, la embarcación servía para el contrabando de sal y llevaba a bordo siniestras figuras —piratas y contrabandistas chinos— que las autoridades buscaban desde hacía tiempo para arreglarles viejas cuentas. Ocurrió que, mientras que se hallaba anclada en el puerto de Cantón, con velas y bandera arriadas, la policía tuvo el soplo de la presencia a bordo de esos malhechores y procedió a su detención, como lo hace nuestra policía portuaria cuando tiene conocimiento de que se ocultan piratas y contrabandistas en un navío autóctono o extranjero, anclado en los lugares. Pero, como la detención molestaba los negocios de los propietarios, el capitán va a protestar junto al Cónsul inglés. Este —un joven recientemente nombrado y que, por lo que se sabe, es algo impulsivo y colérico— se precipita *in propria persona* a bordo de la embarcación y se enzarza en una violenta diatriba contra los policías que no habían hecho otra cosa que cumplir con su tarea; en consecuencia, no consiguió ningún resultado. Después, volvió a toda prisa al consulado y redacta una carta exigiendo al gobernador general de la provincia de Kuang-tung restitución y excusas, como también una nota a sir John Bowring y al almirante Seymur, en Hong Kong, declarando que él mismo y la bandera de su país habían sufrido una afrenta intolerable, y dejando entender en términos suficientemente claros que el momento tanto tiempo esperado, de una demostración militar contra Cantón, había llegado.

El gobernador Yeh respondió con calma y edu-

cación a las exigencias arrogantes del joven y exaltado Cónsul británico. Expone las razones del arresto, deplora los malentendidos que han podido surgir en este asunto, pero niega con energía que las autoridades imperiales hayan podido tener la menor intención de ofender los colores británicos. Incluso restituye los hombres, prefiriendo no guardarlos antes que producir graves complicaciones, aunque su arresto fuera perfectamente legal. Mas, para el señor cónsul Parkes, todo esto no era suficiente: necesitaba excusas oficiales y una restitución no menos ritual o el Gobernador debería atenerse a las consecuencias.

Se produjo a continuación la llegada del almirante Seymur con la flota británica y el principio de un intercambio de notas formalistas y amenazadoras por parte del Almirante, frías, sin pasión y corteses por parte del Gobernador. El almirante Seymur exige una entrevista personal en el recinto de la ciudad de Cantón. Yeh recuerda que esto contradecía todos los precedentes y que sir George Bonham había reconocido que no podía tener semejante pretensión. Si era preciso, estaba dispuesto, como de costumbre, a un encuentro fuera de la ciudad o cualquier otro contacto a gusto del almirante, pero no contrario al uso y la etiqueta tradicional de China. Ahora bien, tal actitud no logró complacer al belicoso representante del poderío británico en Oriente.

La guerra más inicua ha sido emprendida por los motivos que acabamos de exponer brevemente y que los informes oficiales presentados al pueblo inglés confirman plenamente. Los habitantes inofensivos y los apacibles comerciantes de Cantón han sufrido un criminal ataque de artillería y los derechos de la humanidad se han violado, con el fútil pretexto de que "pesaba la amenaza de los agresores chinos sobre la vida y la propiedad británicas". El

gobierno y el pueblo británicos —o al menos los que se han tomado la molestia de seguir el problema— saben cuan falsas y vacías son tales acusaciones. En realidad, se ha tratado de distraer la atención del público del problema principal para hacerle creer que constituían un *casus belli* suficiente una larga serie de ofensas anteriores al incidente del *Arrow*. Ahora bien, tales afirmaciones carecen de fundamento. Los chinos tienen por lo menos noventa y nueve afrentas que oponer a una sola sufrida por los ingleses.

La prensa inglesa no dice nada de las violaciones flagrantes de los tratados realizadas día tras día por los extranjeros que viven en China bajo la protección británica. No dice ni palabra del comercio ilícito del opio que nutre cada año al tesoro británico a expensas de vidas humanas y las reglas morales. No se dice palabra de la corrupción que reina entre los funcionarios subalternos, gracias a la cual el gobierno chino se ve despojado fraudulentamente de sus derechos legítimos sobre las mercancías que entran o salen en los puertos. No se dice palabra de los "sufrimientos que van a veces hasta la muerte", de los que son víctimas los emigrantes chinos engañados y reducidos a la condición de esclavos, vendidos y destinados a una suerte peor que la esclavitud en la costa del Perú y en Cuba. No se dice palabra de los métodos de intimidación ejercidos sobre los chinos de natural reservado y tímido, del vicio introducido por los extranjeros en los puertos abiertos a su comercio. No se escribe nada de todo esto y de muchas otras cosas más, en primer lugar, porque la gran mayoría de los hombres fuera de China se preocupa poco de las condiciones sociales y morales de ese país; en segundo lugar porque la política y prudencia exigen que no se agiten problemas de los que no se va a sacar ventaja pecunia-

ria. Así, los ingleses de la metrópoli que no ven más allá de la tienda donde compran su té, están dispuestos a tragar todas las mentiras con que el gobierno y la prensa estiman conveniente cebar a la opinión pública.

Entre tanto, el fuego del odio contra los ingleses, encendido por la Guerra del Opio ya algo apagado, va ahora a reanimarse en la llamarada de la hostilidad que ninguna oferta de paz y amistad podrá extinguir.

Carlos Marx
CORRESPONDENCIA OFICIAL

New York Daily Tribune
2 de julio de 1857

Entre los documentos relativos a China que lord Palmerston ha sometido a consideración de los Comunes, descubrimos algunos extractos de la correspondencia entre el doctor Parkes y el gobernador Yeh, y nos parece que nuestro doctor no ha jugado bonito papel. He aquí, por ejemplo, cómo responde Yeh a su carta de protesta en el asunto del envenenamiento del pan en Hong Kong:

"He recibido de Vuestra Excelencia la nota del 16 del corriente, por la que me entero que el Cónsul americano, llegado a Macao procedente de Hong Kong, os ha informado personalmente que hace dos o tres dáas, algunos chinos de Hong Kong habían mezclado veneno al pan suministrado al público de todas las nacionalidades. Quienes lo han consumido han sufrido daños y algunos parece que han muerto.

"Al conocer esta noticia, mi sorpresa ha sido grande. Los chinos y los americanos han mantenido siempre buenas relaciones recíprocas, y los intercambios comerciales entre China y las otras naciones se han desarrollado siempre hasta este día de manera amistosa. Lo que no impide que hace algunos meses los ingleses, sin haber sido provocados, han enviado sus tropas a China e iniciado hostilidades, incendiando en diversas ocasiones almacenes

y casas de nuestros compatriotas, destruyendo un gran número de inmuebles y arruinando familias enteras. Sin duda, esto ha suscitado el odio de muchos chinos contra los británicos —aunque sea detestable el envenenamiento de gentes por medios tan solapados. Sea como quiera, tratándose de hechos acaecidos en Hong Kong, me resulta completamente imposible controlarlos en detalle. Esos actos hay que imputarlos a las innumerables vejaciones sufridas por los chinos de parte de los ingleses, y los ciudadanos de ese distrito han escogido ese medio de vengarse por las desgracias que sobre ellos han caído.

"Como los americanos nunca han hecho daños a los chinos, en verdad no veo absolutamente ninguna razón para turbar la buena armonía entre nuestros dos países. *Vuestra Excelencia podría útilmente prevenir y exhortar a los americanos en la forma apropiada, a fin de que prosigan en paz sus ocupaciones.* De esa manera, los chinos no dejarán de tratarlos siempre en forma civil. ¿Qué es lo que podría haber llevado a los chinos a envenenarlos a escondidas? Llamo la atención de Vuestra Excelencia hacia esta cuestión. He aquí lo que os respondo, al mismo tiempo que os deseo una paz duradera".

Nada podría expresar mejor la sugestión que hemos puesto en cursiva, a saber, que el doctor Parkes y sus compatriotas harían mejor ocupándose de sus propios asuntos que mezclándose en el conflicto producido por los ingleses.

Sin embargo, en lugar de seguir un consejo tan prudente, el doctor Parkes se ha creído obligado a escribir una carta a Yeh, en la que se esfuerza por justificar a los americanos y a sí mismo por haber hecho causa común con los ingleses. He aquí un pasaje de su carta: "Si el que firma fuera invi-

tado a formular su juicio sobre la cuestión de saber quién tiene razón en el actual diferendo, querría establecer si no hubiera sido más justo, cuando han tenido su origen los graves trastornos, que las altas autoridades de los dos gobiernos se encontraran frente a frente y resolvieran los problemas en un espíritu de razón y justicia, a fin de evitar la inmensa destrucción de bienes materiales y la horrible efusión de sangre, simplemente porque Vuestra Excelencia ha omitido seguir el camino de la sensatez. Querría asimismo buscar la verdad de lo que ha trascendido al público a propósito del derecho de acceso a la ciudad de Cantón y que diverge sensiblemente de los que el firmante, residente desde hace muchos años en China, ha comprobado que son los hechos verdaderos.

"Permítasele al firmante expresar a Vuestra Excelencia, en un espíritu de verdadera amistad, su convicción de que la fuente de todas las dificultades entre China y las otras naciones es vuestra aversión a reconocer a Inglaterra, Francia, América y a otras grandes naciones occidentales como sus iguales y sus amigas sinceras, y a tratarlas en consecuencia. En lo que concierne al presente y grave asunto, el gobierno americano está seguro de que los ingleses están en su derecho y se halla decidido a colaborar con ellos".

No se nos comunica la respuesta de Yeh, pero cabe suponer que no habrá dejado de responder a nuestro doctor como se merece. Este último sabe mejor que cualquiera que la verdadera causa de las "dificultades" pasadas y presentes no se halla en la aversión de China a reconocer a Inglaterra, Francia y las otras grandes naciones occidentales como sus iguales, sino la aversión de las autoridades chinas a permitir que sus conciudadanos sean impunemente intoxicados por el opio para mayor gloria y pro-

vecho de la Compañía de las Indias Orientales y por un puñado de comerciantes británicos, americanos y franceses, desprovistos de escrúpulos.

¿Cómo podrían los chinos considerar a esas "grandes naciones occidentales" como "amigas sinceras" y "tratarlas en consecuencia", cuando saben pertinentemente que el objetivo principal de esas grandes naciones en China consiste en la venta y difusión del opio, droga venenosa, introducida en China por esos mismos extranjeros hace un siglo y antes desconocida en China, droga cuyo uso ha aumentado con una rapidez horrorosa, droga fatal tanto para las costumbres y tradiciones como para la prosperidad, economía y la salud física de los chinos. Solamente cuando esas "grandes naciones" prueben su amistad sincera colaborando con las autoridades chinas para terminar con ese tráfico escandaloso podrían lamentarse de que los chinos no estén dispuestos a reconocer su "amistad sincera".

Por lo demás, otros funcionarios chinos parecen tan bien dotados como Yeh en el arte de la correspondencia diplomática. El 9 de diciembre de 1856, sir J. Bowring transmitió al Virrey de Fukien la lista de sus quejas contra Yeh, rogándole que informara a la corte de Pekín. El virrey respondió entre otras cosas:

"Al estar en inglés el documento que me habéis enviado, ignoro su contenido, pues no tengo los medios para descifrarlo. En conclusión, tengo el deber de añadir que nuestras dos naciones mantienen desde hace muchos años relaciones amistosas, y me atrevo a esperar que si continúan observando una y otra los términos de los tratados de paz, tendrán la ventaja de reforzar aún más las buenas relaciones existentes".

El virrey de otra provincia, a la que había enviado una carta similar, respondió como sigue: "Me

alegran las seguridades de paz que me envía Vuestra Excelencia. De todos modos, perjudicaría a los intereses que a Vuestra Excelencia afectan que yo comunicara al Emperador que en razón de la actitud de Yeh, habéis roto precipitadamente una paz que debía, según el tratado, ser eterna. Otro motivo para no informar a la Corona es que Yeh —y sólo él— es competente para tratar las cuestiones comerciales y, refiriéndose a asuntos concernientes a extranjeros, no puede tratarse sino de esas cuestiones".

El edicto imperial del 27 de diciembre de 1856 que en seguida reproducimos, no deja ver en ninguna parte que el Emperador esté actualmente dispuesto a ceder a las exigencias inglesas:

"Este mismo día hemos informado a Yeh que, en el caso en que los bárbaros ingleses abandonaran el curso actual de su política la cólera (u odio) no sería llevada a su extremo. De todos modos, si persisten en sus extravagancias y su obstinación, no entablaríamos negociaciones de paz con espíritu de conciliación que abriera el camino para nuevas y sustanciales concesiones de nuestra parte. Yeh Ming-Tsin gobierna desde hace tanto tiempo las provincias del Kuang que está perfectamente al corriente de los asuntos bárbaros y sabrá sin duda muy bien definir la línea a seguir en la práctica.

"Además, comprobamos que las costas de Kiangsi, de Chekiang y de Fukien son, debido a una larga experiencia, bien conocidas de los navíos bárbaros, y puesto que hay que tomar las medidas necesarias para protegerlas también contra los bárbaros que, si ven que no pueden imponer su ley en la provincia de Cantón, tratarán de sembrar el desorden en otros puertos a lo largo de la costa, ordenamos a Ai Liang, Chau y Ai Lo dar instrucciones secretas a las autoridades locales para el caso de que los na-

víos de los bárbaros se aproximaran a los distritos sometidos a su jurisdicción, que tomen las medidas indispensables para su seguridad, sin ruidos ni señales (que puedan atraer su atención). Si los bárbaros pretenden justificar las circunstancias de la violación de la paz en Cantón, importa reducirlos al silencio con argumentos racionales, de suerte que no tengan escapatoria: ¿quizás comprobando esto se decidan a abandonar una empresa desesperada? Pero las autoridades afectadas no deben alarmarse, a fin de que no se difunda el trastorno y la confusión en el espíritu de todos".

Carlos Marx

PALMERSTON Y LAS ELECCIONES GENERALES

New York Tribune
31 de marzo de 1857

"Poneos, mi señor, entre dos hombres de iglesia y yo improvisaré sobre ello una santa melodía".

Palmerston no sigue a la letra ese precepto de Buckingham en relación con Ricardo III. Se mantiene entre el clero, de una parte, y el traficante de opio, de otra. Los obispos de la Baja Iglesia cuyo nombramiento ha sido ratificado por este redomado granuja por mediación del conde Shaftesbury, pariente suyo, demuestra cuan "leal" es, mientras que los mercaderes del "dulce veneno para el reino del paladar fino", prueban que es un celoso servidor de la "utilidad privada, la particular inclinación de la humanidad". Burke, el escocés, estaba orgulloso de los "levántate y anda" londinense y Palmerston lo está de los "envenenadores" de Liverpool. Estos señores de rostro imberbe son los dignos representantes de una ciudad que debe directamente su grandeza al comercio de esclavos. Liverpool que, por lo demás, no brilla por sus producciones artísticas, puede sin embargo reivindicar el mérito original de haber enriquecido la poesía con odas al comercio de los esclavos. Mientras que Píndaro comienza su himno a los vencedores olímpicos con las palabras

"el agua es el ideal supremo", puede esperarse de un moderno Píndaro de Liverpool, que empiece su himno a quien mande en Downing Street con el verso espiritual: "el opio es el ideal supremo".

Yendo mano a mano con los santos obispos y los profanos traficantes de opio, los grandes mercaderes de té participan la mayor parte, directa o indirectamente, en el comercio del opio. Todo ese hermoso mundo tiene evidentemente interés en romper los tratados actualmente en vigor con China. ¿No se ven impulsados a hacerlo por los más profundos sentimientos del alma? Desde hace un año, se han lanzado a las especulaciones más gigantescas sobre el té y cualquier prolongación de las hostilidades en China hace subir más los precios de las enormes reservas de esta preciosa mercancía, permitiéndoles demorar el pago de las colosales sumas que deben a sus abastecedores chinos de Cantón.

Por tanto, la guerra les permitirá estafar a la vez a sus compradores británicos y sus vendedores chinos y simultáneamente realizar su ideal de "gloria nacional" y de los "intereses comerciales". En general, los fabricantes británicos no están de acuerdo con esta enseñanza del catecismo de Liverpool a causa del principio no menos sublime de la escuela de Manchester, según el cual el precio del algodón debe seguir bajo, lo que los opone a estos señores de Liverpool para quienes debe ser elevado.

Durante la Primera Guerra Anglo-china que dura de 1839 a 1842, los industriales británicos alimentaron esperanzas ilusorias, creyendo que se produciría una expansión gigantesca de las exportaciones. Ya habían calculado las fardas de tejidos de algodón con las que cubrirían a los habitantes del Celeste Imperio. La experiencia destrozó el velo de la ilusión que el político Palmerston había presentado a su espíritu. De 1854 a 1857, las exportaciones de

productos manufacturados ingleses hacia China no rebasaron el valor medio de 1.250,000 libras. Ahora bien, esta suma se había logrado durante los años que precedieron a la primera guerra con China.

El señor Cobden, portavoz de los fabricantes británicos en la Cámara de los Comunes declaraba, en efecto: "Desde 1842, prácticamente no hemos (el Reino Unido) aumentado el volumen de nuestras exportaciones hacia China, en lo que concierne a productos manufacturados. Hemos aumentado nuestro consumo de té: eso es todo".

Esto es lo que explica que los fabricantes británicos se hallen en situación de formarse de la política china una concepción más clara que el clero, los traficantes de opio y los negociantes de té británicos. Así hemos hecho el recuento de todos los fieles partidarios de Palmerston, si hacemos abstracción de los chupadores de presupuesto y buscadores de sinecuras que se agarran a los faldones de todo gobierno, así como de los tontos patriotas de cabaret que se imaginan que, bajo la dirección de Pam, "la nación se galvanizará". De todos modos, no debemos olvidar el *Times* de Londres y el *Punch*, el gran Cophta y el payaso de la prensa británica, ambos ligados al actual gobierno por vínculos dorados y oficiales que hacen que aplaudan con un entusiasmo de prestado a los héroes de las matanzas sangrantes de Cantón.

Sin embargo, no hay que desdeñar el hecho de que el voto en los Comunes no es solamente una revuelta contra la persona de Palmerston, como escribe el *Times*. Las próximas elecciones no decidirán solamente si Palmerston acaparará todo el poder del Estado, sino igualmente si atribuirá al *Times* un monopolio en la fabricación de la opinión pública.

Veamos cuál es el tema susceptible de inspirar el llamamiento de Palmerston para las elecciones

a la Cámara de los Comunes. ¿Conducirá la batalla con la consigna de extensión del comercio con China? ¿Pero no ha destruido precisamente el puerto del que dependía el comercio? Por tiempo más o menos largo ha transferido hacia Siberia ese comercio de mar con tierra en los cinco puertos chinos. En todo el Reino Unido han subido los derechos de aduana sobre el té, lo que constituye el mayor obstáculo a una expansión del comercio con China. ¿Utilizará el argumento de la seguridad de los especuladores comerciales británicos? El Libro Azul, titulado *Correspondencia retiva a los ultrajes sufridos en China*, que el mismo gabinete ha pasado por la mesa de la Cámara de los Comunes, demuestra sin embargo que durante los últimos siete años apenas se han podido registrar siete casos injuriosos, de ellos tres a cargar a cuenta de los ingleses y cuatro son el fruto de los esfuerzos de las autoridades chinas por procurar a la administración británica la satisfacción de castigar los culpables.

En suma, si los bienes y la vida de los negociantes ingleses están actualmente amenazados en Hong Kong, Singapur, etc., es culpa del mismo Palmerston. ¿Pero qué pasa con el honor de la bandera británica? Palmerston la ha vendido a 50 libras la pieza a los contrabandistas de Hong Kong y la ha manchado con la "gigantesca matanza de clientes de Inglaterra sin defensa".

Sea como quiera, estos argumentos sobre la extensión del comercio, la seguridad de los especuladores británicos y el honor de la bandera inglesa son los únicos que ha presentado a los electores por los consejos del gobierno. Prudentemente se guarda de abordar cualquier punto de política interior, ya que nada hay que esperar de consignas como "Nada de reformas" y "Más impuestos". Lord Murgrave, canciller de Hacienda del gabinete Palmerston, dice a

sus lectores que no "tiene ninguna teoría política que presentar a sus electores". Además, Bob Lowe, en su discurso de Kidderminsten, se burla del sufragio secreto, la extensión del derecho de voto y otras pamplinas semejantes. Un tercero, el señor Labpuchere, ese redomado bribón que se ha constituido en defensor del bombardeo de Cantón arguyendo que, si los Comunes lo reprobaran como injusto, el pueblo inglés habría de pagar alrededor de 5 millones de libras a los comerciantes extranjeros, cuyos bienes han sido destruidos en tal ocasión —ese mismo Labpuchere ignora completamente la política en su discurso electoral de Taunton y funda simplemente sus pretensiones en los elevados hechos de los Bowring, Parkes y Seymur.

Un periódico de provincias señala justamente que Palmerston no representa "no solamente ninguna buena solución para la tribuna electoral, pero ni siquiera ninguna solución". Pero su caso no es en modo alguno desesperado. Después del voto de la Cámara de los Comunes, ha cambiado completamente la situación. El crimen local perpetrado contra Cantón ha llevado a una guerra general con China. La única cuestión que se plantea ahora es la de saber quién asegurará la dirección de la guerra. Ahora bien, el hombre que pretende que esta guerra es justa no está mejor situado para conducirla con energía que sus adversarios que la condenan en el curso de la campaña electoral. Por lo demás, durante su intervención, Palmerston sabrá crear tal desorden en los asuntos, que aparecerá como el salvador irremplazable.

En esas condiciones, el simple hecho de que haya batalla electoral ¿no decide el problema a su favor? Para la mayor parte del electorado británico en su composición actual, votar significa elegir entre conservadores y liberales. Es la verdadera cabeza de

los liberales, ya que su caída llevaría a los conservadores al poder, por lo que se deriva que la mayor parte de los pretendidos liberales votará a Palmerston para derrotar a Derby.

Tales son las verdaderas razones que empujan a los partidarios del gabinete a escoger. Si sus cálculos se realizan, la dictadura de Palmerston sufrida hasta aquí en silencio se proclamará abiertamente. La nueva mayoría parlamentaria debería su existencia al reconocimiento expreso de una obediencia pasiva al ministerio.

El llamamiento de Palmerston al pueblo en la tribuna del Parlamento podría entonces seguirse de un golpe de Estado, como se produjo tras el llamamiento de Bonaparte a la nación, ante la Asamblea nacional. Esas mismas personas podrían entonces aprender a sus expensas que Palmerston es un antiguo hermano de armas del gabinete Castlereagh-Sidmouth que abolió la ley sobre el *habeas corpus*, vota los plenos poderes al gobierno para que detenga y expulse a su antojo e hizo asesinar finalmente al pueblo de Manchester, porque protestaba contra las leyes cerealistas.

Carlos Marx
LA HISTORIA DEL COMERCIO DEL OPIO

New York Tribune
20 de septiembre de 1858

I

Los rumores relativos al nuevo tratado arrancado a China por los plenipotenciarios de los aliados, han suscitado aparentemente las mismas esperanzas luminosas sobre la extensión del gigantesco comercio que las que habían deslumbrado a los comerciantes de 1845, tras la Primera Guerra China. Pero, admitiendo que el telégrafo de San Petersburgo haya dicho la verdad, ¿es cierto que el aumento de las ciudades abiertas al comercio deba necesariamente suponer un desarrollo de intercambios comerciales con China? ¿Existe de hecho una posibilidad cualquiera de que la guerra de 1857-1858 conduzca a mejores resultados que la de 1839-1842?

Todo lo que hay de cierto es que el tratado de 1843, en lugar de promover las exportaciones británicas y americanas a China no ha hecho sino agravar y precipitar la crisis comercial de 1857. Del mismo modo, produciendo fáciles ilusiones sobre las posibilidades ilimitadas del mercado chino y alimentando especulaciones exageradas, el nuevo tratado puede contribuir a preparar una nueva crisis en el mismo momento en que el mercado mundial emerge suavemente del reciente caos.

Aparte este resultado negativo, la Primera Guerra del Opio estimuló el comercio de esta droga a expensas del comercio normal y legalmente reconocido. Se puede esperar que la Segunda Guerra del Opio tendrá las mismas consecuencias, a menos que Inglaterra, bajo la presión general del mundo civilizado, no se vea obligada a abandonar el cultivo de la adormidera que impone a la India, así como su propagación a China por la violencia. Nos abstendremos de extendernos acerca de la moralidad de este comercio, del que Montgomery Martin —un inglés— habla en estos términos:

"Por supuesto, el comercio de esclavos tenía algo de misericordioso con relación al comercio del opio: no arruinábamos el organismo de los africanos, ya que correspondía con nuestros intereses inmediatos mantenerlos con vida: *no depravábamos su naturaleza, ni corrompíamos su espíritu, ni matábamos su alma.* Ahora bien, el vendedor de opio mata el cuerpo después de haber pervertido, degradado y arruinado el alma de los desgraciados pescadores. Cada hora que pasa, se sacrifican nuevas víctimas a este insaciable Moloch: el asesino inglés y el candidato chino al suicidio rivalizan en su entusiasmo ante este altar del sacrificio".

Los chinos pueden comprar a la vez productos manufacturados y opio; en las circunstancias actuales, la extensión de los intercambios comerciales con China tiende a acrecentar el tráfico del opio. El aumento de este último es incompatible con la expansión del comercio legal. Es lo que ocurría aún hace dos años, un teorema generalmente admitido. Una comisión parlamentaria, designada por los Comunes en 1847, concluía así su informe:

"Deploramos que el comercio con este país no sea satisfactorio desde hace algunos años y que *el resultado de nuestros esfuerzos para ampliar nuestros*

intercambios no hayan correspondido a las legítimas esperanzas que despertaban naturalmente la libertad de acceso a un mercado tan fantástico... Estimamos que las dificultades comerciales no derivan ni de una demasiado débil demanda china en artículos manufacturados ingleses, ni de la creciente competencia de las otras naciones... *La adquisición del opio* absorbe todo el dinero, a expensas del tráfico general de los chinos; el té y la seda deben pagar el resto".

The Overland Friend of China del 28 de julio de 1849, generalizando estas considreaciones, dice claramente: "El comercio del opio se extiende cada vez más. Una demanda creciente de té y de seda de parte de Gran Bretaña y de Estados Unidos no hará más que aumentar el comercio del opio: el caso de los fabricantes no tiene esperanza".

En un artículo de enero de 1850 del *Merchant's Magazine*, uno de los más importantes exportadores americanos a China reduce toda la cuestión del comercio con China a la alternativa siguiente: "¿Qué rama comercial debemos eliminar: el tráfico del opio o la exportación de los productos de la industria americana o inglesa?"

Los chinos comparten la misma opinión: Montgomery Martin informa a este propósito: "He preguntado a un alto funcionario de Shangai cuál sería el mejor medio de ampliar nuestro comercio con China y he aquí la respuesta que me ha dado en presencia del capitán Balfour, cónsul de Su Majestad: Dejad de enviarnos todo ese opio y podremos comprar vuestros productos manufactureros".

En el transcurso de los ocho últimos años, la historia del comercio general ilustra igualmente esta conclusión de una manera brillante. Sin embargo, antes de analizar los efectos funestos del comercio del opio sobre el comercio legalmente reconocido,

debemos echar una rápida ojeada a los orígenes y la expansión de ese tráfico sorprendente que ocupa un lugar aparte en los anales del género humano, tanto porque constituye, por así decir, el eje alrededor del cual se mueven los trágicos conflictos sucesivos, como porque influye el conjunto de las relaciones entre Occidente y Oriente.

Antes de 1767, la cantidad de opio exportada de la India no rebasaba las doscientas cajas de unas 133 libras cada una. El opio se admitía libremente en China a título de medicamento contra el pago de un derecho de cerca de tres dólares por caja. En esta época, el casi monopolio de su exportación al Celeste Imperio lo tenían los portugueses que se procuraban la droga en Turquía. Pero en 1773, el coronel Watson y el vicepresidente Wheeler —que no roban su sitio al lado de los Hermentir, Palmer y otros envenenadores de reputación mundial— sugirieron a la Compañía de las Indias la idea de participar también en el tráfico del opio con China. Como resultado de esta propuesta, se instala un depósito de opio a bordo de navíos anclados en una bahía al sudoeste de Macao. Pero el asunto no tuvo éxito. En 1781, el gobierno de Bengala envió a China un navío armado, cargado de opio, y en 1794 la Compañía hizo estacionar otro en Wampoa, fondeadero del puerto de Cantón. Parece que la elección de Wampoa fue más juiciosa que la de Macao. Efectivamente, solamente dos años después, el gobierno chino se vio obligado a promulgar una ley que amenazaba, a quienes introducían opio de contrabando, con ser zurrados con vergas de bambú y expuestos en la vía pública con una collera de madera alrededor del cuello.

Hacia 1798, la Compañía de las Indias cesa de exportar directamente opio a China, pero se hizo exclusivameste productora. Se estableció el monopo-

lio del opio en la India y mientras que se prohibía hipócritamente a los navíos de la Compañía ejercer el tráfico de la droga, se entregaba a los navíos privados que comercian con China una licencia que contenía una cláusula previendo una fuerte penalidad en el caso de que transportaran opio producido por otros.

En 1800, las importaciones de China alcanzaban las 2,000 cajas. Tras haber presentado, durante el siglo XVIII, los rasgos propios a los choques clásicos entre mercaderes extranjeros y aduana nacional, la lucha entre la Compañía de las Indias Orientales y China adquirió, hacia principios del siglo XIX, un carácter particular y fuera de lo común. Mientras que el Emperador de China, para poner fin al suicidio de su pueblo, prohibía a la vez la importación de este tóxico por los extranjeros y su consumo por los indígenas, la Compañía de las Indias Orientales hacía rápidamente del cultivo de la adormidera en la India y del contrabando del opio en China el pilar intangible de todo su sistema financiero.

Así, mientras que el semibárbaro se aferraba al principio de la moral, el civilizado al principio de Mammon. Que un imperio gigantesco, englobando casi un tercio del género humano, vegetando a pesar de los imperativos del tiempo, manteniéndose artificialmente apartado de las relaciones generales del mundo e ilusionándose a sí mismo con el mito de su perfección celeste—, que tal imperio sea finalmente sorprendido por el destino y arrastrado a un duelo a muerte en el que el representante del mundo antiguo parece movido por motivos éticos, mientras que el representante de la sociedad moderna lucha por el privilegio de traficar en los mercados donde se compra lo más barato y se vende lo más caro, es un hecho que constituye una tragedia tan extraña que jamás poeta alguno pudo soñarla.

II

New York Tribune
25 de septiembre de 1858

La instauración del monopolio del opio en la India por el gobierno británico entraña la prohibición del comercio del opio en China. Las penas crueles infligidas por el legislador chino a sus conciudadanos indóciles fueron tan inoperantes como las rigurosas normas prohibitivas aplicadas por la aduana china. El segundo efecto de la resistencia moral de los chinos fue que los ingleses corrompieron las autoridades imperiales, los funcionarios de la aduana y a los mandarines en general. La corrupción que se infiltra hasta el corazón de la burocracia celeste y destruye los cimientos del orden patriarcal, fue introducida de contrabando en el Imperio, al mismo tiempo que las cajas de opio en los transportadores británicos, anclados en Wampoa.

Alimentado por la Compañía de las Indias Orientales, vanamente combatido por el gobierno central de Pekín, el comercio del opio tomó gradualmente proporciones cada vez más amplias y terminó por absorber los dos millones y medio de dólares en 1816. La libertad de comercio instaurada este año en la India —a excepción del té mantenido como monopolio de la Compañía de las Indias Orientales— da un nuevo y poderoso impulso a las empresas de los contrabandistas ingleses. El número de cajas introducidas fraudulentamente en China se eleva a 5,147 en 1820, a 7,000 en 1821, a 12,639 en 1824. Durante todo ese tiempo el gobierno chino dirigía notas de protesta y amenaza a los comerciantes extranjeros castigando a los mercaderes Hong, convictos de haber ayudado a los ingleses, daba prueba de una energía extraordinaria en la caza a los consu-

midores de opio chinos y no cesaba de reforzar los controles de aduanas.

El resultado final fue el mismo al que habían llegado los esfuerzos emprendidos desde 1794: los depósitos de opio se transferían hacia bases de operaciones menos precarias y más adaptadas a las necesidades del momento. Macao y Wampoa fueron abandonadas por la isla de Lingting, en la desembocadura del río Cantón, donde se establecieron depósitos permanentes a bordo de navíos provistos de dotación numerosa y armada hasta los dientes. Igualmente, cuando el gobierno chino logró yugular momentáneamente la actividad de las viejas corporaciones mercantiles de Cantón, el comercio no hizo sino cambiar de manos, pasando a una capa más baja de hombres dispuestos a ejercer su oficio a despecho de todos los riesgos y con cualesquiera medios. Gracias a estas facilidades mayores, el comercio del opio pasa de 12,639 a 21,785 cajas en diez años (de 1824 a 1834).

Como los años 1800, 1816 y 1824, el año 1834 marca un viraje en la historia del comercio del opio. La Compañía de las Indias Orientales perdió entonces el privilegio comercial para el té chino y debió, además, abstenerse de toda actividad comercial en general. Gracias a esta transformación de un establecimiento mercantil en pura administración estatal, el comercio con China, ahora ya abierto, se hizo asunto privado de los ingleses que le dieron un impulso tan vigoroso que en 1837 fueron transportadas de contrabando a China 39,000 cajas de opio, a pesar de la resistencia desesperada del gobierno del Celeste Imperio. Aquí merecen la pena señalarse dos puntos: primeramente, después de 1816, cualquier nuevo progreso en el comercio de exportación con China supone un aumento sin cesar creciente de la parte que concierne al contrabando del opio;

seguidamente, a medida que desaparecía el interés puramente mercantil del gobierno anglo-indio en el comercio del opio, aumentaba su interés fiscal por ese tráfico ilícito.

En 1837, el gobierno chino había llegado a un punto en el que ya no podía diferir la acción decisiva. El drenaje ininterrumpido del dinero como resultado de la importación del opio comenzaba a desorganizar las finanzas y la circulación monetaria del Celeste Imperio; Yu Nai-chi, uno de los más hábiles hombres de Estado chinos, propone entonces legalizar el comercio del opio y hacer de él una fuente de ingresos para el Imperio. Pero tras una discusión profunda, en la que participaron durante un año todos los altos funcionarios imperiales, el gobierno chino decide que "no se podía legalizar ese tráfico infame, considerando los males que inflige al pueblo".

Desde 1830, un derecho de aduana del 25% habría asegurado un ingreso de 3.850,000 dólares y doble desde 1837. Pero el bárbaro celeste no se resolvió a imponer una tasa que habría de aumentar inevitablemente la degeneración física y moral del pueblo. En 1853, el actual emperador, Hien-Fong persevera en la política intransigente de autodefensa de sus predecesores, aunque se hallaba abocado a una situación aún más preocupante y tenía plenamente la conciencia de la inutilidad de cualquier esfuerzo para detener las importaciones crecientes de opio. Subrayemos el pasaje por el que, castigando el consumo de opio como un acto herético, el emperador daba a ese tráfico todas las características de una propaganda religiosa prohibida.

Las medidas excepcionales del gobierno chino en 1837, 1838 y 1839, que culminaron con la llegada a Cantón del comisario Lin que hizo confiscar y destruir el opio de contrabando, brindaron el pretexto

para la Primera Guerra Anglo-china, cuyas consecuencias fueron las revueltas de los tai-pings, el agotamiento completo del tesoro imperial, las intrusiones crecientes de Rusia en el norte del país y un esplendor inaudito del comercio en el sur. Aunque proscrito en el tratado por el que Inglaterra puso fin a una guerra comenzada y proseguida para la defensa del tráfico del opio, éste goza prácticamente desde 1843 de una impunidad total. Las importaciones de opio han sido evaluadas en 1856 en cerca de 35.000,000 de dólares, mientras que, el mismo año, el gobierno anglo-indio saca un provecho de 25 millones de dólares, es decir, exactamente la sexta parte de todos sus ingresos. Los pretextos gracias a los cuales se ha emprendido la Segunda Guerra del Opio, son aún demasiado recientes para que sea necesario recordarlos.

No podemos abandonar este aspecto de la cuestión sin destacar una contradicción flagrante del gobierno británico que se aureola con sus virtudes cristianas aunque traficando con la civilización. Bajo capa de gobierno imperial, finge ser del todo extraño al contrabando del opio y va hasta concluir con China tratados que lo prohíben. Bajo capa de gobierno indio, sin embargo, impone a Bengala el cultivo de la adormidera, con grave daño a las fuerzas productivas de este país: *obliga* a una parte de los pequeños campesinos indios a practicar el cultivo e impulsa a otra a hacerle adelantos de dinero; tiene por una mano el monopolio riguroso de la producción de esta droga perniciosa y, por otra, mantiene todo un ejército de espías oficiales que vigilan la producción, su entrega en los lugares previstos, su manipulación y su preparación según el gusto de los consumidores chinos, su embalaje en paquetes especialmente adaptados a las necesidades del contrabando y, finalmente, su transporte a Calcuta,

donde se vende en subasta y se entrega al mejor postor por los funcionarios del Estado para pasar, finalmente, de las manos de los especuladores a las manos de los contrabandistas que lo introducen en China.

La caja del opio que cuesta a lo sumo 250 rupias al gobierno británico se vende en subasta en Calcuta a un precio que va de 1,210 a 1,600 rupias. Pero, no contento con esta complicidad de hecho, ese mismo gobierno participa directamente hasta el día en las pérdidas y ganancias de las operaciones de los comerciantes y armadores que se lanzan a la azarosa empresa de envenenar a todo un Imperio.

En realidad, las finanzas del gobierno británico en la India dependen en adelante del comercio del opio con China y, por añadidura, de su carácter ilegal. Si el gobierno chino legalizase el comercio del opio y, al mismo tiempo, admitiera en China el cultivo de la adormidera, el tesoro anglo-indio se arruinaría sin duda. He aquí por qué, mientras que predica oficialmente la libertad de comercio de este veneno, el gobierno británico defiende en secreto el monopolio de su producción. Cada vez que se considera de cerca la naturaleza del libre-cambio británico, lo que se encuentra es que esta "libertad" reposa sobre el monopolio forzado.

Carlos Marx
LOS EFECTOS DEL TRATADO DE 1842 SOBRE EL COMERCIO CHINO-BRITANICO

New York Tribune
5 de octubre de 1858

El tratado chino firmado por sir Henry Pottinger el 29 de agosto de 1842, como todos los nuevos tratados dictados a China bajo el fuego de los cañones, se ha revelado un fracaso en el plano comercial. Es lo que ahora reconoce el eminente órgano del librecambio británico, el propio *Economist* del 4 de septiembre de 1858. Siendo uno de los apologistas más rabiosos de la reciente invasión de China, este periódico siente ahora la necesidad de "atemperar" las vivas esperanzas alimentadas en los diversos sectores de la opinión pública: considera los efectos del tratado de 1842 sobre el comercio de exportación británico como "un precedente que debe ponernos en guardia contra las acciones erróneas". Sin duda alguna, el consejo es prudente, pero las razones que aduce el señor Wilson para explicar el fracaso de la primera tentativa de ampliar a la fuerza el mercado chino para la producción occidental no parecen nada concluyentes.

La primera causa importante de este fracaso resonante se dice que es la saturación del mercado chino sobre una base especulativa, en el transcurso de los tres primeros años que han seguido al tratado de Pottinger y el poco caso que hacen los hom-

bres de negocios ingleses de las necesidades específicas de la demanda china.

Las exportaciones inglesas a China se elevaron a 1.326,388 libras en 1836 y solamente a 969,000 libras en 1842. Durante los cuatro años siguientes hubo un aumento rápido y continuo, como se desprende de las cifras siguientes:

1842...	969,000 libras
1843...	1.456,000 "
1844...	2.305,000 "
1845...	2.395,000 "

Sin embargo, no solamente la caída de las exportaciones en 1846 por debajo de su nivel de 1836, sino también las quiebras registradas entre las firmas chinas de Londres durante la crisis de 1847 han demostrado que el valor *nominal* de las exportaciones de 1843 a 1846, tal como se desprende de las estadísticas oficiales, de ninguna manera corresponde a su valor *real*. Si los exportadores británicos se han equivocado sobre la cantidad entregada al consumo chino, su error no es menor en lo que se refiere a su calidad. Para apoyar esta afirmación, el *Economist* cita el siguiente pasaje, escrito por W. Cooke, antiguo corresponsal del *Times* en Shangai y Cantón:

"Durante los años 1843, 1844 y 1845, como resultado de la apertura de los puertos septentrionales, los ingleses fueron presa de una loca excitación. Una importante firma de Sheffield envía una gran cantidad de cuchillos y tenedores, declarándose dispuesta a suministrar cubiertos a toda China. Fueron vendidos a un precio que apenas cubría el gasto de transporte. Una reputada firma de Londres expidió un gran lote de pianos que conocieron la misma suerte. Lo que ocurrió a los pianos y los cubiertos, se reprodujo en escala algo inferior, con los tejidos de algodón y lana. En el momento de la

apertura de los puertos, Manchester había hecho un esfuerzo considerable, pero a ciegas y este fue el fracaso. Posteriormente la ciudad ha caído en la apatía y no cuenta ya más que con lo que se presente."

Finalmente, para probar que la disminución, la conservación y el aumento del comercio dependen del conocimiento de las necesidades de los consumidores, el *Economist* coge de la misma fuente los datos siguientes para 1856:

	1845	*1846*	*1856*
Tejidos en lana peinada (en piezas)	13,569	8,415	7,428
Tela ordinaria	13,374	8,034	4,470
Long ells	915,530	75,784	36,642
Tejidos de lana	62,731	56,996	88,583
Cotonadas impresas	100,615	81,150	281,784
Cotonadas unidas	2.998,126	1,854.740	2.817,624
Hilados de algodón (en libras)	2.640,098	5.324,050	5.579,600

Sin embargo, todos esos argumentos y datos no explican nada, sino la reacción consecutiva a la inundación del mercado de 1843 a 1845. Este fenómeno de ningún modo se limita al comercio con China; de hecho, en general, una súbita expansión de los intercambios se sigue de su brusca contracción o, en otros términos, un mercado nuevo se llena inmediatamente de productos para los que no se ha tenido en cuenta, en el fondo, de las necesidades reales o de la capacidad de compra de los consumidores. En realidad este es un fenómeno constante en la historia del mercado mundial.

Tras la caída de Napoleón, cuando el continente europeo se abrió al mercado, las exportaciones británicas se revelaron tan desproporcionadas frente

a la capacidad de absorción del nuevo mercado, que la "transición de la guerra a la paz" representa una catástrofe peor que el propio bloqueo continental. Paralelamente, el reconocimiento, por Canning, de la independencia de las colonias españolas en América contribuye a desencadenar la crisis de 1825 pues las mercancías previstas para el clima de Moscú se expidieron a México o Colombia. Finalmente, en nuestros días, la propia Australia, pesé a las capacidades de expansión de su mercado, no ha escapado a la suerte común a todos los mercados nuevos y se ha encontrado saturada de mercancías que no puede absorber por falta de consumidores y de medios de pago disponibles

Todo lo que hay de particular al mercado chino es que, desde su apertura por el tratado de 1842, las exportaciones de té y de seda chinos han aumentado constantemente, mientras que en su conjunto, las importaciones de productos manufacturados a China se han mantenido estacionarias. Se podría establecer un paralelismo entre la balanza comercial sin cesar positiva en favor de China y la balanza comercial entre Rusia y Gran Bretaña. Pero, en este último caso, todo se explica por la política proteccionista de Rusia, mientras que en China, al contrario, los derechos de importación son más bajos que en cualquier país de los que comercian con Gran Bretaña. El valor total de las exportaciones chinas hacia Inglaterra que, antes de 1842, se elevaba más o menos a 7 millones de libras, alcanza en 1856 alrededor de nueve millones y medio, mientras que el té importado a Gran Bretaña que nunca ha rebasado los 50 millones de libras, alcanzó los 90 millones de 1856. De otra parte, las importaciones británicas de seda china se han hecho considerables a partir de 1852 y su progreso se comprueba con las cifras siguientes:

Importaciones de seda	*en libras (peso)*	*en libras (moneda)*
1852	2.418,343	—
1853	2.838.047	—
1854	4.576,706	3.318.112
1855	4.436,862	3.013,396
1856	3.723,693	3.076,116

Exportaciones inglesas hacia China, en libras:

1834	842,852
1835	1.074,708
1836	1.326,388
1837	1.204,356

Para el periodo que ha seguido a la apertura del mercado en 1842 y la conquista de Hong Kong por los ingleses, tenemos los datos siguientes, en libras:

1845	2.359,000	1853	1.749,597
1846	1.200,000	1854	1.000,716
1848	1.445,950	1855	1.122,241
1852	2.508,599	1856	más de 2.000,000

El *Economist* se esfuerza por explicar a través de la competencia extranjera el estancamiento y la relativa disminución de las exportaciones de productos manufacturados a China, y se apoya de nuevo en el testimonio del señor Cooke para demostrarlo. Según esta autorizada fuente, los ingleses serían vencidos en muchas ramas en la lucha competitiva. Los americanos, según dice, ganan a los ingleses en el sector del cutí y la tela de sábanas. En 1856, los americanos han exportado a Shangai 221,716 piezas de cutí y 14,420 piezas de tela, contra 8,745 y 1,240 exportadas por los ingleses. Por

otra parte, parece que para los tejidos de lana, Alemania y Rusia pisan los talones a sus rivales ingleses.

Todo esto sirve para convencernos de que el señor Cooke y el *Economist* se equivocan en su evaluación del mercado chino. Atribuyen solamente al comercio anglo-chino características que se encuentran de hecho en los intercambios entre los Estados Unidos y el Celeste Imperio. En 1837, las exportaciones chinas hacia los Estados Unidos rebasaron las exportaciones americanas hacia China en unas 860,000 libras. En el periodo consecutivo al tratado de 1842, los Estados Unidos importaron en promedio mercancías chinas por un valor de alrededor de 2.000,000 libras contra 900 mil libras solamente de mercancías americanas. Sobre un valor total de 1.602,849 libras en lo que concierne a las importaciones a Shangai en 1855, excluyendo los metales preciosos y el opio, la parte de Inglaterra fue de 1.122,241 libras, la de América de 272,708 libras y la de otros países de 207,900 libras, mientras que las exportaciones ascienden a un total de 12.603,540 libras, de las que 6.405,040 libras constituyen la parte de Inglaterra, 5.396,406 la de América y 102,088 la de otros países. En consecuencia, las exportaciones americanas a Shangai de un valor de 272,708 libras hacen frente a importaciones que corresponden a un valor de más de 5 millones; si, a pesar de esto, la competencia americana ha producido algún perjuicio, por poco que sea, al comercio británico, hay que reconocer que el margen de maniobra ofrecido por el mercado chino al comercio de las naciones extranjeras en general es sumamente reducido.

La última causa que se invoca para explicar la importancia mínima del mercado chino para las exportaciones inglesas después de su apertura en 1842, es la revolución tai-ping. Ahora bien, a pesar de

esta revolución, las exportaciones hacia China han seguido, en cierta medida, en 1851-1852, la expansión general del comercio mientras que, durante todo el periodo revolucionario, el comercio del opio, lejos de disminuir, ha alcanzado rápidamente proporciones gigantescas. Sea como quiera, hay que admitir al menos esto: todos los obstáculos a las importaciones extranjeras debidos a los desórdenes internos del Imperio, en lugar de disminuir, no hacen sino aumentar como resultado de la última guerra de rapiña y los daños producidos al prestigio de la dinastía reinante.

Tras estudio atento de la historia del comercio chino, pensamos que se ha sobreestimado en exceso, por lo general, la capacidad de consumo y el poder de compra de los habitantes del Celeste Imperio. En realidad, la actual estructura de la sociedad china que reposa sobre dos pilares —la agricultura parcelaria dividida al máximo y la industria artesanal doméstica— excluye la posibilidad de importaciones de productos manufacturados extranjeros, aunque sea en pequeña cantidad. No obstante, China habría podido absorber productos ingleses y americanos hasta concurrencia de 8 millones que, según un cálculo sumario, representan la balanza positiva de China en su comercio con Inglaterra y los Estados Unidos, *si se suprime el tráfico del opio.* Se desemboca fatalmente en esta conclusión si se observa que las finanzas y la circulación monetaria de China, a pesar del activo de su balanza comercial, se hallan en una situación desesperada a causa de las importaciones de opio que llegan a la suma de unos 7 millones de libras.

Pero John Bull, que airea como siempre pretensiones altamente morales, prefiere compensar el pasivo de su balanza comercial arrancando periódicamente a China indemnizaciones de guerra que

emprende con pretextos de bandido. Olvida que el método cartaginés y el método romano de hacer pagar a los pueblos extranjeros, si se reúnen en las mismas manos, entran inevitablemente en colisión y se destruyen mutuamente.

Carlos Marx
EL NUEVO TRATADO CON CHINA

New York Tribune
15 de octubre de 1858

De conjunto, el sumario oficial del tratado chino-británico que el gobierno de Londres ha presentado finalmente al público no añade gran cosa a lo que se sabía por otras fuentes. En el fondo, los puntos que interesan exclusivamente a Gran Bretaña son la primera y la última palabra.

El primer artículo anula el "Protocolo Adicional y las Prescripciones generales del comercio", estipuladas tras la conclusión del Tratado de Nankin. Ese Protocolo Adicional obligaba a los cónsules británicos de Hong Kong y de los cinco puertos abiertos al comercio a colaborar con las autoridades chinas en el caso en que navíos ingleses que lleven cargamento de opio entren en su esfera de jurisdicción. Por tanto, estaba formalmente prohibido a los comerciantes ingleses importar la droga de contrabando, y el gobierno de Su Majestad se erigía, de alguna forma, en alto funcionario de las aduanas del Celeste Imperio. Ahora bien, nos parece del todo lógico que la Segunda Guerra del Opio concluya con la supresión de las trabas a las que la primera aún pretendía someter el comercio del opio, ya que tal era el objetivo más íntimo de los medios de negocios que habían aplaudido tan freneticamente al fuego de artificio de Palmerston en Cantón. Sin em-

bargo, bien nos equivocamos gravemente o bien al abandono oficial de la hipócrita oposición de Inglaterra al tráfico del opio está destinada a producir consecuencias diametralmente opuestas a las que se esperan.

Impulsando al gobierno británico a colaborar en la eliminación de ese comercio, el gobierno chino ha reconocido que era impotente para impedirlo con sus propias fuerzas. El Protocolo Adicional de Nankin representaba un último esfuerzo desesperado y finalmente vano, para desembarazarse del tráfico del opio con la ayuda extranjera. Al fracasar este esfuerzo, según se reconoce abiertamente hoy, y ser legal el comercio del opio, al menos por lo que concierne a Inglaterra, no puede caber la menor duda de que el gobierno chino va a recurrir a un método que todas las consideraciones políticas y financieras le sugieren, a saber, legalizar el cultivo de la adormidera en China y gravar en sus fronteras la droga procedente del extranjero. Cualesquiera sean las intenciones del actual gobierno imperial, las circunstancias en las que lo ha situado el tratado de Tsien-tsin le obligan por sí solas a comprometerse en esa dirección.

Una vez realizado este cambio, es inevitable que el monopolio indio del opio y, con él las finanzas indio-británicas reciban un golpe fatal, mientras que el tráfico inglés de la droga se reducirá a las proporciones mínimas de un tráfico ordinario y se revelará pronto pasivo. Hasta el presente, John Bull ha utilizado los dados marcados —y el resultado más tangible de la guerra número 2 es, de modo claro, que no ha alcanzado el objetivo que se había fijado.

Habiendo declarado a Rusia una "guerra justa", la magnánima Albión se abstuvo, al concluir la paz, de reclamar una contribución de guerra para in-

demnizarla de los gastos ocasionados por el conflicto. En revancha, como proclama siempre que vive en paz con China, le hace falta exigir una indemnización para gastos de guerra que, por lo que dicen los propios ministros actuales, han sido ocasionados por los actos de la piratería inglesa. Sea como quiera, las primeras noticias relativas al pago de los 15 o 20 millones de libras a desembolsar por los habitantes del Celeste Imperio han tenido por efecto calmar los escrúpulos de la delicada conciencia británica: el *Economist* y la mayor parte de los autores de artículos financieros se lanzaron a alegres cálculos sobre los efectos benéficos del *syceesilver* —la plata en barras china— sobre la balanza comercial inglesa y las reservas de metales preciosos de la banca de Inglaterra. Pero las primeras impresiones, producidas y manipuladas con tanto esfuerzo por la prensa de Palmerston, eran demasiado débiles para resistir a la prueba de los hechos que se manifiestan ya.

Una cláusula del tratado de Tien-tsin prevé el pago de una indemnización de dos millones de taels para las pérdidas que han sufrido los ciudadanos británicos por culpa de las autoridades chinas en Cantón. Una suma de dos millones suplementarios debe pagarse además para los gastos de guerra.

En total, esas sumas representan sólo 1.334,000 libras, mientras que en 1842, el Emperador de China tuvo que pagar 4.200,000 libras, o sea, 1.200,000 libras por el opio de contrabando que había sido confiscado y 3 millones de libras a título de indemnización de guerra. Ahora bien, caer de 4,200.000 libras —con Hong Kong además— a esas miserables 1.334,000 no demuestra, a fin de cuentas, negocios florecientes; pero hay algo peor aún.

Como vuestra guerra, dice el Emperador de China, no es una guerra contra China, sino solamente

una "guerra provincial contra Cantón", debéis ver la manera de arrancar a la provincia de Kuang-tung la indemnización de guerra que los graciosos navíos de Su Majestad británica me han forzado a reconocer. Entre tanto, vuestro ilustre general Straubenzee puede ocupar Cantón, como garantía material y continuar haciendo de las armas inglesas la burla de nuestros bravos chinos.

El eufórico John Bull se pone triste ante la idea de las penosas condiciones ligadas al pago de esta mezquina indemnización de 1.334,000 libras. Eso es lo que deja entender la queja de un periódico londinense: "En lugar de ver volver nuestros 53 navíos de guerra a la madre patria con un trofeo de millones de *syceesilver*, henos aquí ante la agradable necesidad de enviar 5,000 hombres a fin de reconquistar y ocupar Cantón y de sostener la flota en la prosecución de una guerra provincial que el Vicecónsul ha declarado. Ahora bien, ¿tendrá esta guerra por único efecto desviar nuestro comercio con Cantón hacia otros puertos?... ¿No tendrá por efecto la continuación (de esta guerra provincial) de hacer pasar la mayor parte del comercio del té a manos de los rusos? ¿Van Europa y la propia Inglaterra a dejar sus suministros de té bajo la dependencia de Rusia y los Estados Unidos?

La ansiedad de John Bull relativa a los efectos de la "guerra provincial" sobre el comercio del té no deja de tener fundamento. Se deduce de las estadísticas de MacGregor que, en el último año de guerra, Rusia ha recibido 120,000 cajas de té en Kiachta. Un año después de la conclusión de la paz con China, la demanda rusa baja un 75% y ya no se elevaba más que a 30,000 cajas. En todo caso, los gastos que Gran Bretaña tendrá que soportar para ocupar Kuang-tung no podrán sino crecer tan rápidamente el pasivo de la balanza comercial que esta

Segunda Guerra China no podrá incluso pagar sus propios gastos —lo que es la peor de las cosas que pueda llegar a los ojos de los ingleses, como lo observa justamente el señor Emerson.

Otro gran éxito de la invasión inglesa se encuentra en el artículo 51, según el cual es preciso que "el término bárbaro no sea utilizado a propósito del gobierno o los súbditos ingleses en ningún documento oficial publicado por las autoridades chinas". Estas autoridades se cualifican a sí mismas de *celestes*, ha de imaginarse cuán modesto ha de aparecer John Bull a sus propios ojos, cuando se contenta con borrar de los documentos los ideogramas que representan el término bárbaro, en lugar de insistir para que se le haga llamar *divino* u *olímpico*.

Los artículos que se refieren al comercio no hacen beneficiar a Inglaterra de ningún privilegio particular respecto a sus competidores, pero, al menos por ahora, se remiten a vanas promesas de las que la mayor parte no valen incluso el pergamino en el que se han escrito. El artículo 10 estipula, por ejemplo, que los "navíos de comercio británicos deben estar autorizados a remontar el Gran Río (Yang-tse-Kiang) con fines comerciales, pero que en el estado actual de desorden en el alto y bajo río, no deberá abrirse ningún puerto al tráfico, excepto Chin-kiang, que deberá serlo en el plazo de un año después de la firma del tratado. Cuando se restablezca la paz, los navíos británicos deberán ser "admitidos a comerciar en puertos tan alejados como Hankeu, pero cuyo número no rebasará tres y que determinará el embajador británico, tras consulta con el Secretario de Estado imperial".

Gracias a este artículo del tratado, los ingleses se hallan prácticamente excluidos del tráfico en la gran arteria comercial del Imperio, "la única vía por la que podemos introducir nuestros productos en el in-

terior del país", como señala justamente el *Morning Star*. Si los ingleses son gentiles y si ayudan al gobierno imperial a desalojar los rebeldes de la zona que ocupan actualmente, podrán quizás un día navegar por el gran río, pero haciendo escala solamente en algunos puertos.

En cuanto a los puertos de mar abiertos por el tratado, sobre "todos" los que fueron anunciados por las primeras noticias, no quedan más que cinco que vienen a añadirse a los puertos del tratado de Nankin y —como lo observa un diario londinense— se hallan "generalmente situados fuera de ruta o en islas". Dicho sea de paso, bueno sería no aferrarse más tiempo a la ilusión engañosa, según la cual los intercambios aumentan en proporción a los puertos abiertos al comercio. Si se considera los puertos de las costas inglesas, francesas o americanas, bien pocos han llegado a verdaderos centros comerciales.

Antes de la Primera Guerra China, los ingleses comerciaban exclusivamente con Cantón. La apertura de cinco nuevos puertos no tuvo por efecto la creación de cinco centros comerciales nuevos, sino la transferencia progresiva de los intercambios comerciales a Shangai, como se desprende de las cifras extraídas del Libro Azul del Parlamento para los años 1856-1857 y referidas al volumen de intercambios en las diversas plazas. A este propósito, hay que tener en cuenta el hecho de que los intercambios en Cantón engloban también los de Fu-tcheu y de Amoy, cuyo transbordo se efectúa en Cantón:

	EXPORTACIONES inglesas hacia Cantón-Shangai		*IMPORTACIONES inglesas desde Cantón-Shangai*	
año	*(en dólares)*		*(en dólares)*	
1844	15.500,000	2.500,000	17.900,000	2.300,000
1845	10.700,000	5.100,000	27.700,000	6.000,000
1846	9.900,000	3.800,000	15.300,000	6.400,000
1847	9.600,000	4.300,000	15.700,000	6.700,000
1848	6.500,000	2.500,000	8.600,000	5.000,000
1849	7.900,000	4.400,000	11.400,000	6.500,000
1850	6.800,000	3.900,000	9.900,000	8.000,000
1851	10.000,000	5.400,000	13.200,000	11.500,000
1852	9.900,000	4.600,000	6.500,000	11.400,000
1853	4.000,000	3.900,000	6.500,000	13.300,000
1854	3.300,000	1.100,000	6.000,000	11.700,000
1855	3.600.000	3.400,000	2.900,000	19.900,000
1856	9.100,000	6.200,000	8.200,000	25.800,000

Las "cláusulas comerciales del tratado no son satisfactorias", tal es la conclusión a la que llega el *Daily Telegraph,* el más objetivo de los sicofantes de Palmerston, pero se alegra del "punto más luminoso del programa", a saber, la perspectiva de que un embajador británico se instale en Pekín, mientras que un mandarín se establecerá en Londres y quizás, un día, invite a la Reina a un baile en Albert Gate.

Sin embargo, aunque John Bull ría con estas bromas, no cabe la menor duda de que si algún Estado se halla en condiciones de ejercer influencia en el Celeste Imperio, este es Rusia, a la que el reciente tratado ha cedido un territorio nuevo tan grande como Francia y cuyas fronteras apenas están a 800 millas de distancia de Pekín. Ciertamente, no es un consuelo para John Bull decirse que él mismo

es quien ha procurado a Rusia, por su Primera Guerra del Opio, un tratado gracias al cual obtuvo el derecho de navegación por el Amur y la libertad de comercio en las fronteras, mientras que la Segunda Guerra del Opio le permitió entrar en posesión de una preciosa banda de territorio situado entre el lago Baikal y el golfo de Tartaria y ardientemente codiciado por Rusia, desde el zar Alexis Mijailovitch hasta Nicolás. El *Times* de Londres se siente tan profundamente sorprendido que, al publicar las noticias de San Petersburgo —en las que se exageran las ventajas logradas por Gran Bretaña— hace esfuerzos por suprimir la parte del telegrama que anuncia la adquisición por Rusia del valle del Amur en virtud del tratado de Aigun.

Federico Engels
OPIO, ALCOHOL Y REVOLUCION

Volksstaat
25 de febrero y 1o. de marzo de 1876

No sería la primera vez que el aguardiente salvara al Estado prusiano.

La única industria que haya tenido efectos directos aún más devastadores —y ello, no contra su propio pueblo, sino contra extranjeros— ha sido la industria del opio anglo-indio destinada a intoxicar a China...

La influencia bendita del aceite empirreumático del aguardiente prusiano se ejerce a escala universal, puesto que, con el aguardiente de patata, entra en todas las bebidas. Desde el vino ligero y acidulado, sacado de los viñedos mal situados a lo largo del Rin y del Mosela, que se transforman, por un golpe de varita mágica, en Brauneberger y Niersteiner o los malditos vinos con que se inunda a Inglaterra como resultado de los recientes tratados comerciales y que se bautizan "Gladstone", hasta los Chateau Lafitte, champañas, portos y madeiras que los burgueses beben en la India, China, Australia y América, no hay bebida a la que no se incorpore un poco de aceite empirreumático prusiano...

Todo el mundo sabe, por la experiencia de los otros o de la suya propia, que el vino e incluso las diversas clases de vino, la cerveza o el aguardiente

provocan borracheras específicas y tienen acción variable sobre el cerebro. Cuanto más aceite empirreumático se le incorpora, más dañino resulta este aceite y más terrible o salvaje resulta la borrachera. Ahora bien, como es sabido, el aguardiente de patata, fresco y sin purificar, contiene la mayor proporción de aceite empirreumático y la composición más nefasta. El efecto de fuertes cantidades, inhabituales, de esta bebida sobre una población tan apasionada e irritable como la del condado de Berg, era tanto más impresionante. La naturaleza de la borrachera varía considerablemente. Toda libación que, antaño, se terminaba por una amable embriaguez y raramente por excesos, en los que prácticamente nunca se hacía uso del cuchillo, actualmente degenera en estallidos salvajes y se acaba infaliblemente en camorras que entrañan a menudo heridas a veces mortales, como resultado del uso de los cuchillos.

Los curas atribuyen esto al ateísmo creciente, los juristas y otros filisteos a los bailes de cabaret. La verdadera causa de ello es la súbita inundación de aguardiente que contiene aceite empirreumático prusiano, que ejerce sus efectos fisiológicos normales y conduce a centenares de buenos mozos a la cárcel o al presidio.

Este efecto agudo del aguardiente barato ha durado durante muchos años hasta que al fin disminuye cada vez más. Pero su acción sobre las costumbres no ha desaparecido totalmente. Para la clase obrera, el aguardiente es más que nunca una necesidad vital, incluso si su calidad mejora ligeramente, aunque no llegue nunca a la del viejo aguardiente de cereales.

Y lo que pasa en el condado de Berg se produce en otros sitios. En ningún momento, los lloriqueos de los filisteos sobre el aumento creciente del con-

sumo de alcohol entre los obreros no fueron tan generales, unánimes y ruidosos como de 1825 a 1835.

Cabe preguntarse si el embrutecimiento de los obreros, especialmente de Alemania septentrional, y su reacción pasiva hacia los acontecimientos revolucionarios de 1830 no son debidos en gran parte a la oleada de alcoholismo en que se habían sumergido. Solamente hubo insurrecciones serias y eficaces en las regiones vinícolas o en los estados más o menos protegidos por su sistema aduanero, de la calamidad del alcohol prusiano.

Federico Engels

LA PENETRACION RUSA EN ASIA CENTRAL

New York Tribune
3 de noviembre de 1858

Hace algunas semanas, hemos dado cuenta de los inauditos progresos realizados por Rusia durante estos últimos años en Asia oriental, en la costa occidental del Pacífico. Llamamos hoy la atención de nuestros lectores acerca de semejante progreso de la misma potencia en otra región del Asia central.

Desde que Inglaterra y Rusia han enviado simultáneamente tropas a Asia central en 1838, se discute a menudo sobre la eventualidad de un choque entre estas dos grandes potencias —Rusia e Inglaterra— a mitad de camino entre Siberia y la India, de un conflicto que oponga cosacos y capiyos en las riberas del Oxus. La extraña derrota de estos dos ejércitos —derrota de ambos a consecuencia de la rudeza del país y del rigor del clima— priva durante algún tiempo de interés a estas especulaciones. Los ingleses se vengaron de su derrota emprendiendo una marcha lograda sobre Kabul, pero sin resultado. Rusia simuló encarar la afrenta, aunque como veremos, no abandona por eso sus proyectos e incluso que consigue algunos éxitos en su política de expansión.

Cuando estalla la guerra que acaba de terminar, se plantea de nuevo la cuestión: ¿pueden los rusos emprender una marcha en dirección a la India? Pero

la opinión pública no estaba entonces muy al corriente de los movimientos de las vanguardias rusas y no era capaz de reconocer con precisión su progreso. En la época, periódicos indios traían noticias sobre conquistas rusas en Asia central, pero no se les prestaba mucha atención. Finalmente, en el curso de la guerra anglo-afgana de 1856 es cuando se ha planteado toda la cuestión. Pero, entre tanto, la situación ha evolucionado considerablemente y en la actualidad adquiere un aspecto agudo.

Citaré algunos extractos documentales a propócito del reciente avance de Rusia en Asia central. Una parte de ello quizás sea nueva para los lectores, ya que por lo que yo sé los documentos oficiales, publicados en San Petersburgo en lengua rusa, no han sido divulgados hasta ahora en Inglaterra.

El vínculo entre la política de lord Palmerston y la invasión de Asia central por Rusia salta a la vista, desde que se considera simplemente los acontecimientos por orden cronológico. Por ejemplo: 1839, progreso ruso hacia Khiva a pesar de la derrota militar; en 1854, éxito definitivo en Khiva, aunque Rusia no haya procedido sino a una simple demostración militar, sin hacer ni un disparo; en 1856, con motivo del rápido avance a través de la estepa kirguis en dirección al sudoeste de la meseta de Turan, hubo un movimiento convergente contra la insurrección india.

En los documentos oficiales rusos, solamente se trata de *hechos consumados*; la actividad subterránea se deja —como es natural— en silencio, tan cuidadosamente que las fuerzas armadas, que sin embargo solamente ocupaban una pequeña escena con ocasión del drama, se han presentado como únicos protagonistas. Como los lectores han estado perfectamente al corriente de la historia diplomática de este asunto, me limitaré a la exposición

de los *hechos* tal como se han presentado por la propia Rusia. Por mi parte, añadiré simplemente algunas consideraciones sobre el alcance militar de la penetración rusa en Asia Central por lo que concierne a la India.

Cabría preguntarse por qué razón Alejandro II ha publicado documentos sobre las intrusiones rusas en Asia septentrional y central, cuando Nicolás tenía costumbre de ocultarlos ansiosamente a los ojos del mundo. Conviene responder primeramente que el zar Alejandro se halla en una situación que su padre nunca ocupó, posición que le autoriza a iniciar a Europa en los misterios de la "misión asiática" de Rusia, haciendo de Europa su colaboradora declarada en la realización de esta misión. En segundo lugar, esos documentos solamente son accesibles en realidad a los sabios alemanes que cantan sus alabanzas a Alejandro, porque se digna contribuir a la difusión de los conocimientos geográficos. En fin, el viejo partido moscovita era bastante ingenuo para lamentarse de una pretendida pérdida de prestigio de Rusia tras la guerra de Crimea. Alejandro les respondió publicando documentos, de los que se desprende claramente que no sólo Rusia ha efectuado progresos materiales inauditos en el curso del siglo pasado, sino también que su simple publicación es ya una provocación que afirma el "prestigio" en un tono que el mismo Nicolás no se hubiera atrevido a usar.

Cuando Napoleón rodeó Moscú con una línea en su mapa en 1812, a fin de hacer de ella la base de operaciones contra la India, no hacía sino seguir el ejemplo de Pedro el Grande. Desde 1717, este príncipe que veía lejos, determina con vistas a sus sucesores cuales eran todas las direcciones posibles para operar conquistas e hizo figurar en buen lugar la expedición contra Khiva que debía mante-

nerse naturalmente durante mucho tiempo sin resultado. Durante un largo periodo, Rusia fue incapaz de llegar a las estepas de Turan. Sin embargo, entre tanto, el territorio entre el Volga y el río Ural fue poblado por los cosacos que fijaron la línea a lo largo de este río. Pero más allá, la soberanía de Rusia sobre las tres hordas o pueblos kirguises era puramente nominal, y las caravanas rusas fueron saqueadas por ellos y por los khivanies hasta que Rusia envía al general Vasili Perovski como comandante en jefe a Oremburg. Este descubrió que las relaciones comerciales de Rusia con el interior del país y el sur de Asia eran completamente interrumpidas por los saqueadores nómadas y que las escoltas militares que acompañaban el año anterior las caravanas a fin de asegurar su protección, ya no servían. A fin de poner orden, organiza ante todo columnas móviles contra los kirguises; después se preocupó por instalar puestos militares de cosacos en su territorio. Al cabo de algunos años, los coloca efectivamente bajo el control y la dominación de Rusia; más tarde tomó medidas para realizar el viejo plan de Pedro el Grande contra Khiva.

Tras haber obtenido la autorización del Zar, organiza una fuerza equivalente aproximadamente a una división (8,000 hombres) sostenida por numerosas unidades de semirregulares cosacos, irregulares bachkires y de caballería kirguis. Fueron reagrupados mil quinientos camellos para asegurar el transporte de equipajes a través de las estepas desérticas. No era cosa de emprender tal expedición el verano a causa de la falta de agua. Perovski opta, pues, por una campaña de invierno y abandona Oremburg en noviembre de 1839. Se conoce el resulta. Tempestades de nieve y un frío excepcional deshicieron sus tropas. Los camellos y los caballos murieron y fue obligado a la retirada sufriendo pér-

didas muy grandes. No obstante, la empresa logró sus objetivos en el exterior. Efectivamente, mientras que Inglaterra jamás fue capaz de vengar la muerte de sus embajadores Stoddart y Conololy en Bujara, la tentativa rusa abastó para que el jan de Khiva entregara los prisioneros rusos y despachara una delegación a San Petersburgo para implorar la paz.

Perovski puso manos a la obra y organiza una línea de operaciones a través de las estepas kirguises. Tras un periodo de diez y ocho meses apenas, expediciones de sabios e ingenieros establecían los planos y mapas de todo el país al norte del Jaxarte (Syr-Daria), bajo protección del ejército. Se determina la configuración del suelo, los mejores terrenos para las carreteras y los mejores lugares para los pozos. Se abren estos pozos en puntos cada vez más próximos y se les rodea de fortificaciones bastante poderosas para resistir a cualquier asalto de hordas nómadas y bastante grandes para guardar almacenamientos considerables. Karabutak e Irghiz sobre el río del mismo nombre sirvieron de cenros defensivos al norte de las estepas kirguises. Entre estas ciudades y las del río Ural, las carreteras fueron jalonadas de fortines cada diez o veinte millas.

El siguiente paso fue dado en 1847, cuando se edifica un fuerte en el Syr-Daria a unas 45 millas de su desembocadura. El fuerte fue llamado Arlsk y pudo contener el efectivo de un batallón e incluso más. Bien pronto se convirtió en el centro de una vasta colonia rusa de campesinos instalados en la parte inferior del río y en los confines del lago Aral. Rusia tomó entonces formalmente posesión de todo el país al norte de este lago y del Delta del Syr-Daria. En el curso de los años 1848 y 1849, el lago fue por primera vez localizado y jalonado: se descubrió un nuevo grupo de islas donde se instala

en seguida el cuartel general de la flotilla de vapor del Aral, cuya construcción se emprendió inmediatamente. Al mismo tiempo, se empezó la tarea de reforzar y completar las líneas de comunicación entre Oremburg y el lago Aral.

Perovski, que había abandonado su puesto de comandante en jefe de Oremburg en 1842, volvió ahora a él y marcha la primavera de 1853 hacia Aralsk con un poderoso ejército. El desierto fue atravesado sin grandes dificultades, después el ejército remonta el Syr-Daria, mientras que un navío a vapor de poco calado seguía a las tropas en su avance. Llegados a Akmetchet, los rusos tomaron por asalto, unas 450 millas aguas arriba, una posición fortificada que pertenecía al jan de Cocande y la transformaron en seguida en su propia fortaleza, de tal modo que un ejército llegado de Cocande sufrió una derrota aplastante cuando atacó Akmetchet el mes de diciembre siguiente.

Mientras que Europa dirigía toda su atención hacia las batallas libradas en el Danubio y Crimea en 1854, Perovski impulsa su avance contra Khiva, con un ejército de 17,000 hombres, saliendo de la base de operaciones del Syr-Daria. Sin embargo, el jan no esperó su llegada al Oxus. Envió un emisario al campo de los rusos que firmaron un tratado por el cual *el jan de Khiva reconocía la soberanía de Rusia.* Este fue despojado del poder de decidir sobre la guerra o la paz, sobre la vida y la muerte, así como del derecho de fijar los itinerarios de las caravanas, los gravámenes y derechos aduaneros y, para siempre, de regular el comercio en general en toda Khiva. Se instala un cónsul ruso en Khiva y ocupa las funciones de árbitro supremo en todos los asuntos políticos de Khiva, dependiendo este mismo árbitro, por supuesto, del gobierno ruso.

Con la sumisión de Khiva, queda prácticamente

conquistado el Turan. Tal vez sea ya a esta hora cosa hecha. Los janes de Cocande y de Bujara han enviado asimismo embajadores a San Petersburgo. Se ha puesto cuidado en no divulgar los tratados concluidos con ellos, pero no resulta difícil adivinar su contenido. Cualquiera que sea la independencia que Rusia se digne conceder a esos minúsculos estados, cuya única fuerza reside en su indeterminación que ya no existe hoy, al menos frente a Rusia, esta independencia solamente puede tener un carácter puramente nominal, puesto que un ejército de unos 20,000 hombres, enviados a Khiva o Akmetchet hacia los fértiles valles del alto Turan, bastarían ampliamente para aplastar toda veleidad de oposición y atravesar el país de un extremo a otro. En esas condiciones, es seguro que Rusia no ha permanecido inactiva desde 1845, aunque sea demasiado inclinada a silenciar sus operaciones. Se puede estar hoy seguro de que tras su avance rápido, silencioso y obstinado en el Turan en el curso de los quince últimos años, su bandera ondeará pronto en los puertos de montaña de Hindu-Kuch y de Bolor Tagh.

La importancia enorme de estas conquistas, desde el punto de vista militar, tienen que ver con el hecho de que constituyen el núcleo de una base de operaciones contra la India. De hecho, después de tal avance de los rusos en Asia central, el plan de ataque de la India a partir del norte sale del reino de las especulaciones para tomar determinadas formas precisas. Las regiones tropicales de Asia están separadas de estos territorios pertenecientes a la zona templada por una amplia faja desértica que parte desde las proximidades del golfo Pérsico y atraviesa el continente hasta las fuentes del Amur. Haciendo aquí abstracción del territorio del Amur, esta faja desértica era hasta hoy prácticamente infran-

queable por los ejércitos, siendo la única vía concebible la que conduce de Atrasband hacia el mar Caspio por Herat hacia Cabul y el Indus. Pero, considerando que los rusos tienen el curso inferior del Jaxarte (Syr-Daria) y el Oxus (Amur Daria) y que con rutas militares y posiciones fortificadas se puede abastecer en agua y víveres un ejército en marcha, el desierto de Asia central no constituye ya un obstáculo militar. En lugar de una ruta incómoda que vaya de Astraband por Herat hacia el Indus, Rusia dispone ahora de tres rutas diferentes que, en un futuro próximo, pueden estar enteramente dispuestas para la marcha de un ejército

. En primer lugar, existe la vieja ruta que pasa por Herat que, en las condiciones actuales, no seguirá mucho tiempo cerrada a los rusos. Luego existe el valle del Oxus que va de Khiva hacia Balch y, finalmente, el valle del Jaxarte que va de Akmetchet hacia Cocande, desde donde una tropa puede avanzar transversalmente en un país bien provisto de agua y relativamente poblado en dirección a Samarcanda y Balch. Herat, Samarcanda y Balch constituirían entonces la base de operaciones contra la India. Balch se halla solamente a 500 millas de Peshawar, la vanguardia situada al noroeste del Imperio anglo-indio. Samarcanda y Balch pertenecen al jan de Bujara, que acaba de caer en poder de Rusia. Ahora bien, desde el momento en que Astraband (que los rusos ocupan ahora o pueden ocuparlo el día que quieran) y Balch se encuentren en manos de Rusia, Herat ya no puede sustraerse a su dominio, por poco que Rusia lo quiera. Cuando esta base de operaciones se halle efectivamente en las manos de Rusia, Inglaterra tendrá que combatir por su Imperio indio. Balch no se halla más lejos de Kabul que ésta de Peshawar y este simple he-

cho pone en evidencia que el espacio neutro entre Siberia y la India se ha vuelto muy pequeño.

Si el progreso de los rusos continúa al mismo ritmo y con una energía y obstinación semejantes a las que han manifestado durante los últimos veinticinco años, es seguro que oiremos a los rusos golpear en la puerta de la India de aquí a diez o quince años. Desde el momento que han atravesado las estepas kirguises, llegan a las regiones fértiles y relativamente bien cultivadas del sudeste Turan, cuya conquista no se puede impedir a los rusos, quienes hallarán fácilmente lo necesario para abastecer durante años un ejército de 50 a 60,000 hombres, es decir, una fuerza suficiente para avanzar eventualmente hasta el Indo.

En diez años, un ejército semejante puede someter fácil y enteramente al país, asegurar sus líneas de comunicación colonizando ese gigantesco territorio con campesinos de la Corona rusa (como está haciéndose actualmente cerca del lago Aral), infundir terror a todos los estados vecinos y preparar la base y la línea de operaciones para una campaña militar contra la India. Sin embargo, las circunstancias políticas decidirán si se emprende tal campaña. En este momento, solamente se pueden hacer vagas especulaciones sobre ese punto.

Federico Engels

LAS GANANCIAS DE RUSIA EN EXTREMO ORIENTE

New York Tribune
18 de septiembre de 1858

Rusia tenía que tomarse la revancha de la derrota infligida por Francia e Inglaterra en Sebastopol. Esta segunda partida se juega ahora mismo. Ciertamente, los largos y encarnizados combates de Crimea han atemperado algo el orgullo nacional de los rusos. Incluso han arrancado a Rusia una pequeña faja de terreno, pero le han dejado de todos modos una ventaja indudable al final de las hostilidades. En efecto, ha empeorado considerablemente el estado del "hombre enfermo": la población cristiana de la Turquía europea —tanto los griegos como los eslavos— desean como nunca sacudirse el yugo turco y consideran aún más a Rusia como su única protectora. No cabe duda, los agentes rusos alientan todas las sublevaciones y conjuraciones de Bosnia, Serbia, Candie y Montenegro. Pero ocurre que el debilitamiento y la impotencia extremas de Turquía, que se han manifestado con la guerra, se pueden agravar por las obligaciones impuestas a este país por la paz. Y esto explica suficientemente la fermentación general entre los súbditos cristianos del sultán. En esas condiciones —a pesar de la pérdida temporal de una estrecha faja del terreno que Rusia recuperará evidentemente la primera oca-

sión propicia—, ha hecho sensibles progresos la realización de sus planes frente a Turquía. Cuando la guerra estalló, Rusia se fijó por objetivo acelerar la decadencia de Turquía y extender su protección sobre los súbditos cristianos del "hombre enfermo". Es innegable que Rusia ejerce hoy ese protectorado más que nunca.

Desde ese momento, hay que considerar solamente a Rusia como la única ganànciosa en esta desgraciada guerra. No obstante, ella quería una revancha: para jugar la segunda partida, en el terreno diplomático, donde no tiene rival, ha escogido otro continente. Mientras que Inglaterra y Francia emprendieron una lucha onerosa con China, Rusia se mantuvo neutral y solamente intervino al final. El resultado fue que Inglaterra y Francia han hecho la guerra contra China en interés exclusivo de Rusia. En este plan, la posición de Rusia no pudo ser más favorable.

China forma parte de los tambaleantes imperios asiáticos que, uno tras otro caen bajo el empuje de la emprendedora raza europea. China era tan débil y tan quebrantada que *no tuvo incluso la fuerza de soportar la crisis de una revolución popular.* En consecuencia, la misma aguda revuelta se ha convertido en una enfermedad crónica y aparentemente incurable. Este Imperio es en el presente tan amorfo que su gobierno en ninguna parte se halla en estado de reinar sobre su propio pueblo o de ofrecer resistencia a la agresión extranjera.

Mientras que los ingleses se batían en Cantón con funcionarios chinos subalternos y discutían sobre el punto de saber si el comisario Yeh había o no obrado conforme a la voluntad del Emperador, los rusos ocupaban el territorio situado al norte del Amur así como la mayor parte de las costas manchúes situadas al sur del río. Allí instalaron posiciones for-

tificadas y se pusieron a elaborar planes para la construcción de ferrocarriles y la implantación de ciudades y puertos. Cuando finalmente Inglatera se decide llevar el problema de la guerra a Pekín y que a ello se asocia Francia, Rusia alcanzó a representar la imagen cerca del débil chino de ser un protector desinteresado y a jugar casi el papel de árbitro con motivo de la conclusión de la paz, aunque venía justamente de despojar a China de un territorio tan grande como Francia y Alemania juntas y largo como el Danubio. Cuando comparamos los diferentes tratados concluidos en esta ocasión, no podemos dejar de comprobar que está claro para todo el mundo que la guerra no había sido provechosa para Francia e Inglaterra, sino para Rusia.

Las ventajas concedidas a las potencias beligerantes y en las que Rusia también participa, como los Estados Unidos, tienen un carácter puramente comercial y —como hemos tenido la ocasión de probarlo en estas columnas— son del todo ilusorias. En las condiciones actuales, el comercio de China —excepción hecha del opio y de un poco de algodón, sacados de las Indias orientales— continuará reduciéndose en general, a la exportación de mercancías chinas (té y seda). Ese comercio de exportación depende más de la demanda extranjera que de las facilidades más o menos grandes, concedidas por el gobierno chino. Cualquier país del mundo podía comprar té o seda a China, incluso antes del Tratado de Nankin. Este, abriendo cinco puertos nuevos al comercio, tuvo como principal efecto desplazar una parte de los intercambios de Cantón a Shangai. Los otros puertos no hacen prácticamente comercio y, de hecho, Su-tcheu, el único que tenía alguna importancia, no se encuentra entre los cinco puertos abiertos. Prudentemente se ha remitido a más tarde la apertura del comercio en el Yang-tse Kiang,

cuando Su Majestad haya restablecido de plena soberanía en el país en rebelión a un lado y otro de ese río, es decir, un tiempo que corresponde a las calendas griegas.

Pero aún se pueden expresar otras dudas acerca del valor del nuevo tratado. Algunos pretenden que los gravámenes de tránsito, de los que se trata en el artículo XXVIII del tratado anglo-chino, son del todo ilusorios. En efecto, se puede admitir que esas tasas han sido establecidas únicamente porque los chinos no desean demasiadas mercancías inglesas y sobre todo quieren impedir su penetración en el interior del país. Pero, al mismo tiempo, una variedad determinada de tejido ruso que responde a una necesidad de los chinos pasa por Kiatcha o el Tibet, se ha abierto camino hasta la costa. Se ha olvidado precisar si esas tasas —en el caso de que sean realmente percibidas— afectan lo mismo a las mercancías inglesas que a las rusas. Lo seguro es que Wingrove Cooke, enviado a tal efecto al interior del país, no ha podido descubrir la existencia de esas pretendidas "tasas de tránsito". Ha tenido que admitir, cuando se le ha interrogado públicamente a este propósito, que había llegado a la convicción desoladora de que "nuestra ignorancia de China tiene efectos tangibles". De otra parte, en una respuesta pública a la pregunta de saber "si se tiene la prueba de la existencia de tales derechos aduaneros interiores", el señor J. W. Henley escribía claramente: "No estoy en condiciones de darles la información deseada sobre la existencia de tasas aduaneras en el interior de China".

Algunos temen que lord Elgin haya convenido una compensación sin fijar plazo para el pago y que la guerra no haya sido llevada de Cantón a la capital sino para concluir un tratado que remite a las tropas británicas a Cantón para reemprender el

combate. John Bull padece sombrías aprensiones: ¿no tendrá que pagar de su bolsillo la compensación prevista, considerando que el artículo XXVIII incita vivamente a las autoridades chinas a imponer una tasa aduanera interior del 7.50% sobre los productos manufacturados británicos, tasa que se puede transformar a petición en un derecho de importación general del 2.50%? A fin de desviar la atención de John Bull del detalle de ese tratado, el *Times* de Londres ha estimado que convenía simular gran cólera contra el embajador americano y atacarlo violentamente, porque todo lo había estropeado él, aunque sea tan extraño al fiasco de la Segunda Guerra Anglo-china como el hombre de la luna.

Así, el tratado de paz, en lo que concierne al comercio británico, ha tenido por resultado introducir una nueva tasa de importación y una serie de estipulaciones que, o no son de ningún valor práctico o no son respetados por los chinos, pero pueden, en cualquier momento, servir de pretexto para una nueva guerra. Inglaterra no se ha aprovechado de ninguna ventaja territorial —no podía permitírselo sin dejar que Francia hiciera otro tanto. Ahora bien, una guerra llevada por Inglaterra que terminara con la instauración de posesiones francesas en la costa china, sería del todo desfavorable para Inglaterra. El caso es diferente por lo que se refiere a Rusia.

Si se hace abstracción de lo que participa en todas las ventajas tangibles —cualquiera que ellas sean—, concedidas a Francia y a Inglaterra, Rusia se ha asegurado todo el país sobre el Amur, del que se ha apoderado a la chita calando. No contenta con ese resultado, ha logrado crear una comisión ruso-china para la fijación de las fronteras. Por supuesto, ya sabe todo el mundo lo que representa una comisión así en manos de Rusia. La hemos visto

operar en las fronteras asiáticas de Turquía, donde durante más de veinte años no ha dejado de despojar a este país una faja de terreno tras otra hasta la última guerra y después ha vuelto a comenzar lo mismo.

Además, está el artículo reglamentando el servicio postal entre Kiatcha y Pekín. Lo que antes no era más que una línea de comunicación irregular y simplemente tolerada se organiza ahora y obtiene un estatuto legal. Al parecer, se quiere organizar una relación postal mensual, pues el recorrido de 1,000 millas exige quince días; además, cada tres meses debe hacer el mismo recorrido una caravana. Ahora bien, está claro que los chinos o no harán caso a ese servicio o serán incapaces de cumplirlo. Como en lo sucesivo el servicio se ha garantizado legalmente a Rusia, evidentemente el servicio caerá en sus manos.

Hemos visto cómo los rusos habían organizado sus enlaces postales a través de las estepas kirguises; no dudamos ni un instante que de aquí a algunos años una línea semejante atravesará el desierto de Gobi. Desde ese momento, los británicos podrán abandonar todos sus sueños actuales en lo que concierne a la hegemonía británica en China, puesto que, en todo momento, puede llegar a Pekín un ejército ruso.

Se puede imaginar fácilmente las consecuencias que puede tener la instalación de embajadas permanentes en Pekín. Basta ver lo que ocurre en Constantinopla o en Teherán. Allí donde la diplomacia rusa se encuentra con la inglesa o la francesa, se muestra superior a ellas. Desde el momento en que el embajador ruso tiene la perspectiva de poseer al cabo de algunos años un ejército preparado para cualquier tarea en Kiatcha —alejado de Pekín un mes de marcha— así como el camino ya

dispuesto en toda su longitud para tal campaña, ¿quién duda de que será todopoderoso en Pekín?

Es un hecho que Rusia será pronto la primera potencia asiática y que también querrá eclipsar a Inglaterra en este continente. La conquista de Asia central y la anexión de Manchuria ha aumentado sus dominios con un territorio tan grande como Europa sin Rusia. Muy pronto los valles de los ríos de Asia central y del Amur se hallarán poblados de colonos rusos.

Estas posiciones estratégicas son tan importantes para Asia como Polonia lo es para Europa. La conquista de Turan amenaza a la India, como la de Manchuria amenaza a China. China y la India, con sus 450 millones de habitantes, son actualmente los países decisivos de Asia.

Carlos Marx
LA NUEVA GUERRA CHINA

New York Tribune
27 de septiembre de 1859

I

En la época en que todo el mundo congratulaba a Inglaterra por haber arrancado el tratado de Tien-tsin (junio de 1858), yo me esforzaba por demostrar que Rusia era realmente la única potencia que se había aprovechado de la guerra de los bandidos ingleses contra China y que las ventajas económicas que el tratado concedía a Inglaterra eran más bien pequeñas y —desde el punto de vista político—, lejos de instaurar la paz, ese tratado hacía, por el contrario, inevitable una nueva guerra. El curso de los acontecimientos ha confirmado entetamente este punto de vista. El tratado de Tien-tsin y el espejismo de la paz se han disipado ante las duras realidades de la guerra.

Ante todo expondremos los acontecimientos tal como son relatados por el último correo continental. En compañía del señor Bourboulon, plenipotenciario francés, el honorable señor Bruce, partió con una escuadra británica que debía remontar el Pei-ho y acompañar a los dos diplomáticos en su misión de Pekín. La flota, mandada por el almirante Hope, comprendía siete vapores, diez cañoneras, dos transportadores de víveres y tenía a

bordo varios centenares de soldados de la marina y de ingenieros. Ahora bien, los chinos hicieron saber a la misión que se oponían a que escogiera justamente aquella vía. En consecuencia, el almirante Hope encuentra bloqueada la entrada del Pei-ho por medio de cadenas y piezas de madera. Tras una espera de nueve días, del 17 al 25 de junio, en la desembocadura de ese río, trató de forzar el paso, después que los pleniplotenciarios se unieron a la escuadra el día 20. A su llegada cerca de Pei-ho, el almirante advirtió que los fuertes de Taku, arrasados durante la última guerra, habían sido reconstruidos, lo que —dicho sea de paso— habría podido saber ya, puesto que la *Gazette de Pekin* lo había anunciado oficialmente.

Cuando los ingleses trataron de forzar el Pei-ho, el 25 de junio, las baterías de Taku se descubrieron y abrieron fuego mortífero sobre los navíos británicos, al mismo tiempo que surgieron los soldados de un ejército mongol de unos 20,000 hombres. La batalla hizo furor en tierra y mar y se terminó con la derrota completa de los agresores. La expedición hubo de retirarse, tras haber perdido tres navíos ingleses —el *Cormorant*, el *Lee* y el *Plover*—, así como 464 hombres muertos o heridos del lado inglés y 14 muertos o heridos de los 60 franceses presentes. Cinco oficiales ingleses fueron muertos, veintitrés heridos y el propio Almirante fue tocado.

Después de esta derrota, Bruce y Bourboulon se volvieron a Shangai y la escuadra británica fondea en Ning-Po, cerca de Chinhae.

Cuando estas desagradables noticias llegaron a Inglaterra, toda la prensa de Palmerston sacó a relucir el león británico y grita venganza a coro. El *Times* de Londres se dedicó a envolver con un barniz de dignidad los instintos sanguinarios de sus compatriotas, pero las hojas palmerstonianas de la

más baja especie jugaron de manera totalmente grotesca el papel de *Roland Furieux*. Así, por ejemplo, el *Daily Telegraph* de Londres:

"Gran Bretaña debe atacar el litoral de China en toda su extensión, luego invadir la capital, expulsar al Emperador de su palacio y asegurarse sólidas garantías contra futuros ataques... Hay que dar latigazos a todo funcionario que lleve el emblema del dragón y se permita mirar nuestros símbolos nacionales con desprecio... Cada uno de ellos —los generales chinos— debe ser colgado como pirata y asesino de las vergas de nuestros navíos. Sería un espectáculo reconfortante y saludable ver una docena de bribones con vestidos de guiñol llenos de botones, con su faz de malvado, balanceándose a la vista de toda la población. De una u otra manera, tenemos que inspirar terror, pues hemos sido demasiado indulgentes... Ahora se trata de enseñar a los chinos a respetar a los ingleses, que son sus superiores y deberían ser sus *señores*... Al menos debemos tratar de apoderarnos de Pekín, y por poco animosos que seamos, debemos ocupar Cantón para siempre. Podríamos conservar Cantón, como tenemos Calcuta, y hacer de ella el centro de nuestro comercio en Extremo Oriente, a fin de compensar la influencia de Rusia en las fronteras tártaras del Imperio —y poner los cimientos de un nuevo dominio".

Ahora suspendamos aquí las divagaciones de los plumíferos de Palmerston y volvamos a los hechos, a fin de tratar de captar los motivos profundos de este molesto acontecimiento, en cuanto sea posible con las pocas informaciones de que disponemos actualmente.

Aun partiendo del hecho de que el tratado de Tien-tsin prevé el acceso directo a Pekín del embajador británico, hay que preguntarse primera-

mente si el gobierno chino ha violado ese tratado impuesto por una guerra de bandidaje, oponiéndose a que la escuadra británica remontase a la fuerza el Pei-ho. Según se ve en las noticias transmitidas por el correo continental, las autoridades chinas no prohibían el envío de la misión británica a Pekín, sino que la flota de guerra británica remontara el Pei-ho. Proponía que el señor Bruce viajara por tierra, sin el apoyo de esas fuerzas armadas, de las que la población del Celeste Imperio tenía el recuerdo del reciente bombardeo de Cantón: su presencia masiva tenía que sugerir una invasión. El derecho de residir en Londres ¿faculta al embajador francés para forzar el Támesis al frente de una expedición francesa armada?

Hay que reconocer que la concepción inglesa de la admisión de su embajador en Pekín es por lo menos tan extraña como el descubrimiento hecho durante la última guerra china, a saber, que el bombardeo de una ciudad del Imperio no significa hacerle la guerra, sino simplemente tener un conflicto local con una de sus provincias.

En respuesta a las protestas de los chinos, los ingleses, según su propia afirmación, "han tomado todas las medidas para lograr, si fuera necesario, el acceso de Pekín por la fuerza" y han remontado efectivamente el Pei-ho con una escuadra bastante poderosa. Incluso aunque los chinos estuvieran obligados a recibir en Pekín un embajador pacífico, tenían indudablemente el derecho de oponerse a una expedición militar de los ingleses en esta ocasión. Actuando como lo han hecho, no solamente no han violado un tratado, sino que se ha opuesto a su violación.

Pero aún hay más. Aunque el tratado de Tien-tsin reconocía a los ingleses el derecho a una embajada, queda por aclarar si lord Elgin no ha renunciado,

por el momento al menos, al ejercicio efectivo de ese derecho. La lectura de la *Correspondencia relativa a la misión especial del conde Elgin en China, publicada por orden de Su Majestad* convence a cualquier hombre de buena fe que, primeramente, la admisión en Pekín del embajador inglés no debía tener lugar en ese momento, sino *más tarde*; luego, que su derecho de residencia en Pekín se acompañaba de diversas cláusulas restrictivas; y, finalmente, que el artículo II relativo a la admisión del embajador, estaba redactado en forma imperativa en el texto inglés del tratado, pero había sido modificado en el texto chino a petición del plenipotenciario chino. Esta divergencia entre las dos versiones del tratado la ha admitido el propio lord Elgin que, sin embargo, como él mismo dice, "se ha visto obligado, por las instrucciones que se le habían transmitido, de exigir a los chinos que aceptaran, como versión válida de una convención internacional, un texto del que ellos no entendían ni palabra".

¿Se puede imputar a los chinos haber obrado conforme al texto chino del tratado, en lugar del inglés que difiere algo "del sentido exacto de la convención", como lo reconoce el propio lord Elgin?

En conclusión, citaré la declaración formal del señor Th. Chisholm Anstey, antiguo fiscal general británico en Hong Kong, que extraigo de una carta dirigida al director del *Morning Star*: "El tratado, cualquiera que sea, se halla anulado desde hace tiempo por los actos de violencia del gobierno británico y de sus subordinados, al menos por lo que confiere a la Corona de Gran Bretaña ventajas o privilegios".

La nueva catástrofe china, preparada según toda verosimilitud por el propio Palmerston, amenaza gravemente a Inglaterra, expuesta ya a graves di-

ficultades en la India, de una parte, y en pleno rearme para hacer frente a la eventualidad de una guerra europea, de otra parte. La consecuencia directa a sacar de ello es la caída del gobierno actual, cuyo jefe —Palmerston— carga ya con la responsabilidad de la precedente guerra china, y esto con tanta mayor razón cuanto que los principales miembros del gabinete han votado ya una moción de censura contra su Premier sobre esta cuestión. En cualquier caso, Milner Gibson y la escuela de Manchester deben abandonar la actual coalición liberal o bien, cosa poco probable, obligar a su jefe a someterse a su política, uniéndose con lord Russell, Gladstone y sus colegas *peelistas*.

II

New York Tribune
1o. de octubre de 1859

Se anuncia para mañana un consejo de ministros para decidir sobre la actitud a tomar frente a la catástrofe de Pei-ho. Las elucubraciones del *Moniteur* francés y del *Times* de Londres no dejan duda sobre el hecho de que Palmerson y Bonaparte están resueltos a desencadenar una nueva guerra en China.

Pero se sabe de fuente segura que en el curso del próximo consejo el señor Milner Gilbson rechazará, para empezar, el valor de los argumentos en favor de la guerra; después renovará sus protestas contra toda declaración de guerra emprendida sin la previa ratificación de las dos Cámaras del Parlamento. Si queda en minoría, abandonará el gabinete, dando así la señal de una nueva ofensiva contra el gobierno de Palmerston y de una ruptura de la coalición liberal que ya había supuesto la caída del gobierno Derby.

Se especula con la idea de que Palmerston siente alguna aprensión ante los proyectos del señor Milner Gibson, el único de sus colegas que teme y del que ha dicho que "es un hombre particularmente dotado para descubrir los defectos de la coraza".

Puede ocurrir que al mismo tiempo que esta correspondencia, se reciban de Liverpool las últimas noticias sobre los resultados del consejo de ministros. Entre tanto, para descubrir el verdadero fondo del asunto, vale más dejar de lado lo que ha sido impreso para inclinarse sobre lo que ha sido sencillamente omitido en los comentarios de la prensa de Palmerston relativos a la noticia transmitida por el último correo continental.

Primeramente, suprime la noticia según la cual ha sido ya ratificado el tratado entre China y Rusia y que el Emperador había dado instrucciones de escolta hasta Pekín a la delegación americana con vistas a intercambiar los instrumentos de ratificación con los Estados Unidos. Eso permite descartar la sospecha más que legítima, según la cual quizás no sea la Corte Imperial, sino los delegados franco-británicos los responsables de los obstáculos a los que se han enfrentado, obstáculos que sus colegas rusos y americanos no han encontrado en su camino. Seguidamente, y esta es la circunstancia más grave que el *Times* y los otros periódicos de Palmerston en general se ven obligados a reconocer, a saber que las autoridades chinas habían declarado que estaban dispuestas a acompañar a los embajadores inglés y francés a Pekín; que efectivamente los habían esperado en uno de los brazos del río y les habían ofrecido escolta, si consentían en separarse de las tropas y sus navíos. Además, como el tratado de Tien-tsin no preveía, en ninguno de sus artículos, el derecho de los ingleses y franceses a enviar una escuadra naval aguas arriba del Pei-ho,

está claro que no son los chinos, sino los británicos los que han violado el tratado y que estos últimos han provocado deliberadamente un incidente justamente la víspera del intercambio de instrumentos de ratificación del tratado.

Nadie va a pensar que el honorable señor Bruce haya obrado por su propia iniciativa con objeto de propiciar la segunda guerra con China. Está claro que no ha hecho sino ejecutar instrucciones secretas del gobierno de Londres. Ciertamente, es cierto que Bruce ha sido enviado a China, no por Palmerston, sino por Derby. Con todo, basta recordar a los lectores que, bajo el primer gabinete Peel, cuando lord Aberdeen era ministro de Asuntos Exteriores, el embajador inglés en Madrid, sir Henry Bulwer, entra en conflicto con la corte de España y fue obligado a abandonar su puesto. Ahora bien, los debates de la Cámara de los Lores sobre este "molesto acontecimiento" revelaron que en lugar de obedecer las instrucciones oficiales de Aberdeen, había seguido las directivas secretas de Palmerston, entonces en la oposición.

En resumen, la actitud de la prensa de Palmerston, estos últimos días, no deja duda —al menos para quien conoce la historia secreta de la diplomacia inglesa de estos treinta últimos años— sobre el verdadero responsable de la catástrofe de Pei-ho y de la inminente Tercera Guerra del Opio. Según el *Times,* los cañones de los fuertes de Taku que causaron tales destrozos en la escuadra británica, eran de origen ruso y mandados por rusos. Otra hoja palmerstoniana es aún más explícita:

"Ahora vemos cuán estrechamente está ligada la política rusa a la de Pekín. Observamos grandes operaciones miliares en el Amur, grandes movimientos de tropas cosacas más allá del lago Baikal, en el mágico país del hielo, en las fronteras cre-

pusculares del viejo mundo; seguimos las huellas de innumerables caravanas; descubrimos que el enviado especial ruso (el general Muraviev, gobernador de Siberia oriental) ha abandonado el Extremo Oriente siberiano y se halla en camino hacia la inaccesible capital china, con planes secretos; y la opinión pública de este país se estremece con razón ante la idea de que han contribuido a nuestras desgracias y la matanza de nuestros soldados y marinos, influencias extranjeras".

Pues bien, es un viejo truco de Palmerston. Cuando Rusia quiso concluir un tratado de comercio con China, empujó a esta última a los brazos de su vecina del norte, con la Guerra del Opio. Cuando Rusia quiso la cesión del Amur, le ayudó a conseguirlo con la Segunda Guerra del Opio, y actualmente que Rusia se esfuerza por consolidar su influencia en Pekín, improvisa la Tercera Guerra del Opio. En todas sus relaciones con los débiles estados asiáticos, como China, Persia, Asia Central, Turquía, su regla constante e invariable es la de resistir públicamente a las maniobras rusas, emprendiendo al tiempo la lucha, no contra Rusia, sino contra tal o cual estado asiático, a fin de levantarlo contra la Gran Bretaña como promotora de una guerra de bandidaje y conducirlo a través de esta vía tortuosa a conceder a Rusia lo que de ningún modo quería ceder antes.

Es seguro que en esta ocasión, será puesta en escena toda la política anterior de Palmerston en Asia y consiguientemente llamo vuestra atención hacia los *Documentos afganos*, cuya publicación tuvo lugar por orden de la Cámara de los Comunes el 8 de junio de 1859. Estos, como ningún otro documento antes, hacen claridad sobre la siniestra política de Palmerston y la historia diplomática de los últimos treinta años. Brevemente, véase el asun-

to: en 1838, Palmerston emprendió una guerra contra Dost Mohammed, Emir de Kabul, guerra que provocó la destrucción de todo un ejército inglés, tras haber sido declarada bajo el pretexto de que Dost Mohammed había concluido una alianza secreta entre Persia y Rusia contra Inglaterra.

Para justificar esta acusación, Palmerston presenta en 1838 al Parlamento un Libro Azul, cuyo contenido esencial era la correspondencia entre sir Alexander Burnes, enviado británico en Kabul y el gobernador de Calcuta. Burnes fue asesinado en Kabul durante una sublevación contra los invasores británicos, pero, como desconfiaba del ministro de Asuntos Exteriores, había enviado la copia de algunas de sus cartas oficiales a su hermano, el doctor Burnes en Londres. Cuando los *Documentos afganos,* cuidadosamente arreglados por Palmerston, fueron publicados en 1839, el doctor Burnes acusó al Ministro de haber "mutilado y deformado los despachos del difunto sir Alexander Burnes" y, para corroborar su afirmación públicó algunos de los despachos auténticos. Pero la verdad no llegó a resplandecer hasta que, este verano, bajo el ministerio Derby, la Cámara de los Comunes ordena, por iniciativa parlamentaria de Hadfield, publicar los *Documentos afganos* completos. La orden fue ejecutada de modo que demostraba hasta a los menos perspicaces cuán fundada estaba la acusación de mutilación y de deformación *en interés de Rusia.* La página de título indica: "*Nota bene.* La correspondencia, publicada en parte solamente en las ediciones precedentes, se reproduce aquí íntegramente y los pasajes omitidos se colocan entre paréntesis". El nombre del alto funcionario que se cita como garante de la fidelidad de la publicación es J. W. Kaye, secretario de los "departamentos políticos y

confidenciales" e "historiador auténtico de la guerra afgana".

Basta un ejemplo para ilustrar las relaciones reales entre Palmerston y Rusia, contra la que fingía tener preparada la guerra afgana. El agente ruso Vitkevitch, se presenta en 1837 en Kabul, con un mensaje personal dirigido por el zar a Dost Mohammed. Sir Alexander Burnes consiguió procurarse una copia que envió a lord Aucklan, entonces gobernador general de la India. Ahora bien, sus despachos, como los documentos publicados en anexo, no dejan de referirse a este hecho. Sin embargo, la copia de la carta del Zar no figura en el Libro Azul de Palmerston y todos los despachos que hacen alusión a ella son manipulados de manera que logre disimular la vinculación que existe entre el "Emperador de Rusia" y la misión de Kabul. Por tanto, esta falsedad se cometió para sustraer al público la prueba de las relaciones entre el autócrata y el agente secreto que Nicolás, a su vez en Petersburgo, creyó oportuno desautorizar formalmente. De este modo, en la página 82 del Libro Azul, se puede encontrar la traducción de un mensaje a Dost Mohammed que dice, cuando las palabras suprimidas por Palmerston se reponen entre paréntesis en el texto: "Un emisario (del Zar) de Rusia ha llegado (de Moscú) a Teherán, cuya misión es llegar a Kandahar y acudir a una audiencia con el Emir... Lleva consigo (mensajes confidenciales del Emperador y) cartas del embajador ruso en Teherán. El embajador ruso recomienda este hombre como un personaje digno de la mayor confianza y plenamente autorizado para llevar cualquier clase de negociación (por cuenta del Emperador y de él mismo), etcétera, etcétera".

Esta falsedad y otras similares, cometidas por Palmerston para proteger el honor del Zar no son las

únicas curiosidades de los *Documentos afganos*. Por ejemplo, Palmerston justificaba la invasión de Afganistán con pretexto de que había sido recomendado por sir Burnes como un acto susceptible de desarticular las maniobras rusas en Asia central. Ahora bien, A. Burnes había hecho justamente todo lo contrario, lo que explica que todos sus llamamientos en favor de Dost Mohammed fueran eliminados de la edición palmerstoniana del Libro Azul y el contenido de la correspondencia mutilado y deformado para cambiarla en su contrario.

Tal es, pues, el hombre que está a punto de desencadenar una tercera guerra en Extremo Oriente, con el pretexto transparente de hacer fracasar los propósitos de Rusia en esta parte del mundo.

III

New York Tribune
10 de octubre de 1859

La mayor parte de la prensa británica parece considerar actualmente como decidida una nueva guerra de la civilización contra el Celeste Imperio. Pero, desde el consejo de ministros del sábado por la tarde, los periódicos más sedientos de sangre, han cambiado completamente el tono.

Ante todo, el *Times* de Londres —aparentemente en un acceso de rabia patriótica— había tronado contra la doble traición, de una parte, de los cobardes mongoles que habían atraído al almirante inglés, tan *bohome* (sic) a una emboscada, disimulando cuidadosamente sus posiciones y enmascarando su artillería; de otra parte, de la Corte de Pekín que, con un maquiavelismo más negro aún, había alentado a estos monstruos de mongoles a recurrir a esa diabólica trampa de guerra. Por una curiosa

coincidencia, el *Times,* aunque cegado por la pasión, logró expurgar, en los textos oficiales que reprodujo, todos los pasajes favorables a los chinos, condenados a ser puestos en la picota. La pasión puede producir confusión, pero hay que tener la cabeza fría para deformar las cosas. Sea como quiera, el 16 de septiembre, o sea, exactamente la víspera del consejo de ministros, el *Times* vira de bordo y, a sangre fría, corta en dos al Jano bicéfalo de su acusación:

"Tememos no poder acusar de traición a los mongoles que han resistido a nuestro asalto contra los fuertes de Pei-ho". Pero inmediatamente, para atrapar una confesión tan desagradable, acusa con igual encarnizamiento a la Corte de Pekín de haber violado un "tratado solemne", con premeditación y perfidia.

Finalmente, tres días después del consejo de ministros, nuevas consideraciones han impulsado al *Times* "a no dudar que nada hubiera impedido la ratificación del tratado si Bruce y Bourboulon hubieran pedido a los mandarines que los acompañaran a Pekín".

En tales condiciones, ¿qué queda de la traición de la Corte de Pekín? Ni una sombra. Después de esto, dos dudas siguen afligiendo al *Times*: "Quizás quepa la *duda* de que haya sido prudente, desde el punto de vista militar, tratar de abrirse camino a Pekín por medio de tal escuadra. Más *dudoso* es aún que fuera deseable, desde el punto de vista *diplomático,* emplear la fuerza en general".

Tal es la conclusión poco brillante de toda la tempestad de indignación levantada por el caudillo de la prensa británica. Sea lo que quiera, con su particular lógica, el *Times* ha arrojado por la borda las razones de la guerra, pero sin embargo no renuncia a la propia guerra. Otro periódico oficioso,

el *Economist,* que se había distinguido por su calurosa apología del bombardeo de Cantón, parece querer adoptar un punto de vista más económico y menos retórico, después del nombramiento de J. Wilson para el puesto de canciller de Hacienda indio. Acaba de publicar dos artículos —uno político y otro económico—, el primero de los cuales acaba como sigue:

"Bien considerado todo, es evidente que el artículo previendo el derecho de nuestro plenipotenciario a ir o residir en Pekín ha sido literalmente *impuesto* al gobierno chino. Pero, si se juzgaba que el respeto de esta cláusula era absolutamente indispensable a nuestros intereses, pensamos que se podía normalmente obrar con moderación y paciencia. Se dirá, sin duda, que la moderación y la paciencia pueden interpretarse por un gobierno tal que el chino como señal de una debilidad fatal y que eso sería seguir la política más nefasta. ¿Pero *hasta qué punto,* y sobre qué argumentación, tenemos derecho a adoptar, en nuestras relaciones con los gobiernos asiáticos, principios opuestos a los que sostenemos con los gobiernos civilizados? Es posible que después de haberles arrancado una concesión a pesar de su voluntad bajo el efecto del temor, la mejor política consista en arrancarles, siempre bajo los efectos del temor, la ejecución inmediata del tratado en sentido favorable a nuestros intereses. Pero si hemos fracasado en esta tentativa y si, entre tanto, los chinos han superado su miedo e insisten, con una demostración de fuerza en su apoyo, para que los consultemos sobre las modalidades de aplicación del tratado, ¿podemos entonces acusarles de traición, con la menor apariencia de justicia? ¿No practican más bien respecto a nosotros los métodos de persuasión que nosotros mismos utilizamos? Es posible e incluso probable,

que el gobierno chino nos haya embaucado deliberadamente en esta trampa mortal y que en general nunca haya tenido la intención de ejecutar este tratado. Si ello fuera probado, tendríamos el derecho y el deber de exigir reparación. Pero cabe también que la voluntad de defender la desembocadura del Pei-ho a fin de impedir la renovación del acto de fuerza ejecutado el año anterior por lord Elgin, no se acompañe de ningún deseo de violar las cláusulas generales del tratado. Puesto que la iniciativa de las hostilidades estaba enteramente de nuestro lado y que nuestros comandantes podían en todo momento dar la orden de repliegue ante el fuergo mortífero que solamente se hacía para defender los fuertes, no podemos en modo alguno probar con certidumbre que las autoridades chinas tenían la intención de violar el tratado. Y mientras que esta voluntad premeditada de violar el tratado no sea probada, debemos suspender nuestro juicio y reflexionar si, en nuestro comportamiento frente a los bárbaros, no hemos utilizado principios que difieren apenas de los que ellos practican respecto a nosotros".

En el segundo artículo sobre el mismo tema, el *Economist* analiza la importancia, directa e indirecta, del comercio entre la Gran Bretaña y China. En 1858, las exportaciones británicas en dirección a China se ha elevado a 2.876,000 libras, mientras que el valor de las importaciones británicas llegadas de China, para cada uno de los tres últimos años, ha sido de 9 millones de libras, de suerte que se puede estimar en unos 12 millones de libras el conjunto del comercio directo entre Inglaterra y China. Pero a estas transacciones directas se vienen a añadir al menos otras tres esferas de comercio importantes con las que Inglaterra se halla más o menos íntimamente ligada en el cuadro de intercambios: el

comercio entre la India y China, entre China y Australia y entre China y Estados Unidos.

"Australia —dice el *Economist*—, recibe anualmente grandes cantidades de té chino y no tiene nada a cambio que dar al comercio chino. América, también, importa grandes cantidades de té y algo de seda por un valor que excede de lejos del de sus exportaciones a China".

Estos dos pasivos de la balanza comercial en favor de China deben ser compensados por Gran Bretaña que, a cambio, recibe oro de Australia y algodón de Estados Unidos. He aquí por qué está obligada, además de sus propias deudas frente a China, a pagar a esos países grandes sumas por el oro importado de Australia y el algodón importado de Estados Unidos. Pero estas sumas debidas a China por Inglaterra, Australia y Estados Unidos pasan, en gran medida, de China a la India, a cuenta de las sumas que China debe a este país por el opio y el algodón.

Dicho sea de paso las importaciones indias de productos chinos nunca han llegado a 1.000,000 de libras, mientras que las importaciones chinas que proceden de la India representan en total 10.000,000 de libras. De estas observaciones de orden económico, el *Economist* concluye que cualquier seria interrupción del comercio británico con China sería "una calamidad de una amplitud mucho más grande de lo que puedan hacer suponer las cifras de las exportaciones e importaciones, y que el perjuicio financiero causado por esta perturbación, además de que repercutiría sobre el comercio directo del té y la seda de Inglaterra, produciría también "incidencias" en las transacciones británicas con Australia y los Estados Unidos.

El *Economist* no ignora que, durante la última guerra china, las hostilidades no han perturbado

el comercio como se había temido y que el puerto de Shangai no ha registrado ningún descenso del tráfico. Pero, aquí, el *Economist* pone de relieve "dos aspectos excepcionales del diferendo", que podrían modificar de forma sustancial el efecto de la nueva guerra china sobre el comercio, a saber, el carácter "imperial", y no ya "local" de la guerra en curso, y el "éxito sin precedente que los chinos han conseguido por primera vez en su lucha contra las fuerzas europeas".

Ese lenguaje nos cambia completamente los himnos a la guerra que el *Economist* entonaba con tanto celo en la época de lorcha *Arrow*.

Como lo habíamos previsto en la precedente correspondencia, el consejo de ministros ha oído la protesta de Milner Gibson y su amenaza de dimitir si Palmerston actuaba conforme a lo que había dado a entender el *Moniteur* francés. Por ahora, Palmerston ha evitado la escisión del gabinete y de la coalición con los liberales, afirmando que las fuerzas indispensables a la protección del comercio británico se concentrarían en las aguas chinas y que no se adoptaría ninguna decisión sobre la cuestión de la guerra, mientras que no se dispusiera de relaciones más detalladas por parte del embajador británico. De esa manera, ha diferido la cuestión candente.

Sin embargo, las verdaderas intenciones de Palmerston se leen entre líneas en su diario íntimo, el *Daily Telegraph*: "Si, durante el año próximo, cualquier acontecimiento supone un voto de desconfianza para el gobierno, sin duda será necesario acudir a las urnas... Los Comunes harán ver el resultado de sus actividades según el veredicto sobre la cuestión china, puesto que actualmente hay que añadir a los opositores habituales de Disraeli

los cosmopolitas que proclaman que los mongoles han tenido razón".

Quizás tenga ocasión de volver sobre esta cuestión embarazosa en la que se han colocado los conservadores, aceptando la responsabilidad de los acontecimientos meticulosamente preparados por Palmerston y dos de sus agentes, lord Elgin y el hermano de este último, Bruce.

IV

New York Tribune
18 de octubre de 1859

En uno de mis artículos precedentes, he sostenido que el conflicto de Peí-ho no era un incidente involuntario, sino, al contrario, que había sido preparado meticulosamente por lord Elgin quien, obrando de acuerdo con instrucciones secretas, combinadas hace tiempo por Palmerston, consiguió atribuir a lord Malmesbury, ministro de Asuntos Exteriores, los proyectos del noble vizconde, entonces dirigente de la oposición.

Ante todo, la idea de que un "incidente chino" sea el fruto de "instrucciones" que emanan del actual Primer Ministro británico es tan poco nueva y descabellada, que fue un personaje tan bien informado como Disraeli quien la insinúa en un debate en los Comunes sobre la guerra de la lorcha y —por curioso que ello pueda parecer— encuentra confirmación cerca del propio Palmerston. El 3 de febrero de 1857, Disraeli lanza la siguiente advertencia:

"No puedo prohibirme pensar que lo que ha pasado en China no es debido a los hechos alegados, sino que tiene su origen en las *instrucciones* recibidas de Inglaterra hace ya tiempo. Si fuera así, estimo que habría llegado el momento para la

Cámara, si no quiere faltar a sus deberes, de preguntarse seriamente si posee los medios de controlar un sistema que, si persiste, será fatal para los intereses de nuestro país".

Y lord Palmerston respondía fríamente: "El muy honorable caballero afirma que el curso de los acontecimientos parece ser el resultado de una *política elaborada desde hace tiempo por el gobierno británico*. Es perfectamente exacto".

Por lo que concierne al actual conflicto, basta echar una ojeada rápida al Libro Azul, titulado *Correspondencia relativa a las misiones especiales de lord Elgin en China y en Japón, 1857-59*, para constatar que el acontecimiento sobrevenido el 25 de junio en Pei-ho, había sido contemplado por lord Elgin ya el 2 de marzo. En la página 484 de dicha correspondencia, se encuentran los dos despachos siguientes:

"Conde de Elgin al contralmirante sir Michael Seymur.

Le Furious, 2 de marzo de 1859.

"Sir, en relación con mi despacho a Vuestra Excelencia de fecha 17 de febrero, me permito señalarle que tengo la esperanza de que la decisión adoptada por el gobierno de Su Majestad a propósito de la residencia permanente de un embajador británico en Pekín, de la que os he hecho partícipe en el curso de nuestra entrevista, puede incitar al gobierno chino a acoger de manera adecuada al representante de Su Majestad, cuando éste llegue a Pekín para el intercambio de instrumentos de ratificación del tratado de Tien-tsin. Sin embargo, es perfectamente posible que esta esperanza no se realice y, en cualquier hipótesis, considero que el *gobierno de Su Majestad desea que, durante su viaje a Tien-tsin, acompañen a nuestro embajador, fuerzas imponentes*. En estas condiciones, me permito lla-

mar la atención de Vuestra Excelencia sobre la cuestión de saber si no sería oportuno concentrar en Shangai, en la primera ocasión favorable, una flotilla de cañoneras *suficientemente fuerte para tal empresa,* ya que supongo que la llegada del señor Bruce a China no se hará esperar mucho. Tengo el honor, etc.—Elgin y Kincardine".

"Conde de Malmesbury al conde Elgin.

Ministerio de Asuntos Exteriores, 2 de mayo de 1859.

Milord. He recibido el despacho de Vuestra Excelencia de fecha 7 de marzo de 1859 y se me ha encargado informaros que el gobierno de Su Majestad aprueba la nota, de la que Vuestra Excelencia nos ha trasmitido copia y en la cual Vuestra Excelencia ha comunicado al encargado de negocios imperial que el gobierno de Su Majestad no insistirá en que se fije la residencia del ministro de Su Majestad en Pekín a título permanente.

"El gobierno de Su Majestad aprueba igualmente la sugestión de Vuestra Excelencia al contralmirante de reunir en Shangai una flotilla de cañoneras a fin de acompañar al señor Bruce en el curso del Pei-ho. Tengo el honor, etc.—Malmesbury".

En consecuencia, lord Elgin sabe de antemano que el gobierno británico "desea" que su hermano, el señor Bruce, sea acompañado por "fuerzas imponentes", por "cañoneras", aguas arriba del Pei-ho y ordena al contralmirante Seymur que se apreste a "esta misión"; a su vez, en un despacho fechado el 2 de mayo, el conde de Malmesbury aprueba la sugestión de lord Elgin a Seymur. Toda la correspondencia hace aparecer como si lord Elgin mandara y lord Malmesbury obedeciera. Mientras que el primero tiene constantemente la iniciativa y se funda en las instrucciones que ha recibido previamente de Palmerston, sin esperar incluso nuevas

instrucciones de *Downing Street*; lord Malmesbury se contenta con ratificar los "deseos" que su subalterno autorizado le atribuye por anticipado. Agacha la cabeza cuando Elgin proclama que, al no estar aún ratificado el tratado, los ingleses no tienen derecho alguno a remontar los ríos chinos; agacha la cabeza, cuando Elgin sostiene que hay que dar prueba de gran paciencia con los chinos, en lo que concierne a la aplicación de la cláusula relativa a la instalación en Pekin de una embajada británica y, sin pestañear, agacha también la cabeza cuando, en contradicción formal con sus precedentes afirmaciones, Elgin reclama el derecho de forzar el paso del Pei-ho con una "imponente flotilla de cañoneras". Agacha la cabeza como Dogberri en respuesta a las propuestas del pertiguero.

Se comprende fácilmente que el conde de Malmesbury haga tan pobre papel y se comporte tan humildemente, si se recuerdan los clamores del *Times* y otros periódicos influyentes al llegar al acceso al poder del gabinete conservador cuando se ven amenazados de peligro los brillantes éxitos que lord Elgin, siguiendo las instrucciones de Palmerston, estaba a punto de conseguir en China, pero que la administración conservadora —aunque solamente sea por despecho y para justificar su voto de desconfianza con motivo del bombardeo de Cantón por Palmerston— se proponía al parecer hacer fracasar. Malmesbury se deja intimidar por ese griterío. Por lo demás, estaba presente ante los ojos y el corazón la suerte de lord Ellenborough que se había permitido oponerse abiertamente a la política india del noble vizconde y que, en recompensa por su coraje patriótico, fue sacrificado por sus propios colegas del gabinete Derby.

En consecuencia, Malmesbury ha cedido la iniciativa a lord Elgin, permitiendo a este último eje-

cutar el plan de Palmerston y de hacer responsables a sus adversarios oficiales, los conservadores. Por la misma razón, éstos se han encontrado colocados en la desagradable alternativa de decidir cuál debía ser su actitud en el asunto de Pei-ho: o embocar la trompeta de guerra con lord Palmerston y mantener a éste en el poder; o bien volver la espalda a Malmesbury, que habían cubierto de empalagosos halagos durante la última guerra italiana.

Esta alternativa es tanto más escabrosa cuanto que un tercer conflicto en China es todo lo que se quiera menos popular entre los hombres de negocios ingleses. En 1857, enarbolaron el león británico porque descontaban grandes beneficios por la abertura violenta del mercado chino. Hoy, por el contrario, se encuentran bastante desengañados por verse frustrados con los frutos del tratado. Saben que los asuntos de Europa y la India van bastante mal para que una nueva guerra de importancia venga a agravar la situación.

No han olvidado que en 1857 las importaciones de té —artículo procedente casi exclusivamente de Cantón, único teatro de guerra entonces— bajaron más de 24 millones. Ahora bien, hoy lo que temen es que esa reducción de intercambios se extienda a Shangai y otros puertos comerciales del Celeste Imperio.

Después de la primera guerra declarada a China por Gran Bretaña en interés del contrabando del opio; tras la segundo originada por la defensa de una embarcación de piratas, no nos falta más que una guerra montada enteramente con el objeto de infligir a los chinos el castigo de las embajadas permanentes en su capital.

Carlos Marx

OBSTACULOS PARA EL AUMENTO DE LAS EXPORTACIONES A CHINA

New York Tribune
2 de diciembre de 1859

En el momento en que se expandían fantásticas ideas sobre el impulso que el comercio británico y americano no dejarían de recibir de lo que se llama la apertura de los puertos del Celeste Imperio, nos propusimos demostrar, gracias a un estudio relativamente elaborado del comercio exterior de China desde principios de siglo, que esas precisiones optimistas no se basaban en ningún cimiento sólido.

Hecha abstracción del tráfico del opio que, como hemos demostrado, crece en razón inversa de la venta de los productos manufacturados de occidente, hemos hallado que el mayor obstáculo a un aumento rápido de las exportaciones a China estaba constituido por la estructura económica de esta sociedad, fundada en la combinación de la agricultura parcelaria con la industria doméstica. Para corroborar nuestra tesis, hoy podemos enviar al lector al Libro Azul, titulado *Correspondencia relativa a la misión especial de lord Elgin en China y Japón.*

Cada vez que la demanda efectiva de mercancías importadas en los países asiáticos no corresponde a la demanda prevista —que, en la mayor parte de los casos, está calculada sobre la base de datos muy

superficiales, acerca de la extensión del nuevo mercado, el número de los habitantes y el éxito que han tenido las mercancías extranjeras en algunos puertos importantes—, los comerciantes, en su celo por asegurarse mercados más grandes, se inclinan con demasiada facilidad a explicar sus desilusiones por las medidas artificiosas, imaginadas por gobiernos bárbaros, muy dispuestos a meter palos en las ruedas y que es menester combatir a la fuerza. Precisamente esta ilusión es la que, en la época moderna, ha transformado a los comerciantes ingleses en partidarios sin pudor de todo ministerio que les prometa, por medio de agresiones de pirata, arrancar a los bárbaros un tratado de comercio. Así es cómo los obstáculos artificiales que las autoridades chinas habían opuesto al comercio han brindado el gran pretexto que justificaba, a los ojos del mundo de los negocios, todas las violencias contra el Celeste Imperio. Las preciosas informaciones que se encierran en el Libro Azul de lord Elgin servirán, a cualquier hombre sin ideas preconcebidas, para desvanecer ilusiones tan nefastas.

El Libro Azul contiene un informe que el señor Mitchell, agente británico en Cantón, envía en 1852 a sir George Bonham. Citamos algunos extractos:

"Nuestro tratado de comercio con este país (China) se halla hoy (1852) en vigor desde hace una docena de años. Todos los obstáculos previstos han sido superados. Alrededor de mil kilómetros de costa se nos han hecho accesibles y nuevos mercados se han abierto directamente en el umbral de los distritos de producción y en los puntos más favorables del litoral. Ahora bien, ¿cuál ha sido el resultado de todo esto, en lo que concierne al descontado crecimiento del consumo de nuestros productos manufacturados? Pues bien, simplemente lo siguiente: al cabo de diez años, las estadísticas del Ministerio

del Comercio nos muestran que sir Henry Pottinger, cuando firma los Protocolos Adicionales de 1843, encuentra en actividad un comercio mucho más intenso que el que presenta (?¡) su tratado de 1850, es decir, por lo que concierne a los productos manufacturados ingleses, el único punto que consideramos aquí".

El señor Mitchell reconoce que el comercio entre la India y China, formado casi exclusivamente por un intercambio entre plata y opio, se ha desarrollado considerablemente desde el tratado de 1842, pero incluso a propósito de ese comercio, escribe: "Se ha desarrollado, de 1834 a 1844, a un ritmo tan rápido como el de 1844 a nuestros días, mientras que este último periodo ha conocido la pretendida protección del tratado. Ahora bien, las estadísticas del Ministerio del Comercio nos muestran hasta la evidencia que la exportación de nuestros productos manufacturados a China quedaba por debajo del nivel que alcanzó a finales de 1844, con cerca de tres cuartas partes del millón de libras".

Del cuadro siguiente se desprende que el tratado de 1842 no ha estimulado el comercio de exportaciones inglesas a China:

	Valor declarado en libras			
	Tejidos de algodón	*Tejidos de lana*	*Otros productos*	*Total*
1849	1.001,283	370,878	164,948	1.537,109
1850	1.020,915	404,797	148,433	1.574,145
1851	1.598,829	373,399	189,040	2.161,268
1852	1.905,321	434,616	163,662	2.503,599
1853	1.408,433	203,875	137,289	1.749,597
1854	640,820	156,959	202,937	1.000,716
1855	883,985	134,070	259,889	1.277,944
1856	1.544,235	268,642	403,246	2.216,123
1857	1.731,909	286,852	431,221	2.449,982

Ahora bien, si se comparan estas cifras con la demanda china de productos manufacturados británicos, estimados en 1843 en un valor de 1.750,000 libras por el señor Mitchell, se comprueba que en el curso de los últimos nueve años, las exportaciones británicas han descendido a una cifra muy inferior a la de 1843 y no representa sino las 10/17 partes del valor alcanzado ese año. El señor Mitchell explica este hecho sorprendente, en primer lugar, por razones que parecen de un orden demasiado general para probar cualquier cosa particular:

"Los chinos son tan parsimoniosos y tan apegados a su modo de vida tradicional que llevan justamente lo que sus padres han llevado antes que ellos, es decir, lo estrictamente necesario y nada más, aunque se les ofrezcan todas las mercancías a los precios más bajos que se puedan imaginar... Ningún chino que viva de su trabajo puede pagarse el lujo de procurarse un vestido nuevo que no dure al menos tres años y que no resista durante ese periodo al uso y al tratamiento más brutal. Ahora bien, un vestido de ese género debe contener al menos tres veces más de algodón crudo del que ponemos en los artículos más espesos exportados a China; en otros términos, debe ser tres veces más pesado que las telas corrientes que traemos a este mercado".

Una débil demanda y una preferencia por los modos tradicionales de vestirse son obstáculos que el comercio de las naciones civilizadas han de encontrar en todos los mercados abiertos de nuevo. En cuanto al espesor y la resistencia de los tejidos, los manufactureros ingleses y americanos, ¿no podrían adaptarse a las exigencias particulares de la clientela china? Eso nos lleva al corazón del problema: en 1844, el señor Mitchell envía a Inglaterra muestras de tejido chino de todas las calidades con los precios correspondientes. Pero sus colegas le decla-

raron que a los precios por él indicados, Manchester nunca podría producirlos y encima enviarlos a China. ¿Cómo se explica la incapacidad del sistema industrial más desarrollado del mundo de competir con los precios de las telas tejidas por los instrumentos a mano más primitivos? Ese misterio se resuelve por la combinación de la agricultura minifundista con la industria doméstica, a la que ya hemos aludido.

Citamos aún al señor Mitchell: "Cuando se procede a la recolección, todos los brazos de la familia campesina, jóvenes y viejos, se ponen a cardar, hilar y tejer el algodón; con el hilo de la producción doméstica, se tejen pesados vestidos de algodón que resisten, durante dos o tres años, a los tratamientos más rudos a que son sometidos; una vez vestida la familia, los excedentes de algodón se llevan a la ciudad más próxima donde el comerciante las compra para uso de la población urbana y los habitantes de los sampanes anclados en el río. Este algodón tejido en la casa viste a nueve de cada diez chinos; el tejido, cuya calidad va del más grosero al más fino, siempre se fabrica en los hogares campesinos: no cuesta nada absolutamente al productor, fuera de la materia prima o mejor el azúcar —producido en su propia explotación— con el que se intercambia. Basta a nuestros fabricantes considerar un instante la admirable economía de este sistema y, por así decir, su feliz combinación con todas las demás actividades del campesino para que comprendan en seguida que no tendrán nunca la menor posibilidad de competir con ventaja los tejidos así producidos, sobre todo los más groseros. China es tal vez el único país en el mundo donde se encuentra un telar en todo hogar campesino decente. En los demás países las gentes se contentan con cardar e hilar, dejando el cuidado de transformar el hilo en tejido a un te-

jedor de oficio. Correspondió a los parsimoniosos chinos llevar el sistema a su perfección: no solamente cardan e hilan el algodón, sino que lo tejen en la casa con la ayuda de las mujeres y los niños, no limitándose a la producción necesaria para la familia, puesto que a menudo forma parte integrante de sus actividades estacionales la producción de cierta cantidad de tejido para el aprovisionamiento de las ciudades y de los habitantes de los ríos.

"El pequeño cultivador de Fu-kien no es, pues, solamente agricultor, sino campesino y artesano en una misma persona. Fabrica ese tejido prácticamente por nada, bajo su propio techo, con el trabajo de toda la familia. Ello no le cuesta ni trabajo suplementario, ni tiempo de trabajo extra. Hace hilar y tejer a los miembros de la familia, mientras que las cosechas maduran en los campos, mientras llueve o cuando las actividades agrícolas se interrumpen. En suma, a lo largo del año, ese modelo de celo doméstico cumple sin interrupción sus tareas y se consagra a alguna cosa útil".

Para completar esta descripción del señor Mitchell, he aquí el relato de lord Elgin, sobre la población campesina que ha conocido durante su viaje por el Yang-tse-Kiang:

"Lo que he visto me incita a pensar que la población rural de China es en general frugal y satisfecha. Me he molestado bastante —con resultados mediocres— por conseguir informaciones precisas sobre la extensión de sus explotaciones, el régimen de su propiedad, los impuestos y otras cosas semejantes. He llegado a la conclusión de que, para la mayor parte, reciben de la Corona en usufructo completo, contra la entrega de rentas anuales no excesivas, las parcelas de tierra que cultivan, y que esas circunstancias favorables, a las que se vienen a añadir su celo incansable, satisfacen ampliamente

sus modestas necesidades en alimentos y vestidos."

Esta combinación de la actividad agrícola y la industria artesanal doméstica ha impedido durante mucho tiempo la exportación de productos manufacturados británicos a las Indias orientales y aún hoy lo frena mucho, aunque los británicos, como propietarios supremos de la tierra, pudieron atacar y destruir finalmente esta combinación. transformando una parte de las comunidades indias que se bastaban a sí mismas en granjas que producían opio, algodón, índigo, cáñamo y otras materias primas, a cambio de tejidos ingleses.

En China, los ingleses no tienen aún el poder, y es probable que nunca lo conquisten.

Carlos Marx
POLITICA INGLESA

New York Tribune
14 de febrero de 1860

Los puntos más importantes señalados en el Parlamento por el discurso de la Corona han sido la Tercera Guerra China, el tratado de comercio con Francia y las complicaciones en Italia.

Hay que darse bien cuenta que la cuestión china tiene una importancia primaria en tanto que problema no solamente internacional, sino también constitucional. La segunda guerra con China, como empresa provocada personalmente por Palmerston, había supuesto primeramente un voto de censura contra su precedente gobierno y después una disolución forzada de la Cámara de los Comunes. Aunque ha sido elegida bajo los auspicios de Palmerston, la nueva Cámara nunca ha sido invitada a criticar el juicio emitido por la precedente, de suerte que la segunda expedición china del noble Vizconde sigue hasta hoy condenada por un veredicto parlamentario. Pero eso no es todo.

El 16 de septiembre de 1859, se tuvo conocimiento en Londres de los reveses militares de Pei-ho. En lugar de convocar el Parlamento, lord Palmerston se dirigió a Luis Napoleón y discute con el autócrata sobre la eventualidad de una nueva expedición franco-británica a China. Durante tres meses, los "puertos y los arsenales británicos se llenaron con los

ruidos de los preparativos", como lo ha dicho lord Grey, y se tomaron todas las medidas para expedir a Extremo Oriente artillería, municiones, cañoneras sin hablar de un contingente de por lo menos 10,000 hombres destinados a reforzar esas fuerzas navales. De esa manera el país era alegremente embarcado en una nueva guerra como resultado de un acuerdo con Francia y promoviendo inmensas cargas financieras asumidas sin comunicación previa al Parlamento. Más aún, se invita hoy mismo a este último con desfachatez a "agradecer a Su Majestad el haber informado de los acontecimientos ocurridos y de los preparativos para una expedición a China": ¿No es exactamente el mismo estilo que el de Luis Napoleón dirigiéndose a su Cuerpo Legislativo o el del zar Alejandro dirigiéndose a su Senado?

En el debate sobre el discurso del trono de 1857, Sir Gladstone, actual canciller de Hacienda, había expresado en estos términos su indignación a propósito de la guerra contra Persia: "Diría sin riesgo de ser desmentido, que el método que consiste en abrir hostilidades sin asociar al Parlamento con las primeras medidas de guerra, contradice abiertamente *la práctica en vigor en nuestro país, es peligrosa para la Constitución y exige de manera absoluta la intervención de la Cámara*, a fin de hacer imposible la renovación de un *procedimiento tan peligroso".*

Ahora bien, lord Palmerston no solamente ha reanudado una práctica "peligrosa para la Constitución", sino que lo ha hecho, esta vez, con el apoyo del puritano Gladstone y —como si quisiera demostrar la amplitud de la irresponsabilidad ministerial— moviendo los derechos del Parlamento contra los de la Corona, las prerrogativas de la Corona contra las del Parlamento y los privilegios de los dos contra el pueblo. Por añadidura, ha tenido la audacia de renovar su peligrosa práctica sobre la

misma cuestión. Después que el Parlamento ha condenado su primera guerra, declara otra sin consultar al Parlamento.

Una sola voz se ha atrevido a elevarse, en las dos Cámaras, para protestar contra la usurpación gubernamental, la de lord Grey, un hombre que pertenece, cosa curiosa, no al ala democrática del Parlamento, sino a su ala aristocrática. La enmienda que presenta (el 24 de enero) proponía que la expedición no debería emprenderse mientras que las dos Cámaras no se hayan pronunciado al respecto.

La acogida reservada a la enmienda Grey, tanto por el portavoz del partido gubernamental como por el jefe de la oposición de Su Majestad, es muy característico de la crisis política hacia la que se deslizan las instituciones y cuerpos políticos de Inglaterra. Lord Grey declaraba que, desde el punto de vista formal, la Corona gozaba de la prerrogativa de declarar la guerra; sin embargo, así como está prohibido a los ministros hacer el menor gasto para una empresa cualquiera sin la previa aprobación del Parlamento, así también la ley y la práctica constitucionales exigen que los representantes responsables de la Corona no decidan sobre una expedición militar mientras no hayan contado con el Parlamento, a fin de que pueda prever todas las medidas para cubrir los gastos que se deriven De aquí que, si es necesario, el consejo supremo de la nación puede impedir toda guerra injusta o impopular, preparada por los ministros.

El noble lord cita entonces algunos ejemplos a fin de mostrar con qué rigor se respetaban antes estas reglas. Cuando en 1790 algunos veleros ingleses fueron capturados por españoles a lo largo de la costa noroeste de América, Pitt envió a las dos Cámaras un mensaje de parte de la Corona a fin de solicitar créditos para cubrir los gastos que se derivarían.

Cuando en diciembre de 1826, la hermana de don Pedro pidió a Inglaterra que la asistiera contra Fernando VII de España que se proponía invadir Portugal a fin de apoyar a don Miguel, Canning presenta al Parlamento una comunicación informando sobre las circunstancias precisas del conflicto y la probable importancia de los gastos. En conclusión, lord Grey ha acusado al ministerio de haberse atrevido a imponer cargas fiscales al país sin conocimiento del Parlamento, considerando que los importantes gastos ya comprometidos deberían ser cubiertos de una u otra manera y no podrían serlo sin desviar fondos previstos para fines del todo distintos.

Ahora bien, ¿cuál ha sido la respuesta dada por el ministerio a lord Grey? El duque de Newcastle, que fue el primero en atacar la legalidad de la Segunda Guerra China de lord Palmerston, dijo ante todo que en el curso de los últimos años, se habría creado "la *práctica saludable*... de no oponer enmiendas al discurso de la Corona... a menos que no exista en juego un gran *objetivo del partido*".

Como lord Grey no estaba animado por motivos partidarios y no aspiraba a derrocar el ministerio para ponerse a la cabeza de otro nuevo, ¿qué diablo quería, pues, con sus ataques contra "la práctica saludable" de estos últimos años? ¿Había perdido todo sentido común para figurarse que se rompía una lanza por cosa distinta a motivos partidarios? En segundo lugar ¿no es de notoriedad pública que lord Palmerston se sitúa muy por encima de la práctica constitucional a la que se adscribían Pitt y Canning? El noble vizconde ¿no ha conducido una guerra suya en 1831 en Portugal, en 1850 en Grecia y, como el duque de Newcastle habría podido seguir, en Persia, en Afganistán y también en otros países? En consecuencia, si el Parlamento ha reconocido a lord Palmerston el derecho de declarar la guerra, de con-

cluir tratados de paz y de establecer impuestos sin restricción a lo largo de tres decenios, ¿por qué se habría de permitir romper súbitamente con una tradición de servilismo ya sólidamente establecida? Ciertamente, el derecho constitucional puede estar del lado de lord Grey, pero la prescripción juega sin duda en favor de lord Palmerston. ¿Y por qué exigir precisamente hoy que lord Palmerston rectifique, cuando nunca antes ha sido castigado por similares innovaciones "saludables"? Realmente, el duque de Newcastle se ha mostrado casi indulgente no acusando de rebelión abierta la tentativa de lord Grey de romper el privilegio habitual de lord Palmerston de hacer lo que le place con sus bienes —es decir, el ejército y las finanzas de la Gran Bretaña.

No menos originales son los argumentos utilizados por Newcastle para demostrar la legalidad de la expedición de Pei-ho. Existe un tratado anglo-chino de 1843, en virtud del cual los británicos gozan de todos los derechos concedidos por el Celeste Imperio a la nación más favorecida. Ahora bien, en su reciente tratado, Rusia se ha hecho reconocer el derecho a remontar el Pei-ho. En consecuencia, bajo el tratado de... 1843, los ingleses beneficiaban ya del mismo derecho. El duque de Newcastle ha afirmado que se podía pretender ese derecho "sin tener que fundamentarlo más". Pero en verdad ha debido hacerlo. Se apreciaría entonces, de una parte, el hecho desagradable que el tratado con Rusia solamente ha sido ratificado recientemente, es decir, mucho después de la catástrofe de Pei-ho —pero eso no es más que una "pequeña alteración de la serie natural"—, y, de otra parte, el hecho notorio de que el estado de guerra suspende los tratados existentes. Por tanto, si en la época de la expedición de Pei-ho Gran Bretaña estaba en guerra con China, no podía ape-

lar al tratado de 1843 ni a ningún otro. Por el contrario, si no estaba en estado de guerra, el gabinete de Palmerston ha tomado la iniciativa de comenzar una guerra sin esperar la sanción expresa del Parlamento.

Para escapar a esta última alternativa, el pobre Newcastle asegura que después del bombardeo de Cantón, o sea, desde hace dos años, *"nunca ha habido paz* entre Inglaterra y China" y, en consecuencia, tampoco la hay hoy. El ministerio no ha comenzado las hostilidades, no ha hecho sino proseguirlas y, en consecuencia, podía, sin tener que argumentar más sus derechos, apoyarse sobre los tratados que solamente son válidos en tiempos de paz. Y para aumentar más aún el encanto de esta dialéctica original, lord Palmerston, el jefe del gabinete, asegura al mismo tiempo, a la Cámara de los Comunes, que Inglaterra *"nunca se ha encontrado en guerra con China"*. Y ese es el caso también hoy. Ciertamente, ha habido el bombardeo de Cantón, la catástrofe de Pei-ho y las expediciones franco-británicas, pero no guerra, ya que la guerra no ha sido declarada nunca y el Emperador, hasta aquí, ha permitido que los negocios sigan tratándose en Shangai.

El mismo hecho de haber ignorado, en sus relaciones con los chinos, todas las formas de guerra reconocidas por el derecho internacional se convierte, en boca de Palmerston, en motivo para liquidar respecto al Parlamento toda forma de acción constitucional. Asimismo el Presidente de la Cámara de los Lores, el conde Granville, proclama con altivez que "en lo que concierne a China, *la consulta del Parlamento por parte del gobierno tenía un carácter puramente técnico*". Así, pues, ¡consultar al Parlamento es un asunto de pura técnica!

¿Qué es lo que establece desde entonces la dife-

rencia entre el Parlamento británico y el Cuerpo Legislativo francés? Al menos en Francia es el heredero imaginario de un héroe nacional el que se permite ponerse en el lugar de la nación, y, por tanto, debe afrontar a cara descubierta los riesgos de tal usurpación. En Inglaterra, es un portavoz subalterno, un miserable trepador, una anónima nulidad de un pretendido gobierno quien, apoyándose en un Parlamento simiesco y obtuso y en las famosas elucubraciones de una prensa anónima también, sin correr riesgo alguno, en silencio, se abre la vía a un poder irresponsable. Basta comparar, de una parte, el complot suscitando un Sila con las maniobras, de otra parte, "de los negocios" fraudulentos de un director de una banca por acciones, de un presidente de una asociación de beneficencia o de un secretario comunal para tener la diferencia entre la usurpación imperial en Francia y la usurpación ministerial de Inglaterra.

Consciente del hecho que las dos facciones parlamentarias tienen igual interés en la impotencia e irresponsabilidad ministeriales, lord Derby no puede naturalmente "unirse al noble conde (Grey) en sus consideraciones severas sobre las *omisiones* del gobierno". No puede unirse sin restricción a las quejas de lord Grey según el cual "el gobierno ha debido convocar el Parlamento y seguir su criterio sobre la cuestión china", "pero no le daría ciertamente su voto, si insistiera en hacer votar su enmienda.

En consecuencia, la enmienda ni siquiera ha sido puesta a votación, y todo el debate parlamentario sobre la Tercera Guerra China se evapora en grotescos cumplimientos dirigidos por las dos facciones al almirante Hope por haber arrastrado tan gloriosamente por el lodo al ejército y la marina de la Gran Bretaña.

Carlos Marx
PROBLEMAS CHINOS

Die Presse
7 de julio de 1862

Antes de que empezara la guerra, China —ese fósil viviente— había entrado en revolución. Por sí mismo, este fenómeno no es excepcional, ya que los imperios de Oriente dan siempre prueba del mayor inmovilismo en su infraestructura social, mientras que la superestructura política es agitada por incesantes cambios de personas y de dinastías en el poder. China está dominada por una dinastía extranjera. ¿Por qué, después de tres siglos, no se ha dado ningún movimiento tratando de abatirla?

La agitación ha tenido de inmediato una coloración religiosa, lo que no es propio a todos los movimientos orientales. Las causas inmediatas de esta agitación son evidentes: intrusión europea, guerra del opio y estremecimiento consecutivo del gobierno existente, desequilibrio económico como consecuencia de la importación de mercancías extranjeras, etc. A mis ojos, la paradoja estriba en que el opio no haya obrado como somnífero, sino como excitante. En realidad, la única cosa original de esta revolución, son sus representantes. Aparte el cambio de dinastía, no plantean otro problema. No tienen ninguna consigna. Constituyen un azote más bien para las masas populares que para los gobiernos tradicionales. Su misión parece reducirse a oponer

al marasmo conservador una destrucción bajo formas repulsivas y grotescas, una destrucción sin ningún germen de regeneración.

Para definir esos "azotes de Dios", véanse algunos extractos de la correspondencia del señor Harvey, cónsul inglés en Ning-po, al señor Bruce, embajador inglés en Pekín.

Desde hace tres meses, escribe, Ning-po se encuentra en manos de los revolucionarios taipings. Aquí, como en cualquier otra parte donde ejercen dominio esos bandidos, el único resultado es la devastación. ¿Persiguen otros objetivos? El poder con sus abusos ilimitados y arbitrarios les parece en efecto tan importante como la destrucción de la vida ajena. Ciertamente, esta opinión no coincide con las ilusiones de los misioneros ingleses que dicen tonterías cuando hablan de la "salvación de China", de "redención del pueblo" y de "regeneración del Imperio" gracias a los taipings. Después de haber hecho como que hacían algo ruidosamente durante diez años, han destruido todo y no han construido nada.

Con todo, según el señor Harvey, en las relaciones oficiales, los taipings se distinguen de los mandarines por una actitud franca y directa, incluso una decisión brutal. Pero es su única virtud en todo y por todo.

¿Cómo remuneran a sus tropas los taipings? No tienen ningún sueldo, sino que viven únicamente del botín. Si las ciudades conquistadas son ricas, viven en el lujo y lo superfluo; si son pobres, el soldado tiene que dar prueba de ascetismo. El señor Harvey preguntó a un soldado taiping si le agradaba su tarea y respondió: "¿Por qué no habría de gustarme? Yo pongo la mano sobre todo lo que me place y si encuentro alguna resistencia, hago así" —y aquí un gesto con la mano como de cortar la cabeza.

El ejército revolucionario cuenta con un núcleo de tropas regulares, formado de viejos reclutas perfectamente ejercitados durante muchos años. El resto se compone de reclutas más jóvenes o de campesinos que han sido incorporados por la fuerza con ocasión de expediciones militares. Los jefes servían sistemáticamente los reclutas enrolados por la fuerza en una provincia a luchar en otra, dentro del país. En consecuencia, se hablan actualmente unos cuarenta dialectos diferentes entre los rebeldes de Ning-po, mientras que se oye por primera vez el dialecto de Ning-po en el otro extremo de China. Todos los vagabundos, los golfos, las malas cabezas del distrito, se enrolan voluntariamente. Entre los taipings, se prohíbe tanto el matrimonio como el opio, bajo pena de muerte. El matrimonio solamente se admitirá "desde el momento en que se instaure el Imperio". En compensación, los taipings obtienen carta blanca para ejercer toda violación de mujeres o jóvenes, durante los tres días siguientes a la conquista de una ciudad, donde los habitantes no hayan huido. Una vez pasados esos tres días, todas las personas del sexo femenino son expulsadas de la ciudad.

Toda la táctica de los taipings consiste en expandir el terror. Sus éxitos se deben esencialmente a este método. Los medios de este terror estriban sobre todo en la masa enorme con la que aparecen en un lugar determinado. Para empezar envían algunos emisarios, a fin de tantear el terreno, sembrar falsas noticias y producir algunos incendios. Si los mandarines llegan a apoderarse de ellos y a ejecutarlos, otros emisarios los reemplazan en seguida, hasta que los mandarines abandonen la ciudad o que la desmoralización facilite la victoria de los insurrectos, como ocurrió en Ning-po.

Otro medio de terror es la vestimenta abigarrada y grotesca de los taipings. Eso haría reír a un euro-

peo, pero actúa sobre los chinos como un talismán en las batallas. Esos vestidos de gran guiñol procuran a los rebeldes más batallas de las que podrían proporcionarles los cañones. A lo que se añade sus cabelleras largas, rizadas, negras o teñidas de negro, sus ojos feroces, sus gritos lastimeros y sus accesos de rabia o de furor simulado, en fin, más de lo que se necesita para helar de terror a los chinos corrientes que son calmosos, suaves y amanerados.

Cuando los emisarios han difundido el pánico, los primeros habitantes de los pueblos huyen, y ellos mismos se encargan de difundir rumores exagerados sobre el número, el poderío y la maldad del ejército invasor. Mientras que las llamas se levantan en el centro de la ciudad y sus defensores van al encuentro del enemigo bajo la impresión de estas escenas de terror, se ven aparecer de vez en cuando algunas de esas figuras terroríficas, cuyo efecto es fulminante. En el momento requerido, se presentan cien mil taipings, armados con sables, venablos y armas de fuego, que se precipitan sobre su adversario sin energía, barriendo todo a su paso, si es que no se enfrentan a una resistencia como ocurrió recientemente en Shangai.

"Los taipings son", a los ojos del señor Harvey, "una enorme masa de gente de poco valor".

El taiping es manifiestamente el diablo en persona, como se lo debe representar la imaginación china. Pero también es verdad que solamente en China es posible un diablo de esta naturaleza. *Es el producto de una vida social fosilizada.*

Este libro se terminó de imprimir el día 21 de diciembre de 1974, en la Imprenta de Juan Pablos, S. A., Mexicali 39, México 11, D. F. Se imprimieron 2,000 ejemplares y sobrantes para reposición. Fecha de edición, 9 de enero de 1974.





Componen este volumen de Colección "R" una selección de artículos periodísticos de Marx y Engels. Son un fruto más de la apasionante y extensa obra de aquellos gigantes del pensamiento revolucionario. China es su objeto. La China que sufrió la penetración de quienes obligados por las leyes generales del capitalismo, la necesitaban como mercado, como objeto de explotación y de rapaz aventurerismo. Marx y Engels nos ilustran y nos descubren los sucios entretelones de la política imperialista inglesa y rusa. Leyendo estas páginas, probablemente comprendamos mucho mejor por qué los chinos han luchado tan heroica y tesoneramente hasta alcanzar su amada independencia